

M<sup>a</sup> Ángeles Calero Fernández

# PERCEPCIÓN SOCIAL DE LOS SEXOLECTOS



**UCA** Universidad  
de Cádiz

Servicio de Publicaciones

# PERCEPCIÓN SOCIAL DE LOS SEXOLECTOS



# PERCEPCIÓN SOCIAL DE LOS SEXOLECTOS

M<sup>a</sup> ÁNGELES CALERO FERNÁNDEZ



**UCA**

Universidad  
de Cádiz

Servicio de Publicaciones

Este libro ha superado un proceso de evaluación externo por pares.

Primera edición: 2007

© Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz  
M<sup>a</sup> Ángeles Calero Fernández

*Edita:*

Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz  
C/. Doctor Marañón, 3  
11002 Cádiz (España)  
<http://www.uca.es/publicaciones>  
[publicaciones@uca.es](mailto:publicaciones@uca.es)

*Imprime:*

Compobell, S.L.  
C/. Palma de Mallorca, 4  
30009 Murcia

I.S.B.N.: 978-84-9828-143-9  
Depósito Legal: MU-1414-2007

A Irene,  
a quien todavía no imaginaba cuando empecé a escribir esto,  
porque con sus risas y sus besos me ha hecho feliz.

Y a Mercè Recasens,  
amiga entrañable y valerosa,  
que hizo de madre y abuela en los difíciles momentos del encuentro.



# Índice

---

1. Preliminares .....	11
2. Hipótesis y objetivos .....	17
3. Presupuestos teóricos .....	19
3.1. Identidad social, género y discurso .....	19
3.2. Creencias y actitudes lingüísticas.....	21
3.3. El habla femenina o <i>feminolecto</i> .....	26
3.4. Principios sociolingüísticos.....	31
4. Estado de la cuestión: Sobre las diferencias lingüísticas y comunicativas entre varones y mujeres.....	33
4.1. Las diferencias según los antiguos y en civilizaciones amerindias y africanas .....	33
4.2. Primeras aproximaciones modernas a las lenguas occidentales .....	44
4.3. El estudio del <i>feminolecto</i> .....	47
4.4. El imaginario social sobre el habla femenina ..	53
5. Metodología .....	61
5.1. Marco metodológico para la elaboración del corpus: el PRESEEA.....	61
5.2. Características de la muestra .....	64
5.3. Recogida de datos: la encuesta.....	70

---

5.4. Procesamiento de los datos: el programa GOLDVARB 2.0.....	79
6. Análisis cuantitativo y cualitativo del corpus .....	83
7. Algunas conclusiones .....	109
8. Referencias bibliográficas citadas .....	113
Apéndice I: Instrumento recolector de datos: la encuesta .....	123
Apéndice II: Características de la muestra y programación de los archivos .....	135
Apéndice III: Gráficos de los datos resultantes del cruce de variables.....	143

# 1. Preliminares<sup>1</sup>

---

Salvo raras excepciones, hasta hace muy poco tiempo la investigación lingüística no se ha preocupado por la diversidad verbal y pragmática que se da entre mujeres y varones. Las escasas ocasiones en que tal cosa sucedió, se centraron en lenguas amerindias y africanas, como si nada igual se produjera en comunidades lingüísticas pertenecientes a la cultura occidental. Sin embargo, en nuestro mundo existe desde antiguo una conciencia de que mujeres y varones nos aproximamos a la lengua de distinta forma y, en consecuencia, de que tenemos usos lingüísticos y estrategias comunicativas diferentes. Esa conciencia no solo se percibe en las opiniones de algunos gramáticos y pensadores desde la Grecia y la Roma clásicas, sino que se observa en el modo de pensar de los propios hablantes. El estudio que se presenta aquí se ocupa precisamente de recoger y analizar la percepción que los miembros de una comunidad de habla tienen sobre el diverso comportamiento lingüístico de cada sexo. El colectivo estudiado es un sector de la comunidad hispanohablante peninsular, los habitantes de la ciudad de Lleida, y en época contemporánea.

---

1 Este estudio ha sido financiado parcialmente por el Ministerio de Ciencia y Tecnología a través del proyecto *Estudio sociolingüístico del español de Lérida* (Nº de Referencia HUM2004-06052-C06-06) y ha contado con la ayuda de los fondos FEDER.

Una investigación de estas características aporta muchos elementos novedosos en el escenario lingüístico actual. En primer lugar, se trata del primer análisis sistemático del imaginario social en torno al inventario lingüístico y a los procedimientos comunicativos de mujeres y varones hispanohablantes. En segundo lugar, este estudio se realiza desde la perspectiva sociolingüística, esto es, atendiendo a si ciertos factores sociales pueden estar influyendo en la percepción que tienen los individuos sobre esas potenciales diferencias sociolectales entre ambos sexos. En tercer lugar, esta investigación viene a contribuir al conocimiento de los *sexolectos* en la lengua española, aunque solo sea a partir de las creencias lingüísticas. Hasta el momento solo existen dos estudios académicos sobre el particular, en concreto dos tesis doctorales que no están publicadas en formato comercial, una sobre las diferencias en el modo del discurso narrativo, en los temas de conversación y en los procesos cognitivos en los que se construyen los usos metafóricos en la comunidad hablante bogotana (Soler, 2002), y otra sobre las diferencias en la cortesía verbal en una situación comunicativa muy concreta, la conversación telefónica (del Olmo, 2005). En cualquier caso, resulta de interés comprobar el grado de afinidad que pueda existir entre las conclusiones de trabajos sobre la diversidad discursiva entre mujeres y varones publicados en territorio anglosajón y la mentalidad colectiva de una comunidad romance mediterránea. En último lugar, los resultados de nuestra investigación pueden ayudarnos a señalar el camino que debiera seguirse en un futuro análisis empírico del *feminolecto* y del *masculinolecto* en el español de España.

Como se verá, el texto que aquí se presenta está articulado en siete capítulos, una bibliografía y tres apéndices. El primero de los capítulos es esta introducción. Le sigue la exposición de las hipótesis que se han formulado y los objetivos que se persiguen en este estudio con el fin de situar al lector o lec-

tora en los parámetros de los que se parte y para que pueda evaluarse si la metodología aplicada es o no la más adecuada para la consecución de los fines propuestos. El tercer capítulo busca fundamentar teóricamente la investigación en todos sus extremos, por ello se tratan cuestiones 1) sobre la identidad social y de género y su reflejo en la lengua, 2) sobre la conciencia lingüística y su manifestación tanto en creencias acerca de hechos verbales y comunicativos como en actitudes ante los mismos, y 3) sobre los usos lingüísticos femeninos. El capítulo cuarto procura poner en antecedentes acerca de los intentos previos de aproximarse a las diferencias discursivas sexolectales; de este modo pueden medirse mejor las lagunas existentes en este ámbito de estudio y valorarse en su justa medida las aportaciones de este trabajo. El capítulo quinto detalla el método de recogida de datos y de elaboración del corpus, así como el modo en que estos han sido procesados matemáticamente.

A partir de este momento se entra en el meollo de la investigación. Así, se analiza el corpus en el capítulo sexto y, en el séptimo, se ofrecen las conclusiones. La bibliografía que contiene el capítulo octavo no aspira a ser exhaustiva; únicamente da fe de las obras que han ido citándose a lo largo de la redacción de este trabajo.

El Apéndice I recoge la encuesta definitiva que se pasó a la muestra de informantes, y que es resultado de la puesta a prueba de dos versiones anteriores progresivamente mejoradas. Como se hace alusión constante a dicha encuesta a lo largo de todo este texto, se ha creído oportuno presentarla al final para que pueda conocerse con detalle cada uno de los asuntos que trata.

No obstante hay que indicar que aquí solo se presentan las preguntas que tienen relación con lo que en este libro tratamos, puesto que esta investigación se hizo paralelamente a otra sobre las creencias que la comunidad hispanohablante

tiene con respecto al género gramatical, con el objeto de descubrir si verdaderamente el masculino genérico oculta a las mujeres y, por consiguiente, si existe contradicción entre lo que dicen la gramática ortodoxa y lo que piensa la comunidad lingüística. Los resultados de ese otro estudio ya han salido a la luz (Calero, 2006a).

El Apéndice II presenta los datos del conjunto de informantes que constituyen la muestra y el modo en que se programaron los archivos para que el ordenador realizara los cálculos frecuenciales e inferenciales. La razón por la que se adjunta todo este material es el convencimiento de que la comunidad científica necesita saber los pasos que se han ido siguiendo no sólo para evaluar la validez de la investigación, sino también –y tan importante como lo anterior– para tenerlo en cuenta en estudios similares en otras comunidades de habla. Nuestra experiencia en la investigación sociolingüística nos ha demostrado que la falta de estos parámetros distorsiona la comparación de los resultados y hace mucho menos útil el arduo esfuerzo llevado a cabo en este tipo de estudios de campo. La ubicación que hemos dado a esta información –que puede parecer marginal y, en consecuencia, delatora de una consideración secundaria–, ha sido únicamente en aras de facilitar la lectura ya que, inserta en el grueso del texto, distraía la línea del discurso.

Por su parte, el Apéndice III ofrece los gráficos correspondientes a los datos extraídos del cruce de variables sociales y lingüísticas. Su consulta dará una visión panorámica y rápida de cuál ha sido el comportamiento de la muestra, es decir, qué creencias lingüísticas exhibe ésta en un análisis frecuencial, no inferencial.

No queremos continuar sin declarar nuestro absoluto agradecimiento a todas y a todos nuestros informantes. Sin su desinteresada y valiosa colaboración, nada de esto hubiera sido posible. Ellas y ellos son los que verdaderamente hacen

avanzar la ciencia; lo demás, no es sino un pequeño paso que nosotras hemos intentado dar.

También queremos agradecer a Joan Julià i Munné que nos haya permitido utilizar los ordenadores Macintosh del Laboratorio de Fonética "Pere Barnils" de la Universidad de Lleida, del que es director, que nos eran imprescindibles para poder trabajar con la versión del programa *Goldvarb* que hemos usado en esta ocasión. A Jaume Esteban Almenara, amigo fiel y constante apoyo en todos los problemas que nos traen las nuevas tecnologías, al que debemos los gráficos que aparecen al final del libro. Y, finalmente, a Sagrario Calero Fernández, por su ayuda inestimable en el tedioso trabajo del vaciado de los datos de las encuestas en los ficheros codificados del programa *Goldvarb*.



## 2. Hipótesis y objetivos

---

La primera de las hipótesis que barajamos es que encontraremos una gran coincidencia entre los fenómenos detectados en las investigaciones sobre género y lengua realizadas en Estados Unidos y la percepción que tiene la comunidad lingüística leridana sobre la manera de comunicarse y sobre los usos lingüísticos de mujeres y varones, esto es, que, a pesar de las diferencias culturales que puedan existir entre ambos pueblos –el norteamericano y el español–, los comportamientos lingüísticos que tienen mujeres y varones son similares dada también la similitud de los roles asignados a cada sexo en estas dos comunidades. Veremos, pues, la relación recíproca existente entre creencia lingüística y comportamiento lingüístico.

La segunda hipótesis es que el colectivo femenino percibe con mayor claridad las diferencias sexolectales. Los estudios sociolingüísticos han demostrado que las mujeres son más sensibles a la valoración social de los fenómenos lingüísticos, por lo que hemos de suponer que estas tendrán unas creencias lingüísticas más fuertes sobre qué es lo que se considera lingüística y comunicativamente apropiado para cada uno de los sexos.

La tercera hipótesis es que hay otros factores sociales además del sexo<sup>2</sup> que influyen en la percepción que tiene la co-

---

2 Utilizaremos aquí la terminología sociolingüística tradicional denominando "sexo" al factor social que hoy tiende a llamarse "género" debido a que las diferencias que se están teniendo en cuenta al atender a este factor social no son las biológicas –lo que justificaría el término "sexo"–, sino las resultantes de la construcción cultural de los estereotipos sexuales (véase más adelante).

munidad hablante acerca de las diferencias de inventario y de estrategias comunicativas entre mujeres y varones.

Como puede deducirse de la exposición de las hipótesis de las que parte esta investigación, los objetivos que se persiguen son varios: en primer lugar, aproximarse a los sexolectos en el español a través de la consulta directa y metódica a los y las hablantes; en segundo lugar, delimitar la presumible pugna existente entre la realidad lingüística y los tópicos basados en los estereotipos sexuales tradicionales; y, en tercer lugar, conocer el papel que juegan los factores sociales en las creencias lingüísticas en torno a la diversidad comunicativa entre mujeres y varones.

Las hipótesis que nos hemos planteado parten de una serie de presupuestos teóricos de la sociología del lenguaje y de la sociolingüística, que expondremos seguidamente. Para alcanzar estos objetivos hemos de aplicar una metodología estadística adecuada, de la que se hablará más adelante. Asimismo tenemos que sentar nuestras bases en estudios sobre el habla femenina que nos han precedido. A ello nos aplicaremos en los próximos capítulos.

## 3. Presupuestos teóricos

---

### 3.1. Identidad social, género y discurso

Cuando los individuos se enfrentan en la interacción verbal a varias posibilidades lingüísticas o comunicativas que son equivalentes, no seleccionan de manera aleatoria o fortuita la que van a emplear, sino que lo hacen en función de una serie de presiones sociales que probablemente no perciben. Dado que esas posibilidades que ofrece la lengua suelen tener valoraciones diferentes en la comunidad lingüística o suele estar cada una de ellas asociada a grupos sociales diversos, la persona que habla tiende a elegir lo que va a emplear en el acto comunicativo de acuerdo con la identidad del grupo al que se siente vinculada simbólicamente tanto desde el punto de vista emocional como intelectual. Es lo que se conoce con el nombre de *acto de identidad* (Le Page y Tabouret-Keller, 1985). Cada grupo social suele tener formas de expresión identificadoras que establecen una complicidad entre los miembros que lo constituyen, y que, por consiguiente, les permiten conocerse y reconocerse como integrantes del mismo clan y situarse dentro del continuo social. Lo mismo sucede con las creencias lingüísticas.

Cuando cualquier miembro de la comunidad de habla manifiesta su opinión sobre un aspecto de la realidad verbal y/o comunicativa, no lo hace realmente desde su individualidad

–aunque él o ella no imaginen que está sucediendo tal cosa–, sino que se está situando en la perspectiva del colectivo con el que se identifica. Esto es así porque las personas sentamos las bases de nuestro propio yo a partir de la adscripción a uno de los términos de una cadena de oposiciones: ser joven y no mayor, ser de clase alta y no de clase baja, tener instrucción o sufrir de analfabetismo, ser mujer y no varón, etc. De este modo, el individuo se define a sí mismo y al resto en función del lugar que cada cual ocupa en un sistema de categorías sociales, es decir, en relación al grupo social al que se pertenece, o al que se siente pertenecer.

Esta circunstancia es la que permite estudiar sociolingüísticamente una comunidad de habla a partir del análisis particular de un grupo reducido de hablantes a quienes se elige no como sujetos de investigación en sí mismos, sino como representantes de un grupo social.

Como ya hemos indicado al ejemplificar las oposiciones a partir de las cuales el individuo cimienta su identidad, uno de los elementos que marcan dicha identidad es el colectivo sexual al que cada cual considera que pertenece. Haremos, antes de continuar, una precisión terminológica que hemos apuntado en una nota a pie anterior. El término *sexo* está siendo sustituido por la palabra *género* en los trabajos dedicados a las diferencias de identidad, de pensamiento y de comportamiento entre mujeres y varones. Esta voz fue utilizada por primera vez en territorio anglosajón para designar conductas aprendidas –en el proceso de socialización– que la cultura de un pueblo asocia al hecho de pertenecer a uno u otro sexo o, dicho de otro modo, el complejo de fenómenos sociales, culturales y psicológicos ligados al sexo (McConnell-Ginet, 1988: 76). De este modo, se distancia esta cuestión, absolutamente cultural, de los componentes meramente biológicos que distinguen a mujeres de varones y viceversa. Este concepto también ha sido llamado *sexo adquirido*.

La sociolingüística, la etnografía de la comunicación y el análisis del discurso han señalado la relación existente entre la diversidad lingüística y la diferencia sexual; pero lo que está ligado a ciertos usos lingüísticos y a determinadas estrategias comunicativas no es el sexo biológico, sino la clase sexual. Tal cosa significa que la pertenencia a un *género* condiciona tanto el discurso como la manera de interpretarlo, y ello es así por las distintas actitudes ante la vida que adoptamos mujeres y varones y por el diverso modo de enfrentarnos a las situaciones, diferencias que tienen una exégesis cultural. Algunos estudios han explicado ciertos fracasos en los actos comunicativos entre individuos de ambos sexos por la diferente asignación de significados a las palabras y a los estilos en las conversaciones. En otros se han planteado las consecuencias discursivas de las relaciones de dominación entre varones y mujeres, que operan en detrimento del grupo estigmatizado (el femenino) y a favor del que tiene el poder de imponer sus interpretaciones (el masculino). Partiendo de estas evidencias, intentaremos comprobar aquí en qué medida las divergencias lingüísticas y comunicativas observadas en otras comunidades lingüísticas o que han sido señaladas en la nuestra de manera intuitiva, son percibidas como tales por los hablantes, prestando especial atención a la previsible diferencia interpretativa de mujeres y varones.

### 3.2. Creencias y actitudes lingüísticas

En todas las comunidades de habla –y, a veces, solo en algunos de los diferentes grupos sociales que las constituyen– circula una serie de ideas compartidas sobre las variedades lingüísticas (lenguas, dialectos, *sociolectos* y registros), sobre los estilos comunicativos y/o sobre ciertos fenómenos del discurso; es lo que se conoce como *ideología lingüística* (o *imaginario sociolingüístico* –Boyer, 1996–). Se trata de un

conjunto de creencias, acerca de elementos lingüísticos y comunicativos, que intentan racionalizar o justificar la percepción de la estructura y del uso de la lengua que tiene un determinado grupo en función de los intereses y prácticas sociales de dicho colectivo. De este modo, la ideología lingüística es resultado de una historia particular (en nuestro caso, la jerarquía entre los sexos) y, al mismo tiempo, se convierte en un filtro interpretativo que reproduce una representación concreta de la realidad (en nuestro caso, el patriarcado) y que acaba condicionando los comportamientos futuros de la comunidad lingüística (en nuestro caso, los *sexolectos*).

Tal cosa es así porque la mayoría de las creencias lingüísticas comportan una toma de postura, por tanto, una actitud. La comunidad hablante puede manifestar aceptación o rechazo hacia cierto fenómeno lingüístico (por ejemplo, el uso del femenino en ciertos ergónimos); esta actitud es resultado de una serie de creencias lingüísticas, que han sido proporcionadas por la conciencia lingüística, la cual, a su vez, es resultado de la ideología lingüística. Pensemos que las actitudes se conforman en la interacción de los individuos con su entorno, por ello, las actitudes lingüísticas son producto de los valores y de las normas de uso lingüístico de la comunidad de habla; pero, al mismo tiempo, las conductas individuales, especialmente cuando se generalizan, pueden reforzar o modificar las normas sociales, de modo que una serie de actitudes lingüísticas repetidas en sujetos diferentes pueden fortalecer la norma lingüística o cambiarla. Así, si analizamos qué opinan los y las hablantes, podremos inferir hacia dónde discurrirá la lengua, por consiguiente, la dirección que tomará eventualmente el cambio lingüístico.

Los grupos sociales más débiles y con una identidad social menos valorada según las creencias lingüísticas imperantes (de *prestigio* o de *estigma*) pueden encontrarse ante el dilema de reformular su etnicidad, esto es, sus rasgos definitorios

de grupo. Boix y Vila (1998) señalan cuatro tácticas posibles: 1) la *asimilación*, que lleva a aceptar los atributos del grupo dominante y a intentar integrarse en él; 2) la *ambigüedad de identidades sociales*, o, lo que es lo mismo, la indefinición resultante de la compleja situación en la que se encuentran los individuos en el seno de la sociedad; 3) la *redefinición*, que conduce a insuflar un valor positivo a ciertos rasgos propios estigmatizados por el resto de la sociedad, como cuando los afroamericanos introdujeron la máxima *black is beautiful* en la lucha interracial; y 4) la *competición*, que provoca la competencia directa entre el grupo dominado y el dominante, como cuando Àngel Guimerà se dirigió en catalán a los miembros del Ateneu Barcelonés en el acto de posesión de la presidencia de dicha entidad a finales de 1895, en una época en la que esta lengua estaba excluida de la esfera pública y de las situaciones formales.

En estas cuatro posturas podremos encontrar a las mujeres –como sujetos y como miembros de un colectivo infravalorado socialmente– en sus creencias lingüísticas, en sus actitudes lingüísticas y en su comportamiento lingüístico. Incluso es posible que hallemos casos de *autoodio*. El autoodio es una actitud lingüística resultante del conflicto entre el *grupo de pertenencia* y el *grupo de referencia*. Con frecuencia, cuando el hablante –o la hablante– quiere desmarcarse del colectivo al que pertenece para aproximarse a aquel en el que quisiera estar integrado, intenta ocultar los rasgos que lo asimilan a él y que no se adecuan al estereotipo social considerado prestigioso. Tal comportamiento suele ir acompañado de un sentimiento de hostilidad hacia el grupo de origen, por lo tanto, se produce una actitud de rechazo lingüístico hacia las personas que manifiestan los rasgos que quienes se autoodian desean esconder y abandonar (Ninyoles, 1969).

Algunas mujeres profesionales, que son las que han entrado en competencia con los varones en la esfera pública, no

solo renuncian a los usos comunicativos característicos de sus congéneres, esto es, del grupo social al que pertenecen por el sexo con el que han nacido y por la educación de género recibida, sino que incluso los rechazan como inadecuados para el desarrollo ordinario de su actividad laboral. Asimismo, estas mujeres no solo se sienten incómodas cuando se las nombra en femenino –prefiriendo como prefieren el masculino, con el que se identifican–, sino que llegan a ridiculizar y hasta a repudiar a las mujeres que optan por una designación en femenino de su labor profesional o de su cargo o dignidad (Calero, 2006a).

El comportamiento de este colectivo femenino parte de la circunstancia de que las mujeres se encuentran en una posición de subordinación lingüística puesto que se ven obligadas a aprender una variedad diferente de la suya para poder desenvolverse de manera adecuada en los tipos de actos comunicativos que se producen en la esfera pública y en las situaciones formales; y esa variedad que han de asimilar no es otra que la variedad masculina. Tal cosa genera creencias lingüísticas, actitudes y representaciones sociales negativas hacia el *feminolecto*, que pueden llegar a erradicarlo progresivamente.

El registro científico, por ejemplo, se ha construido sobre el *masculinolecto* porque desde antiguo los varones han sido los que mayoritariamente han tenido en sus manos el desarrollo de la ciencia y han elaborado sus teorías a partir de la representación simbólica que este colectivo sexual tiene de la realidad, fundamentada en los rasgos lingüísticos de su *sociolecto*<sup>3</sup>; pero también porque el *masculinolecto* es la variedad

---

3 Benveniste (1986) ha demostrado que Aristóteles elaboró las categorías lógicas sobre las que hoy se sustenta el pensamiento filosófico occidental dentro de los márgenes que le imponía la lengua griega. De este modo, lo que se creyó universal no lo es, porque el griego responde a unas coordenadas vitales concretas y particulares, distintas a cualesquiera otras en las que hayan vivido otras comunidades, por mucho que se den coincidencias en numerosos aspectos; por ello, la gramática de esta lengua, como la de cualquier otra,

de prestigio y la única que domina el espacio público. Por ello, las mujeres que quieren acceder a la esfera pública adoptan el *masculinolecto* en sus interacciones comunicativas, y este proceso de adhesión a la variedad prestigiosa y de rechazo de la propia acaba estigmatizando todavía más el *feminolecto*, que queda representando como inútil para las funciones verbales consideradas importantes. Ahí radica buena parte de los conflictos que con frecuencia se producen entre las mujeres que tienen un cargo y los varones subalternos: dejando aparte un problema de carácter ideológico (hay varones que consideran que no pueden estar jerárquicamente por debajo de una mujer), lo que se produce en realidad es una mala interpretación de estrategias comunicativas diferentes, que conducen al final a las mujeres a adoptar la estrategia masculina para evitar malentendidos (Tannen, 1994). En concreto, sucede que los varones entienden como falta de capacidad de mando —y, por consiguiente, como posibilidad de no cumplir lo que se les ha exigido sin consecuencias punitivas— las órdenes indirectas características del *feminolecto* (*¿Te importaría traerme el informe? Necesitaría ahora el informe. Tendríamos que trabajar en el informe. ¿Podrías traerme el informe?*), resultado de la cortesía verbal que intenta no mermar la autoestima del interlocutor (Haverkate, 1994).

Por otra parte, las mujeres procuran asemejarse a los grupos de poder para alcanzar un prestigio que no pueden adquirir por sí mismas en una sociedad en la que se les cierran, si no todas, sí muchas puertas, de modo que tratan de promo-

---

es única. Eso explica que existan diferencias tan notables entre la filosofía de Occidente y las filosofías orientales, por ejemplo, algo punto menos que imposible si ciertamente se sostuvieran todas ellas sobre una manera común de interpretar la realidad y sobre unos parámetros lógicos idénticos para toda la humanidad.

Del mismo modo, podemos sostener que el discurso científico —y la ciencia misma— se ha cimentado en la variedad lingüística propia de los varones y en su correspondiente visión del mundo.

cionarse socialmente a través de los usos lingüísticos. A ello atribuye Trudgill (1974) la tendencia del colectivo femenino a rehuir las formas estigmatizadas y a incorporar las prestigiosas o las propias de los grupos que están en la cúspide de la escala social.

Todas estas cuestiones son decisivas para la interpretación de los resultados obtenidos en las encuestas. ¿Qué es lo que piensan las mujeres? ¿Qué es lo que valoran? ¿Qué otros rasgos sociales están influyendo en sus creencias y en sus actitudes lingüísticas? ¿En qué medida el *autoodio* se manifiesta en este colectivo?

### 3.3. El habla femenina o *feminolecto*

Que mujeres y varones utilizamos la lengua de manera diversa es algo que ya sabían los clásicos, pero el nulo interés que los gramáticos sintieron por la oralidad hasta los inicios de la disciplina dialectológica durante el siglo XIX condujo a la despreocupación científica por estas diferencias. No obstante, la dialectología no facilitó inmediatamente la obtención de evidencias sobre los *sexolectos*, puesto que la óptica masculina –o *androcentrismo*– imperante en nuestra cultura y en nuestra ciencia llevó no solo a considerar que las mujeres no eran informantes adecuadas (Griera, 1928: 23), sino también a interpretar sus rasgos lingüísticos como carencias o desviaciones de la norma, masculina, cómo no, puesto que ésta se había elaborado sobre las autoridades literarias, básicamente varones. Se necesitó mucho tiempo para que las cosas cambiaran.

La antropología cultural, sin duda libre de los prejuicios que han dominado históricamente la ciencia lingüística, se ha dedicado a señalar usos verbales y comunicativos especializados en función del sexo en comunidades y culturas alejadas de las nuestras. Tales diferencias pueden aparecer tan marcadas que

mujeres y varones llegan a protagonizar, en algunos pueblos, una disociación en dos lenguas distintas debida a situaciones de exogamia voluntaria, por raptó o por acto de guerra<sup>4</sup>.

En las comunidades lingüísticas occidentales las divergencias entre el habla femenina y el habla masculina no son radicales<sup>5</sup>, pero existen, y las han ido desgranando los estudios sociolingüísticos y de etnografía de la comunicación. A partir de las investigaciones de William Labov sobre el inglés (1966, 1969, 1972a, 1972b, 1990), el sexo se convirtió en una variable social imprescindible en el estudio de la variación lingüística. El padre del variacionismo calificó como rasgos característicos del *feminolecto* la autocorrección, la hipercorrección y la inseguridad lingüística, y subrayó el papel decisivo que juegan las mujeres en los procesos de cambio dada su inclinación a las formas prestigiadas y su predisposición a respetar la norma lingüística. Parece, pues, que se trata de un comportamiento que ha acompañado siempre a las mujeres, toda vez que en Grecia y Roma se habló ya del conservadurismo del habla femenina (véase el capítulo 4 para más datos).

---

4 La exogamia pacífica es una práctica frecuente en zonas de África subsahariana (Calame-Griaule, 1965), en donde la diversidad lingüística está muy extendida, en una situación similar a la del viejo continente en época prerromana. De ahí que, cuando los varones de una tribu se casan con las mujeres de la tribu vecina, que habla una lengua diferente, el resultado sea que las esposas conserven su lengua materna y la transmitan a sus hijas, pero también a sus hijos hasta que llegan a la pubertad, época en la que, tras los ritos de iniciación a la edad adulta, deben pasar a utilizar la lengua paterna (Buxó, 1978). En otros lugares, la exogamia se ha podido producir como resultado de raptos masivos de mujeres por parte de guerreros enemigos, o por asedios que han acabado con el exterminio de los varones del pueblo oprimido y la apropiación, en condición de esposa o de esclava sexual, de las mujeres supervivientes. Tal es la explicación —entre otras— que se ha dado a la separación entre el caribe (variedad masculina) y el arahuaco (variedad femenina) en islas caribeñas en época anterior a la llegada de los españoles a América (Tagliavini, 1937).

5 No obstante, ya Heródoto de Halicarnaso, en el libro IV (113-117) de sus *Historias*, nos cuenta que los jóvenes escitas que se unieron a las amazonas hablaban una lengua diferente a la que éstas utilizaban y que los descendientes de esa unión, los saurómatas (luego sármatas), utilizaban la lengua escita pervertida por el mal uso que habían hecho de ella las amazonas.

Las diferencias entre los sexolectos en las lenguas occidentales tienen que ver con preferencias de inventario y con estilos de conversación. En cuanto al inventario, las mujeres y los varones se inclinan por el uso de distintos términos (adjetivos, exclamaciones, etc.) o por la asignación de sentidos diversos a idénticas palabras. Por otra parte, en el habla femenina está presente la afectividad lingüística y la cortesía verbal. Además el *feminolecto* está sujeto a restricciones lingüísticas que no existen en el habla masculina y muestra rasgos que comparte con el lenguaje infantil. Por lo que respecta a los estilos conversacionales, las mujeres entienden el acto comunicativo más como un acto de relación social que como uno de transmisión de información; por ello, tienden a ser cooperativas y a respetar el turno de palabra. No suelen ser amigas de participar en el discurso público y, en el discurso privado, utilizan signos no verbales que atienden a la aproximación y a la transmisión de los sentimientos (Pearson-Turner-Todd Mancillas, 1993; Lozano, 1995).

Todas estas peculiaridades derivan, sin duda, de las circunstancias en las que se mueven mujeres y varones y de los roles sociales que históricamente se han venido asignando a unas y otros. Las mujeres deben ser cariñosas, sensibles, preocupadas por cómo se sienten las personas de su entorno, recatadas, cuidadoras y educadoras de la prole, sumisas; están en una perpetua minoría de edad que justifica la constante supervisión masculina. Asimismo, el colectivo femenino ha tenido infinitamente menores oportunidades de hablar en el abanico de contextos en el que los varones lo han estado haciendo, porque se ha tenido el silencio como cualidad femenina y porque se ha valorado negativamente lo que las mujeres pudieran aportar a través de la palabra (Lida, 1937; García Mouton, 1999). Además, desde niñas, ellas se dedican a actividades cooperativas, no competitivas, lo que repercute en sus estrategias comunicativas, que no son jerárquicas ni de dominio.

Es evidente que las diferencias sexolectales no son de raíz biológica, sino cultural, por consiguiente tienen mucho que ver con los estereotipos tradicionales, con el imaginario social y con las creencias lingüísticas.

Precisamente, los estudios sobre interculturalidad, auspiciados por la enseñanza de lenguas extranjeras, han buscado identificar y descifrar los aspectos del sistema cultural de cada pueblo que se encuentran en el ámbito no consciente y que ejercen una influencia oculta sobre la manera de pensar y de comportarse de sus diferentes miembros. Aunque puedan parecer cuestiones muy alejadas, las conclusiones que se extraen en dichos estudios son perfectamente aplicables al análisis de los comportamientos distintos que tienen mujeres y varones—incluidos los lingüísticos y comunicativos—, puesto que, en el fondo, unas y otros hemos estado viviendo en mundos diversos, no en el mismo mundo, desde el momento en que no se nos ha enseñado a interpretar la realidad del mismo modo, ni se nos exigen idénticas actitudes, ni se espera de nosotras y nosotros las mismas cosas.

Dentro de los cinco *sistemas ocultos de comportamiento* que Hall (1978, 1986 y 1989) señala como responsables en mayor o menor medida de la forma de percibir el entorno y de los significados adicionales a lo que comunicamos verbalmente, está el *tiempo*, que permite distinguir entre sociedades *monocrónicas* (en las que el tiempo se experimenta de modo lineal, como la cadena de un montón de eslabones que hay que seguir de manera individualizada y sucesiva para cumplir el calendario establecido) y sociedades *policrónicas* (en las que son posibles las actividades simultáneas con el fin de cumplir el compromiso, aunque sea fuera de plazo).

La razón por la que traemos a colación esta clasificación de Hall es que podríamos identificar muchos rasgos de las sociedades *monocrónicas* como característicos de los varones y muchas de las peculiaridades de las sociedades *policrónicas*

como propias de las mujeres. Véase el cuadro siguiente, presentado por Oliveras (2000: 45) en su trabajo sobre la competencia intercultural, en el que se resumen las particularidades de ambas concepciones del tiempo.

<b>Personas monocrónicas</b>	<b>Personas policrónicas</b>
hacen una cosa a la vez	hacen muchas cosas al mismo tiempo
se concentran en el trabajo	se distraen fácilmente
fijan compromisos de calendario	consideran los compromisos de calendario un objetivo a conseguir, en caso de que sea posible
son de bajo contexto y necesitan información	son de alto contexto y poseen información
su prioridad es el trabajo	su prioridad son las personas y las relaciones humanas
no se apartan de los planes fijados	cambian de planes a menudo y fácilmente
se preocupan por no molestar a los demás, respetan la intimidad	están más preocupados por las personas cercanas (familia, amigos...) que por la intimidad
muestran gran respeto por la propiedad, pocas veces prestan cosas	prestan cosas asiduamente y con facilidad
dan prioridad a la rapidez	basan la rapidez en el tipo de relación
están acostumbrados a relaciones cortas	tienen una gran tendencia a construir relaciones duraderas

Si podemos establecer este parangón entre culturas distintas y grupos sexuales distintos, tendremos que convenir que verdaderamente las diferencias educativas existentes entre mujeres y varones son culturales y son las que explican la diversidad lingüística y comunicativa entre estos dos colectivos.

El objetivo de los estudios de Hall es evitar malentendidos

en situaciones comunicativas entre individuos pertenecientes a diferentes culturas. Aebischer (1985) y Tannen (1990 y 1994) nos han hablado de los malentendidos que se producen entre mujeres y varones justamente porque los patrones de comunicación que cada grupo sexual utiliza son distintos. Parece clara la conclusión: habrá que establecer puentes entre ambos sexos –como los que intenta Hall entre comunidades lingüísticas diversas–, y para ello resulta imprescindible hacer visibles esas diferencias y conferirles la misma valoración social, no en estructura jerárquica en la que la variedad masculina sea la prestigiada y la femenina la estigmatizada.

### **3.4. Principios sociolingüísticos**

Partimos de una serie de supuestos sociolingüísticos que sirven de base al PRESEEA, proyecto para el estudio sociolingüístico de la lengua española en todo el territorio hispanohablante (Moreno, 1996) y cuyos extremos se explicarán en el apartado dedicado a la metodología de la investigación. Se trata de los siguientes principios:

- a) Una variedad lingüística solo puede ser estudiada si analizamos la comunidad de habla que la utiliza.
- b) Dicha variedad es conocida por igual por todos y cada uno de los miembros de la comunidad de habla.
- c) Una comunidad de habla está constituida por un colectivo de hablantes que tienen en común un conjunto de reglas de actuación lingüística, unas normas de interpretación de esa actuación, unas creencias lingüísticas y unas actitudes lingüísticas.
- d) Los usos lingüísticos –y comunicativos– variables pueden covariar con factores lingüísticos y sociales.

Desde estas premisas vamos a acometer el estudio de la percepción social de los sexolectos –por lo tanto, las creencias lingüísticas al respecto– en una comunidad lingüística concreta.



## **4. Estado de la cuestión: Sobre diferencias lingüísticas y comunicativas entre varones y mujeres**

---

### **4.1. Las diferencias según los antiguos y en civilizaciones amerindias y africanas**

El estudio de las diferencias lingüísticas entre varones y mujeres no es antiguo; solo podemos remontarlo a principios del siglo XX. Anteriormente no encontramos más que noticias dispersas –muchas de ellas intuitivas o poco contrastadas– en obras gramaticales, retóricas, filosóficas o moralizantes. Las primeras que tenemos en la cultura occidental proceden de la Grecia clásica. Los griegos atribuyeron a las mujeres el don de lenguas, aun a pesar de que consideraban la palabra como privilegio exclusivo del varón y por ello mismo relegaban al silencio al colectivo femenino. Ese don adopta formas variadas: Afrodita es versada en idiomas; Homero nos cuenta que Helena posee la capacidad de imitar la voz de todas las mujeres gracias precisamente a un regalo de bodas de la mencionada diosa (*Odisea*, IV, 279); Heródoto nos habla de la aptitud de las mujeres en el aprendizaje de lenguas basándose en la situación de contacto lingüístico que se produjo entre las amazonas y los escitas (*Historias*, IV, 114). Con la llegada de Platón, sin embargo, el discurso sobre las capacidades lingüísticas

femeninas cambió: desde entonces ya no se habló del mítico y fantástico don de lenguas, sino de un rasgo peculiar, a saber, la pronunciación arcaizante.

Esta reflexión incidental del *Cratilo*, que reaparece en Aristófanes (*Las assembleístas*, 215-228), se tomó como aserto indiscutible y justificación teórica y autorizada en la doctrina lingüística estoica. En el pensamiento ciceroniano llegó todavía más lejos a la luz de la situación del latín. Marco Tulio Cicerón explica en sus tratados de oratoria, especialmente en el *De Oratore* (III 12, 45), que las mujeres son las que conservan con más pureza y con mayor propiedad la lengua, y no solo en el nivel fonético como había observado Platón. No parece que la suya fuera una opinión personal y aislada, sino plenamente colectiva, porque en Roma fue costumbre que las familias nobles encomendaran a sus hijos a alguna parienta principal (*matrona*) para que les enseñara la virtud del buen hablar, algo que tanto se estimaba en la sociedad romana<sup>6</sup>. Para Cicerón, las dos virtudes que adornaban la conversación de las patricias del círculo de los Escipiones eran el arcaísmo y la cortesía (*urbanitas*)<sup>7</sup> (Lida, 1937).

De las diferentes opiniones de diversos autores latinos (Plinio, Juvenal, Marcial, San Jerónimo o Donato) hay que deducir que las mujeres romanas, aunque conservadoras y tendientes a la norma en su modo de hablar, eran propensas a

---

6 En la misma tónica, dos siglos después de la muerte de Cicerón, Quintiliano encarece el papel de la madre en la formación del orador en su *Institutiones Oratoriae* (I, 1).

7 Se entiende en sentido general por *urbanitas* el ideal lingüístico romano, esto es, lo que distingue la lengua estándar o *sermo urbanus* (libre de barbarismos y dialectalismos), de la lengua hablada, y cuyos máximos exponentes son el *De lingua latina* de Varrón y el *De analogia* de César. Empleo aquí el término en sentido restringido según el uso que de él hace Cicerón. En todo caso, su significado extensivo nos remitiría a la idea de que las mujeres se aproximan más a la norma, algo que, por otra parte, han demostrado muchos estudios sociolingüísticos.

las pronunciaciones afectadas, recurrían a elementos propios del lenguaje infantil (por ejemplo, los acortamientos léxicos), hablaban demasiado y sin sentido abusando de los circunloquios vacuos, empleaban un tempo muy rápido, eran emotivas en exceso; si bien supuestamente recatadas, echaban mano con frecuencia de los juramentos y no sentían apuro en usar términos obscenos siempre y cuando sus interlocutoras fueran también féminas –a excepción, claro está, de las mujeres de baja estofa, que no tenían tal tapujo–; también se las tilda de indiscretas y chismosas (Quintillà, 2005).

Otra fuente de información sobre cómo era el habla femenina en Grecia y Roma es el teatro. Los autores dramáticos (todos ellos varones), en su intento de caracterizar sus personajes para hacerlos creíbles, no desestimaron los elementos lingüísticos y comunicativos que permitían identificar, por ejemplo, un esclavo o la gente campesina; hemos de suponer que también lo hicieron con las mujeres –o con los personajes afeminados–, incluso en el caso de que se tratara de parodias, precisamente porque en ellas se exageran rasgos que forman parte del imaginario social y, por ello mismo, son compartidos por todo el mundo. No obstante, Teresa Quintillà (2005: 45) ya nos alerta –siguiendo las advertencias de Adams (1984)–, de que hay que distinguir entre lo que se creía que decían las mujeres (estereotipos), lo que se suponía que debían decir (prescripciones) y lo que realmente decían (realidad objetiva)<sup>8</sup>; asimismo nos recuerda que trabajamos siempre con testimonios indirectos, lo cual puede plantear problemas de fiabilidad.

---

8 De esto, poco podemos saber de fuentes primarias porque no ha quedado apenas rastro de los textos de las autoras griegas y romanas de las que tenemos noticia; mucho menos de las que eventualmente no hayan sobrevivido ni en los comentarios de sus contemporáneos. Si esos textos hubieran perdurado, podríamos plantearnos un estudio del modo de usar el latín en los documentos firmados por mujeres en comparación con los de autoría masculina.

Entre las características del *feminolecto* que podemos entresacar del estudio de la comedia y, en menor medida, del drama antiguos, conviene destacar: la especialización en los juramentos (mujeres y varones juraban a dioses diferentes<sup>9</sup>), el uso de la atenuación cortés o el empleo de ciertos vocativos afectivos (Quintillà, 2005).

Del pensamiento grecorromano sobrevivió en los siglos posteriores la conveniencia de que las mujeres fueran discretas en el hablar (esto es, mudas) –a lo que contribuyó notablemente la influencia de las Escrituras<sup>10</sup>–, así como la idea de que el habla femenina es castiza y conservadora, algo que se justificó en el Renacimiento por la reclusión y el aislamiento que ellas sufrían en el hogar. A esto vino a añadirse la convicción de lo inadecuado de que las mujeres se instruyeran, como afirmó Juan Luis Vives en el segundo libro de su *De institutione christianae feminae*. Todavía hoy en la mayoría de culturas –si no en todas– a las mujeres se las educa en la cortesía y en el comedimiento verbal, y en muchos pueblos el analfabetismo femenino es aún notablemente superior al masculino; si a esto se suma la incomunicación de las mujeres a causa de las normas sociales que las recluyen en la esfera privada, puede explicarse que se sigan constatado como rasgos del habla femenina la cortesía verbal, el conservadurismo y el escaso dominio de la palabra en el ámbito público.

Así pues, tenemos la persistente afirmación, entre clásicos y renacentistas, de que las mujeres son más conservadoras en el uso de la lengua. Pero hemos de atribuirlo en realidad a la intención estética de las mismas, “a la voluntad de hablar bien, que suele traducirse en el toque refinado de la dicción

---

9 En Roma, por ejemplo, los varones juraban por Hércules o por Júpiter y las mujeres por Cástor o Pólux (Quintillà, 2005).

10 Léase, como paradigma, la primera *Epístola* de San Pablo a los Corintios.

arcaizante" (Lida, 1937: 247). Ello explica que en otros lugares hallemos que el habla femenina es innovadora: se trata siempre del propósito estético, resultado de que el sexo femenino es más sensible a la valoración social de los fenómenos lingüísticos.

Ejemplos de comportamientos verbales innovadores del colectivo femenino los tenemos también desde antiguo. Lida (1937) nos explica tres casos: la pronunciación velar de las grafías medievales "g" y "x", que Gaspar Schopp atribuye en sus *Institutiones Gramaticae Latinae* (1629) a las mujeres españolas; el ceceo de las damas sevillanas denunciado en 1630 por Gonzalo Correas en su *Ortografía*; y la veleidad con la que las mujeres pervertían el español, en opinión de José de Vargas Ponce (*Declamación contra los abusos introducidos en el Castellano*, 1793).

Igualmente obtenemos datos sobre el diverso modo de hablar de mujeres y varones en las gramáticas de lenguas amerindias elaboradas por los misioneros españoles. Precisamente las noticias allí recogidas llevaron a Carlo Tagliavini a interesarse por el tema y a dedicarse durante diez años a recoger datos sobre las diferencias lingüísticas entre varones y mujeres en todas las lenguas con el fin de comprobar si tal circunstancia se debe a un origen común o tiene explicaciones distintas en cada comunidad hablante. En 1937 publicó un artículo en el que revisa de manera crítica los estudios realizados hasta el momento, ofrece algunas conclusiones y anuncia una eventual monografía posterior más detallada de la que no tenemos constancia a pesar de haber consultado diversos catálogos italianos y españoles en donde se recogen las obras de este autor, por lo que suponemos que dicho proyecto no llegó a quedar plasmado en letras de molde.

En este lugar, el glotólogo italiano expone las manifestaciones que adopta la diversidad lingüística entre los sexos y anota los diferentes grados en los que ésta se percibe. Así

encontramos, por un lado, la tendencia arcaizante observada en la fonética (comunidad *carajá* de Brasil), en la morfología (variedad rusa de la aldea de Novoselki –Rjazan–), en el empleo de dialectos más antiguos (comunidad *creek* de América), o en el mantenimiento de la variedad autóctona frente a la lengua impuesta (comunidades del norte de Italia o entre los macedorrumanos). Es más, este lingüista afirma que las mujeres ofrecen información más rica sobre la variedad nativa en las encuestas, como tuvo oportunidad de comprobar en su estudio del dialecto alemán de Sappada, en la provincia de Belluno, y del dialecto albanés de Borgo Erizzo, en la provincia de Zara. Las razones que da Tagliavini a este peculiar comportamiento lingüístico del colectivo femenino tienen que ver: 1) con las condiciones de vida que sufren las mujeres, a las que se mantiene aisladas y al margen de contactos con otras lenguas; 2) con la falta de instrucción, que las hace estar libres de la influencia de la lengua literaria; 3) con la voluntad férrea de conservar la tradición cultural; o 4) con el deseo de evitar lo considerado vulgar o plebeyo –algo que caracteriza a las mujeres de clases altas ante un cambio lingüístico que va generalizándose–, que llega incluso a provocar ultracorrecciones.

Junto a esta tendencia conservadora advertida en el comportamiento lingüístico de las mujeres que las lleva a ser menos proclives que los varones a aceptar las innovaciones externas, Tagliavini recoge paradójicamente testimonios de la inclinación contraria, esto es, la de incentivar cambios lingüísticos internos en cualquier nivel de la lengua. Habla de la fonética innovadora de las inglesas del siglo XVI, de las hablantes del dialecto de Charmey y del dialecto de Usseglio, así como del fenómeno de palatalización de las consonantes labiales en rumano antiguo patrocinado por las mujeres moldavas –comentado por primera vez en 1715– y que las distinguía de sus coterráneos varones, quienes no solo no emitían esta articu-

lación palatalizada, sino que hasta cometían hipercorrecciones en su ánimo de soslayarla. Este lingüista italiano explica este discrepante comportamiento lingüístico en el hecho de que los varones, que entran en contacto con los centros urbanos y pasan temporadas en otros lugares a causa de sus actividades laborales, intentan evitar un rasgo marcadamente dialectal y que, además, convierte en irreconocibles algunas palabras. Otra razón puede ser la resistencia que se ofrece siempre a las innovaciones que parten de los estratos sociales más bajos o considerados inferiores –como al colectivo femenino–, resistencia, por otra parte, que no impide que dichas innovaciones acaben –en algunos casos– imponiéndose a las clases altas (recuérdese, por ejemplo, el influjo de la lengua popular en la formación del latín eclesiástico).

En nuestra opinión también debieran considerarse otras explicaciones. Tal disconformidad en el comportamiento lingüístico de mujeres y varones moldavos puede deberse asimismo: 1) a una influencia externa en el *masculinolecto*, al modo que sucedía en los años cincuenta y sesenta en algunas zonas del norte de Jaén y Granada en las que las mujeres presentaban pronunciación castellana –que era la autóctona–, mientras que los varones articulaban ciertos sonidos y utilizaban vocabulario de claro origen andaluz, dadas sus largas estancias laborales en lugares donde se habla este dialecto (Salvador, 1952; Alvar, 1956, 1969); o bien 2) a una marca de pertenencia al grupo masculino.

Otros ejemplos de innovación fonética patrocinada por las mujeres explicados por Tagliavini se dan en japonés, en la lengua esquimal, en una lengua paleoasiática del norte de Siberia y en el francés del siglo XVI.

Las lenguas amerindias son las que ejemplifican mejor las diferencias de inventario lingüístico –tanto morfológicas como léxicas– entre mujeres y varones. Tagliavini habla del imperativo en *dakota* y en *ponca* (Nebraska), de los adverbios en

*arahuaco* (Caribe)<sup>11</sup>, del pronombre personal sujeto de primera persona en *mbayá* (América del Sur); y de algunas partículas sintácticas, de los verbos copulativos, de ciertas formas pasivas y del léxico de la familia en el *yana* (California). El vocabulario de parentesco también muestra diferencias en boca de mujeres y en boca de varones en otras lenguas americanas como el *huasteca* (Méjico), el *maya* de Yucatán, el *cakchiquel* (Guatemala), el *haida* (Alaska) o el *chiquito*<sup>12</sup> (Bolivia). O el caso del *caribe* insular, que, como ya hemos dicho, se muestra como modelo prototípico de diversidad sexolectal, dado que es una lengua hablada solo por los varones.

Precisamente en una de estas últimas lenguas, el *chiquito*, se dan elementos muy interesantes que distinguen el habla masculina y el habla femenina a tenor de los datos aportados por las gramáticas de los misioneros españoles y por los comentarios de Henry (1879) y Tagliavini (1937). En esta lengua hay que destacar dos aspectos de índole diversa. Por un lado, observamos diferencias formales en los usos lingüísticos de cada uno de los sexos, que se concentran básicamente en el empleo de prefijos y sufijos distintos en sustantivos que designan a mujeres y varones o cosas pertenecientes a unas y otros, o en las formas verbales cuando el sujeto o el complemento directo están en tercera persona; también se percibe en la utilización de cierta parte del vocabulario, como el del parentesco citado, pero también en los términos de ciertos animales o de ciertos objetos muy usuales, que presentan prefijos en boca de varón ausentes en el habla femenina. Por otro lado, es de gran interés el desequilibrio existente entre un uso que podríamos llamar diglósico (el de los varones) y otro

---

11 En *arahuaco* la elección de los términos depende no solo del sexo del emisor, sino también del sexo del receptor.

12 Posteriormente se ha señalado este mismo fenómeno en otras lenguas del continente americano como el *garifuna* (Honduras) (Herranz, 1996).

monoglósico (el de las mujeres), que se concreta en que los varones emplean las dos variedades lingüísticas: 1) el *masculinolecto* cuando hablan de su grupo sexual, de los dioses, de los espíritus y, en general, de aquellos seres que en su cultura adoptan una apariencia masculina, y 2) el *feminolecto* cuando se refieren a las mujeres, a los animales (de ambos sexos) o a los objetos inanimados; mientras que las mujeres emplean únicamente la variedad lingüística propia de su grupo sexual en todos los contextos y hablando de cualquier cosa.

Henry (1879: 306) atribuye este segundo fenómeno al primitivismo del pueblo chiquito, que compara con los quechuas (Perú, Bolivia, Chile), de una cultura muy superior, en cuya lengua queda solo algún vestigio de un comportamiento lingüístico similar, abandonado con el desarrollo de su sociedad. En opinión de Henry, este fenómeno nos remonta a "un période de la vie sauvage" en el que la mujer era considerada un ser inferior al varón, de la misma categoría que los animales y que las cosas, pero también a un periodo en el que no preocupaba la ambigüedad del lenguaje femenino, ambigüedad resultante del hecho de que cuando hablaba una mujer no era posible saber el sexo de la persona de la que estaba hablando.

Tagliavini (1937: 310) discrepa de Henry en lo que se refiere a la existencia de este desequilibrio sociolingüístico. Basándose en manuscritos del setecientos conservados en bibliotecas italianas, especialmente en la *Gramática de la Lengua de los Indios llamados Chiquitos pertenecientes al Governo de Chuquisaca en el Regno del Perú, doctrinados por los PP. de la Extinta Compañía de Jesús de la Provincia del Paraguay*, que está depositada en la Biblioteca Estense de Módena, concluye que la práctica de utilizar la variedad del otro sexo cuando se habla de cosas relativas a él era compartida por varones y mujeres, por tanto, que "la donna può usare le forme degli uomini non solo riportando le parole di uomini, ma anche parlando di cose relative ad uomini".

Tagliavini (1937) se ocupa también de las diferencias sexolectales debidas al tabú en las lenguas africanas, en concreto en el *cafre* y el *zulú* (Sudáfrica). Sin embargo, la reacción verbal femenina ante las restricciones lingüísticas que se le imponen de la que habla este autor italiano no constituye realmente una variedad lingüística propia de las mujeres, puesto que cada una emplea un vocabulario diverso y genera creaciones lingüísticas propias que no tienen por qué ser compartidas por las demás; así pues, no hay un comportamiento lingüístico homogéneo en el sexo femenino, sino que cada cual resuelve las prohibiciones particulares con las que se encuentra de una manera también particular. Lo único que une a todas las mujeres es el tabú de nombrar al marido y a los miembros varones de la familia política que estas tienen, pero no el modo de solucionar la interdicción lingüística.

Para acabar, Tagliavini menciona las jergas o lenguas secretas que han desarrollado algunos colectivos de mujeres, de las que opina que no deben ser consideradas en realidad como manifestación de las diferencias sexolectales. Da cuatro ejemplos de este tipo de sistemas verbales crípticos: el de las mujeres de Brunei, en Borneo; el de las costureras romanas; la llamada *lengua de las flores* de los harenes orientales, y la lengua mágica de las sacerdotisas de la isla de Célebes, en el archipiélago indonesio de igual nombre.

En el largo apartado de conclusiones, Tagliavini (1937: 326) juzga que las diferencias sexolectales del caribe insular –que son las de mayor envergadura de todas las encontradas en las distintas lenguas del mundo– deben explicarse originalmente por la fusión de dos elementos étnicos y lingüísticos, los *galibis* y los *arahuacos*, y el consiguiente refuerzo posterior que supone la distinta posición social de las mujeres en dicha comunidad, que es inferior a la de los varones no ya únicamente por la jerarquía casi universal de los sexos, sino también por pertenecer, en este caso, a un pueblo sometido.

Por consiguiente, el *feminolecto* en el caribe insular tiene el mismo grado que una lengua de "clase" (esto es, en términos modernos, un sociolecto basado en los rasgos socioculturales), como las que encontramos en el japonés o en el tibetano. Así, para Tagliavini, las diferencias entre el habla masculina y el habla femenina en este colectivo humano representan una diversidad de clase y un claro testimonio del distinto nivel cultural que tienen ambos sexos en todas las comunidades<sup>13</sup>. La disparidad en el modo de hablar de mujeres y varones en las otras lenguas se reduce a fenómenos generalmente exiguos y, en opinión del lingüista italiano, demasiado exagerados por los estudiosos. Tales diferencias pueden presentarse aisladas o agrupadas, en cuyo caso el efecto de estar ante sexolectos es mayor. A su parecer, el conservadurismo o la innovación que presentan las hablas femeninas, fenómenos aparentemente contrarios entre sí, son debidos en verdad a la misma causa, a saber, la condición social de las mujeres, que las mantiene recluidas y analfabetas.

Un par de años antes de que se publicara este trabajo de Tagliavini, Da Silva Correia (1935) se ocupó también del lenguaje de las mujeres, inspirándose en la opinión de Charles Bally, quien consideraba "o problema da linguagem dos sexos dos mais formosos da glótica" (1935: 5). En este extenso trabajo en el que abundan comentarios tendenciosos sobre el colectivo femenino –que lo hacen por ello sospechoso de falta

---

13 Hay otros casos en los que se observa también que la diferencia lingüística entre varones y mujeres es en realidad una diferencia basada en la clase. Se trata de la costumbre en el teatro indio antiguo de que los personajes masculinos hablen en sánscrito y los femeninos en prakrita; no se olvide que el sánscrito (*sa-skṛta* '(lengua) perfecta, refinada') es la lengua de los dioses, de los reyes, de los príncipes, de los brahmanes de las castas altas, mientras que el prakrita (*prākṛta* '(lengua) natural') es la lengua de las castas menos elevadas; solo algunas mujeres de casta alta, de comportamiento intachable y con cultura pueden hablar en sánscrito, pero son una excepción (Tagliavini, 1937: 326-327).

de objetividad—, este periodista y literato portugués se ocupa de las características del habla femenina en las sociedades que el tilda de “civilizadas”, agrupándolas en cuatro tipos:

- 1) rasgos paralingüísticos: tono, mirada, gestos, risa, llanto, etc.;
- 2) elementos léxicos: campos semánticos pobres (neologismos, palabras abstractas, conjunciones y locuciones subordinantes, sinonimia, polisemia y vida extradoméstica) y, paralelamente, riqueza léxica en los arcaísmos, expresiones exclamativas y afectivas, onomatopeyas, barbarismos de moda, vocabulario del hogar y colores;
- 3) aspectos gramaticales: caracteres gráficos, timbre e intensidad de voz, entonación más melódica, pronunciaciones innovadoras o arcaizantes, uso recurrente de los superlativos y expresiones enfáticas, parataxis, frecuentes pleonasmos y anacolutos, atribución de significados diferentes a ciertas palabras; y
- 4) estilo:

“O estilo da mulher é, de modo geral, cortado e fácil; o vocabulário é restrito e familiar; a proposição curta e desenredada; e ao período, articulado com muita simplicidade, e numéricamente pobre em elementos oracionais, falta arcabouço sintático, -o que é mais um índice de pouco fôlego mental, ou de diminuta capacidade para o encadeamento de séries lógicas.” (Silva, 1935: 94).

Da Silva explica también algunas diferencias sexolectales en la lengua escrita, en concreto en la lengua de la literatura, aunque tienen más que ver con preferencias en formas literarias que con usos lingüísticos.

#### **4.2. Primeras aproximaciones modernas a las lenguas occidentales**

Durante varios años el tema de los sexolectos deja de tener interés en la investigación lingüística, pero los trabajos dia-

lectológicos empiezan a generar de nuevo noticias sobre los usos lingüísticos diferenciados de mujeres y varones. La revista *Orbis* nace precisamente al amparo de un macroproyecto de estudio del lenguaje de las mujeres a escala mundial coordinado por Sever Pop (1952a). El objetivo del mismo era dar luz sobre en qué medida el habla femenina es conservadora o innovadora con respecto al modo de hablar de los varones. Es evidente la perspectiva arbitraria desde la que se partía –y que no fue exclusiva del conjunto de investigadores que se reunieron en este proyecto–, a saber, la consideración del *masculinolecto* como patrón lingüístico a partir del cual se mide el grado de “desviación” que tiene el comportamiento verbal de las mujeres. Los trabajos que se presentan en los dos tomos de este primer volumen, de 1952, se agrupan por dominios lingüísticos: románico<sup>14</sup>, germánico<sup>15</sup>, griego<sup>16</sup>, báltico, eslavo, chino (Grootaers, 1952a), japonés (Grootaers, 1952b), mogol (Grootaers, 1952c) y semítico<sup>17</sup>.

Aunque se anuncia en el primer fascículo del volumen I de esta revista (1952) que irán apareciendo paulatinamente estudios sobre la lengua de las mujeres, tal cosa no sucede más que en el fascículo primero del volumen II, publicado en el año 1953. Bajo el mismo epígrafe que en el volumen anterior (*Le langage des femmes: Enquête linguistique à l'échelle mondiale*) encontramos un artículo dedicado al siberiano, así como dos trabajos relativos al dominio romance que, en realidad, tratan sobre la formación del femenino en francés moderno (Stheli, 1953) y sobre el vocabulario portugués designativo

---

14 Con estudios sobre el italiano (Merlo, 1952), el siciliano (Piccitto, 1952), el aragonés (Badia, 1952), el español hablado en Andalucía (Salvador, 1952), el catalán (Griera, 1952), el rumano (Pop, 1952b), o el francés (Straka, 1952).

15 Con trabajos sobre la Suiza alemana y el norte de Italia (Bultot-Gennart, 1952), el holandés (Meertens, 1952), o el flamenco (Coetsem, 1952).

16 Con trabajos sobre las comunidades griegas del sur de Italia (Parlangèli, 1952a) o de Córcega (Parlangèli, 1952b).

17 Con un estudio sobre el árabe (Roux, 1952)

de los senos femeninos. Hasta 1972, veinte años después de la formulación del proyecto, no volvemos a toparnos con un trabajo que recoja, aunque sea de manera parcial, rasgos de la variedad lingüística femenina, se trata de un estudio sobre el holandés titulado "Some Investigations into Sociolinguistical Indicators", escrito por Van den Ven (1972). A partir de ese año irán publicándose esporádicamente estudios sociolingüísticos, de los que conviene destacar los artículos de Fontanella (1974, 1978), en donde la autora da cuenta de la particular pronunciación de las mujeres bonaerenses.

A partir de este momento será justamente la sociolingüística la que se ocupará de recoger datos sobre los usos lingüísticos femeninos pero no como objetivo primordial, sino dentro de uno de los factores sociales tenidos en cuenta como susceptibles de influir en la actuación y, por consiguiente, como integrantes de la competencia sociolingüística de los hablantes<sup>18</sup>. Por su parte, la etnografía de la comunicación desde Gumperz ha dado paso a una preocupación constante por las diferencias comunicativas entre mujeres y varones, y ha tenido en Tannen, su discípula, el mayor exponente. No obstante, en España, seguirán apareciendo trabajos en dialectología sobre rasgos propios del habla masculina y del habla femenina –casi

---

18 No obstante, una de las aportaciones más sugestiva de la sociolingüística en relación a las diferencias sexolectales es el concepto del *prestigio encubierto* o *covert prestige*, acuñado por Trudgill (1974). Este autor advirtió que los varones no se atienen al mismo concepto de prestigio que las mujeres y responden, en ciertas ocasiones, a un prestigio alejado de lo normativo y solo aplicable a usos lingüísticos característicos del lenguaje masculino (palabras malsonantes, reniegos, blasfemias, etc.), que se apartan de lo que teóricamente se considera prestigioso. En cambio, el *prestigio abierto* o *manifiesto* (*overt prestige*), asociado al uso de la variedad estándar, es más importante para las mujeres (Romaine, 1994), puesto que para ellas utilizar marcas de prestigio supone un aval social y una carta de presentación que les confiere un estatus, a veces ficticio, difícil de conseguir por otros medios. Además, no ha de olvidarse que siempre ha existido la presión social para que las mujeres hablen "bien", tanto en la cultura occidental como en el resto del mundo.

siempre fonéticos— a raíz de la elaboración de los diferentes atlas lingüísticos, como el de Alvar (1969).

### 4.3. El estudio del *feminolecto*

El primer libro que trató estricta y exclusivamente del habla femenina es el mítico *El lenguaje y el lugar de la mujer* de Robin Lakoff (1975). En él la autora no solo establece las características del modo de hablar de las anglófonas, sino que también reflexiona sobre qué es lo que el inglés y la comunidad de habla inglesa dicen de las mujeres. Ha resultado ser una obra muy controvertida pero guía de muchas otras que han intentado ratificar o refutar sus conclusiones. La principal crítica que ha recibido es haberse utilizado a sí misma como objeto de estudio y no haber empleado métodos cuantitativos, a la sazón en boga. No obstante, no parece ser suficiente una objeción así puesto que no solo ha sido la forma habitual de trabajar en los estudios de sintaxis generativa (y de muchos tratados de gramática, en general), sino que disciplinas como la etnografía de la comunicación —muy poco o nada cuestionadas— se han servido habitualmente de pocos individuos para realizar sus análisis (una familia, un grupo de amigos, etc.).

Pearson, Turner y Todd-Mancillas (1985)<sup>19</sup> publican una década después una síntesis crítica de los trabajos dedicados al género en la comunicación verbal y no verbal, en la percepción lingüística, en los estereotipos, en la asertividad, en el discurso público y en el discurso íntimo, muchos de los cuales han arrancado de las teorías de Lakoff. En realidad, se trata de una visión panorámica de la literatura sobre mujer y len-

---

19 El uso constante de la primera persona del singular en la redacción de este libro hace sospechar que, en realidad, la verdadera autora es Judy C. Pearson y que los otros dos nombres corresponden a personas que colaboraron con ella.

guaje (tanto verbal como no verbal) aparecida básicamente en Estados Unidos y Canadá hasta la fecha de la publicación de este libro, con la presentación, intercalada en el discurso, de ejercicios para realizar individualmente, o bien para utilizar en clase, con el objetivo de hacer percibir situaciones sexistas y de reflexionar sobre ellas. Se trata de un libro bastante ameno, con una clara función apelativa (no en vano se dirige constantemente al lector o lectora). No obstante, hay que reprochar la introducción de numerosas palabras inexistentes en español en la traducción hecha por Cristina Rodríguez Fischer.

La oscuridad del título de la obra de Patrizia Violi (1986), *El infinito singular*<sup>20</sup>, ha podido llevar a que acabara siendo un desconocido entre el público lingüista español. La autora presenta un libro que recuerda las líneas de Lakoff, en el sentido de que se ocupa de cómo hablan las mujeres y de lo que la lengua dice de ellas. Las principales diferencias estriban en que Violi abarca diversos sistemas lingüísticos –incluidas lenguas no indoeuropeas–, y en que intenta reconstruir el montaje cultural que ha llevado a que el sexo femenino permanezca oculto y que no sea sujeto de la enunciación. Un aspecto muy interesante de este trabajo es la revisión del origen del género gramatical y de sus repercusiones sociales. Un problema que preocupa insistentemente a la autora es la dificultad que tienen las mujeres de expresarse con un lenguaje cuya perspectiva es de varón y que, por tanto, no puede formular la experiencia femenina más que de prestado.

Este último aspecto es uno de los recogidos en *Yo, tú, nosotras*, de Luce Irigaray (1990), en concreto en el capítulo

---

20 El título de la obra original, editada en Verona por Essedue Edizioni, es *L'infinito singolare. Considerazioni sulle differenze sessuali nel linguaggio*, mucho más descriptivo. La eliminación del subtítulo en la versión española le ha hecho un flaco favor a la difusión de su contenido, que se ha producido exclusivamente en círculos feministas a través de la Colección Feminismos, resultante de un acuerdo entre el Instituto de la Mujer, la Editorial Cátedra y la Universidad de Valencia.

"Escribir como mujer" (1992: 49-57)<sup>21</sup>, que es, en realidad, la transcripción de una entrevista realizada por Alice Jardine y Anne Menke, de la Universidad de Harvard (EE.UU.)<sup>22</sup>. Junto a este capítulo hay que destacar dos más desde la óptica que nos ocupa: "Discurso de mujeres y discurso de hombres" (1992: 27-33) y "Sexos y géneros lingüísticos" (1992: 65-71). En el primero de ellos, fechado en junio de 1987, la autora se pregunta cómo analizar las marcas sexuadas que aparecen en los mensajes y expone las características de un estudio sobre la lengua francesa, que por aquel entonces se hallaba en curso. El segundo, datado en octubre de 1987, se ocupa de los valores semánticos del género gramatical y de la problemática que plantea el léxico laboral; intenta dar una explicación cultural a la creación de este accidente. En su opinión, la liberación sexual implica cambios lingüísticos en las reglas gramaticales y en el discurso femenino.

Otra obra recopilatoria, pero ya en lengua española, es la de Isabel Lozano (1995)<sup>23</sup>, que tiene como aportaciones más interesantes la actualización de la bibliografía, la selección de los estudios que vacía, la inclusión y comentario de trabajos sobre el español, y el capítulo dedicado a la forma en que la tradición ha interpretado y calificado el modo de hablar de las mujeres, algo de lo que ya había hablado M<sup>a</sup> Rosa Lida (1937).

No obstante, el primer estudio autóctono que se publicó en nuestro país sobre el comportamiento cognitivo-lingüístico de las mujeres, aparte de los comentarios acerca de las opi-

---

21 Las páginas se citan por la traducción española, que es de 1992.

22 Estas dos autoras se encontraban en septiembre de 1987 (época en la que se formularon estas preguntas) realizando un proyecto de investigación sobre escritura de mujeres y en él se inscribe esta entrevista.

23 En un trabajo anterior (Moreno, 1988) ya ofrece comentados seis de los principales trabajos publicados en EE.UU. entre 1975 y 1983 sobre lengua y género, incluido el de Lakoff.

niones de los clásicos sobre el habla femenina de Lida que acabamos de mencionar, es el de M<sup>a</sup> Jesús Buxó (1978) dentro de la antropología lingüística y que sigue la estela de trabajos como el de Geneviève Calame-Griaule (1965) sobre el pueblo dogón. En este lugar la antropóloga catalana intenta explicar las razones genético-culturales de las diferentes habilidades lingüísticas de varones y mujeres; da noticia de las justificaciones tradicionales del comportamiento verbal femenino en la mitología y en el refranero, así como de las reglas sexo-sociolingüísticas; y dedica la segunda parte del libro al análisis de varios casos concretos de actuación lingüística femenina en situaciones de aculturación y cambio social (en Cuzco, Nuevo Méjico y Cataluña) y en situaciones subculturativas.

Poco después Violeta Demonte (1982) reflexiona acerca del debatido problema de la discriminación sexual, sobre si existe o no un *feminolecto*, sobre qué es lo que la lengua dice de las mujeres y sobre cómo pueden participar éstas en la transformación de la ciencia lingüística.

Melissa Moyer (1988) parte de las opiniones de Lakoff (1975) y de Cameron (1985), aunque juzga que el análisis de las variedades masculina y femenina debe enfocarse desde las diferencias de uso lingüístico en una situación concreta y desde la función comunicativa de cada acto de habla, pues las investigaciones sociolingüísticas han demostrado estadísticamente que las divergencias entre el comportamiento verbal de mujeres y varones son mínimas –investigaciones realizadas, todo hay que decirlo, en zonas donde los sexolectos presentan pocas diferencias–. En este trabajo expone los resultados obtenidos en el estudio cualitativo de algunos aspectos de la manera de hablar de dieciocho amas de casa entre 25 y 65 años procedentes de seis regiones españolas.

El título del trabajo de Ángel López y Ricardo Morant (1991) es bastante elocuente, *Gramática femenina*. La segunda parte del libro, a cargo de Morant, es la que se ajusta a ese

encabezamiento; en la primera parte, López ofrece en realidad una reflexión de carácter teórico, en ocasiones alejada del núcleo temático. En este lugar, Morant aborda cómo se comunican mujeres y varones a través de las palabras y a través de otros mecanismos no verbales en situaciones normales o en circunstancias concretas como la seducción o la boda, con el objeto de establecer cuál es la gramática que rige el modo en que el sexo femenino transmite mensajes. Además de los aspectos kinésicos y gestuales, se ocupa de la interjección, los apelativos, la afijación, los acortamientos léxicos, los pronombres, la negación y la comparación, el eufemismo, los temas de conversación. También dedica varios capítulos a descubrir qué información subliminal de la mujer podemos entresacar del análisis de los insultos, los piropos, las pintadas o los anuncios. No se trata de un estudio cuantitativo en sentido estricto, pero resulta de sumo interés. Como mínimo es el único que ha intentado exponer de manera global los rasgos característicos del modo de hablar de las mujeres españolas empezando por la gramática no verbal.

En 1999, Pilar García Mouton ofreció un pequeño librito de carácter divulgativo dentro de la colección *Cuadernos de Lengua Española* de la editorial Arco/Libros, pensada para estudiantes universitarios de primeros cursos, en el que recoge explicaciones de carácter sociológico e histórico sobre las diferencias básicamente lingüísticas –también comunicativas, aunque en menor medida– entre mujeres y varones, apunta también los datos reunidos por la dialectología y por la sociolingüística sobre la lengua española y sobre otras lenguas, e incluye una serie de ejercicios de uso escolar. Señala asimismo cuestiones ya consignadas desde Da Silva sobre la influencia del tabú, el empleo de rasgos morfológicos característicos en algunas lenguas y el conservadurismo lingüístico femenino.

Varios años después (García, 2003) vuelve sobre la cuestión en un libro de idéntico talante divulgativo, en nada académico

(por ejemplo, no da la referencia de muchas citas, y, cuando la da, es incompleta). En esta ocasión explica de manera muy sencilla y profusamente ejemplificada los diversos rasgos que las investigaciones han considerado propios del habla femenina, tanto en el nivel estrictamente lingüístico como en el pragmático y comunicativo. En concreto, se ocupa de la pronunciación a veces conservadora a veces sofisticada, de la entonación muy melódica y en ocasiones no conclusiva, del empleo de los diminutivos y de ciertos términos y expresiones, del nulo uso de voces tabú, de los objetivos de la conversación, de la cooperación en la construcción del mensaje, del respeto a los turnos de palabra, de los malentendidos provocados por el diferente valor que mujeres y varones damos al silencio, de los temas de conversación, de la cortesía verbal, de las órdenes indirectas, del estereotipo femenino de mujer parlanchina, vacua, indiscreta y manipuladora, así como del controvertido uso del masculino genérico y de ciertos heterónimos para designar a las mujeres. Los abundantes ejemplos con los que ilustra sus explicaciones han sido sacados de ensayos e investigaciones lingüísticas, de material periodístico –incluidas entrevistas– y publicitario, de *corpora* lingüísticos y de obras literarias.

De nuevo en 2006 dedica unas páginas a las consideraciones que dialectólogos y sociolingüistas han tenido del habla femenina, que demuestran la tendencia de las mujeres al uso de las formas de prestigio<sup>24</sup>.

Cabe anotar la aparición de textos con la voluntad de ofrecer un estado de la cuestión de la bibliografía sobre lengua y género en español, en donde siempre se dedica un espacio al *feminolecto*. Se trata de Bierbach (1992), Burgos-Aliaga (2002) y Nissen (2002).

Para la lengua catalana, que nos interesa dada la situación de contacto de lenguas de la comunidad de habla que se

---

24 Este breve trabajo nos remonta a García (1988) y a García (1999).

estudia en este proyecto de investigación, contamos con los artículos de Plaza (1985) y Montoya (1992a) aparecidos en la misma revista, *Escola catalana*. En el primero, la autora intenta caracterizar el *feminolecto* de una pequeña localidad agrícola catalana de 450 habitantes llamada Barberà de la Conca (Tarragona), reconociendo, para empezar, la dificultad de aislar los rasgos estrictamente femeninos y conocer su frecuencia puesto que se entremezclan otros factores: el nivel sociocultural, la variedad dialectal o la edad; clasifica los fenómenos detectados en fonéticos, léxicos y gramaticales. Montoya, por su parte, ofrece datos sobre el habla masculina y el habla femenina en la variedad mallorquina, en localidades de Alicante (Petrer y Biar) y en Pont de Suert (Lleida), todos ellos relativos a la fonética. Tenemos finalmente el libro conjunto de Morant, Peñarroya y Tornal (1997), que recibió el premio de investigación Francesc Ferrer Pastor, en donde se abordan cuestiones similares a las del trabajo anterior del propio Morant sobre la lengua española. Así se analiza, con un estilo muy ameno, el diverso modo de interpretar los mensajes según se hable de una mujer o de un varón, los duales aparentes (García Meseguer, 1977: 113-114) y la visión androcéntrica de la realidad y del sistema lingüístico, así como las diferencias discursivas entre los sexos y los malentendidos que estas suscitan.

#### 4.4. El imaginario social sobre el habla femenina

Si tenemos que mencionar investigaciones realizadas sobre las creencias lingüísticas en torno al *feminolecto*, hemos de señalar el estudio de Verena Aebischer (1985). La autora compara, por un lado, los datos aportados por lingüistas, sociolingüistas y antropólogos acerca de las características del discurso femenino con, por otro lado, las opiniones de 60 mujeres parisinas entrevistadas de diferente edad, condición y pensamiento político (feministas y no feministas), y final-

mente con los resultados obtenidos en una encuesta sobre el imaginario social pasada a 100 estudiantes de universidad de ambos sexos. Intenta demostrar que el lenguaje femenino, si lo hay, está estrechamente ligado en la mentalidad colectiva a la charlatanería, esto es, a la charla excesiva y frívola, tendente al rumor, que se denomina *bavardage* en francés, sin que nadie, ni los propios investigadores e investigadoras, se haya planteado si la realidad observada por ellos pueda estar siendo contemplada a través de un ojos –los suyos– que están mediatizados por una visión parcial del mundo que se viene transmitiendo de generación en generación.

El objetivo de Aebischer es poner en entredicho la existencia real de los sexolectos. Pare ello hace un repaso crítico a un conjunto de trabajos en los que se hace mención de ciertas diferencias en el modo de hablar de las mujeres en los distintos niveles de la lengua (Troubetzkoy, Kassai, Jespersen, Lévi-Strauss, Lakoff, Trudgill), siempre medidas desde el patrón masculino y, por consiguiente, vistas como una curiosidad e interpretadas desde parámetros biológicos, psicológicos o sociales. La autora llama la atención sobre la circunstancia de que, hablen como hablen las mujeres, siempre se destaca en ellas lo que se espera ver y se obvia lo que no se espera escuchar; algo parecido a lo que se observa en el experimento de Williams (1973) cuando intentaba analizar las creencias lingüísticas del profesorado norteamericano acerca del modo de hablar de los niños anglosajones, los afroamericanos y los chicanos (véase 5.3.).

“Comment se fait-il qu’un homme et une femme que disent la même chose de la même manière ne soient pas perçus et évalués de la même façon? Une femme qui parle, même si elle n’utilise pas de variante «féminine», tout comme si elle le faisait, est perçue et jugée défavorablement, avec les connotations négatives attachées au parler féminin en général. En d’autres termes, qu’elles parlent ou qu’elles ne parlent pas comme des femmes, leur façon de parler est toujours perçue comme si [;] et l’interlocuteur, du mo-

ment qu'il sait que le locuteur est une femme, cherche dans tout ce qu'elle dit, la confirmation de la représentation qu'il a de ce qu'une femme dit. Il se produit à chaque fois, une élimination de la distorsion entre ce qui est dit et ce qui est entendu.

Cette façon de percevoir les femmes dès l'instant où elles ouvrent la bouche a été amplement et dans différents contextes mise en évidence par Kramer (1974, 1975, 1978)<sup>25</sup>. (Aebischer, 1985: 54)

Para ella, resulta sospechosa la absoluta coincidencia entre las opiniones populares sobre el modo de hablar de las mujeres y la construcción del *feminolecto* llevada a cabo a partir de las investigaciones lingüísticas. Por todo ello, concluye que la percepción que tienen quienes han analizado el habla femenina no es una interpretación o una construcción elaborada por un observador u observadora externa que diferencia y evalúa, sino que es resultado de una representación social preestablecida que instaura formas de conocimiento que permiten aprehender la realidad social. No obstante, cabe señalar que Aebischer se refiere siempre a cuestiones más pragmáticas y comunicativas que relativas a la estructura de la lengua.

Con este trabajo, la autora no pretende descubrir si realmente las mujeres constituyen una categoría devaluada (al considerarlas parlanchinas y vacías en su discurso), si son conscientes de su pertenencia a dicha categoría y de si se consideran víctimas de una discriminación colectiva, pero sí aspira a ilustrar, a partir de un ejemplo concreto, qué tipo de respuestas pueden aportar las mujeres a la consideración colectiva de

---

25 Se refiere a C. Kramer. 1974. "Wishy-washy mommy talk", *Psychology Today*, 82-85. C. Kramer. 1975. "Perceptions of female and male speech". Comunicación presentada en la Convención de la Asociación Americana de Sociología, San Francisco. C. Kramer. 1978. "Resistance to the public female voice". Comunicación presentada en el IX Congreso Mundial de Sociología, Uppsala, 1978 (apud Aebischer, 1985: 54).

que son charlatanas y de qué modo pueden sobreponerse a esta imagen negativa que se les proyecta<sup>26</sup>.

Las entrevistas se realizaron en el formato de *conversación no dirigida*, puesto que las informantes únicamente recibían el estímulo de un par de preguntas<sup>27</sup> que podían responder a su antojo, siguiendo los derroteros que quisieran y durante el rato que desearan<sup>28</sup>. La selección de las informantes no siguió métodos probabilísticas sino cualitativos, intentado que estuvieran representados los colectivos femeninos más significativos de la comunidad parisina.

La autora reproduce numerosos fragmentos de las entrevistas, pero, para mantener el anonimato, omite toda referencia a la identidad de la mujer cuyo parecer está reproduciendo literalmente. Esta práctica impide saber qué opiniones pertenecen a la misma persona –cuestión interesante– y cuántas informantes son empleadas para ejemplificar lo que se sostiene. Un recurso muy útil hubiera sido utilizar siglas o un pseudónimo, y mucho más, si se hubiera indicado la edad, la profesión y la tendencia ideológica mediante códigos, por ejemplo.

Del análisis de este material extrae diversas conclusiones. Una de ellas es que prácticamente la totalidad de las mujeres entrevistadas consideran la charlatanería como un rasgo característicamente femenino y son conscientes por completo de la valoración negativa de esta marca, cualquiera que sea el modo y el grado en que cada una se acomoda a él.

---

26 Son especialmente interesantes sus comentarios sobre los comportamientos de *autoodio* que pueden mostrar algunas mujeres hacia su propio colectivo intentando desmarcarse de él, algo de lo que ya hemos hablado en el apartado 3.2.

27 Aebischer (1985: 64) se aproximaba a la informante y planteaba la cuestión de la siguiente manera: "Je fait une étude sur le langage des femmes. J'aimerais savoir ce que c'est pour vous quand les femmes parlent entre elles. Pensez-vous que la façon de parler des femmes diffère de la façon de parler des hommes? Et, selon vous, que signifie cet échange entre femmes?"

28 La media de cada entrevista fue de hora y media de duración, por tanto, un total de 4.500 minutos de corpus.

Muchas de las entrevistadas estiman que los varones parlotean tanto como las mujeres y denuncian la costumbre que estos tienen de tomar las riendas de la conversación y dirigirla. Algunas consideran que existen unos temas masculinos (conquistas amorosas, el automóvil, el fútbol o el tabaco) y que los varones atribuyen la condición de importantes a los problemas de los que hablan, mientras que los problemas de los que tratan las mujeres son vistos como carentes de interés.

En cuanto al modo en que las mujeres se acomodan al rasgo de parlanchinas y a las soluciones de las que se proveen frente a esa acusación, la autora establece cuatro tipos –que corresponden a sendas interpretaciones “ideales” de la feminidad– atendiendo 1) a si presentan comportamientos vistos desde la individualidad o como miembros de un colectivo, y 2) a si éstos son valorados o devaluados.

Tras el análisis de las entrevistas, para Aebischer resulta evidente la imbricación estrecha que se establece entre la representación social de la feminidad y la representación del habla femenina, así como el deslizamiento constante que se produce entre hablar –tratándose de mujeres– y parlotear. Con el fin de ilustrar la idea de que la descripción del supuesto *feminolecto* es una realidad propia construida alrededor del objeto real, el objeto observado (esto es, el modo de hablar de las mujeres), sin que verdaderamente el objeto real esté formando parte de la descripción, utiliza la anotación de René Magritte en su cuadro titulado *La traición de las imágenes*, en donde, bajo una inmensa pipa pintada, escribe con grandes letras “Ceci n’est pas une pipe”. Es decir, que la persona que observa construye sus propias conjeturas sobre lo observado pero previamente al acto de observar.

A fin de comprobar si las conclusiones extraídas del estudio de las entrevistas se corroboraban con otro tipo de fuentes, Aebischer acomete el análisis de las respuestas a un cuestionario sobre una muestra de 50 estudiantes de un total de 100,

mitad mujeres, mitad varones, matriculados en el nivel DEUG (*Diplôme d'Études Universitaires Générales*) de la carrera de Psicología de las Universidades París V y París X. Cada uno de los sujetos encuestados tenía que evaluar seis dibujos, tres representando a una mujer y tres representando a un varón, en una escala de  $-4$  a  $+4$ <sup>29</sup> atendiendo a criterios comunicativos, afectivos o cognitivos del tipo *inexpresivo/expresivo*, *no-comunicativo/comunicativo*, *parlanchín/no-parlanchín*, *frívolo/serio*, *estúpido/inteligente*<sup>30</sup>.

El cuestionario contaba en realidad con 12 dibujos en los que se representa la mitad superior del cuerpo de una persona. Están repartidos en seis posturas distintas que se diferencian entre sí por el movimiento de la cabeza, los hombros, los brazos, las manos y el tronco. Son dibujos minimalistas: únicamente muestran el contorno del cuerpo, no tienen rostro y no hablan. Se percibe en cada una de las seis posturas cuándo se trata de un varón y cuándo de una mujer por el peinado, por el contorno del rostro y de los hombros (más redondeado en las mujeres y más angulado en los varones) y por algún detalle más como la barba o la corbata<sup>31</sup>.

Los cuestionarios se pasaron colectivamente durante el curso académico. Tras explicar cómo funcionaba el cuestionario,

---

29 La autora omite el 0 para evitar que el o la informante se situara en la zona neutra, empujándolo así a decantarse hacia una puntuación positiva o negativa.

30 En total, Aebischer se sirvió de once binomios de quince originalmente diseñados –los cuatro abandonados se demostraron inoperantes–. Además de los cinco mencionados, están: *cerrado/abierto*, *frío/cálido* (de carácter), *fútil/importante*, *indiscreto/discreto*, *estéril/creativo*, *ineficaz/eficaz*.

31 En la postura 1 llama la atención que el dibujo masculino presente unas gafas que el personaje se está tocando por la varilla. Su partenaire femenino está en la misma postura pero tiene la mano abierta como si estuviera esforzándose por escuchar. Esta pequeña diferencia –que no es en absoluto baladí– y el hecho de que la barba y la corbata se identifican con personas serias, con responsabilidades y de edad, nos hace sospechar que puedan haber influido indirectamente en la valoración que el conjunto de informantes haya hecho de cada una de las posturas cuando la persona dibujada es un varón y cuando la persona dibujada es una mujer, enmascarando los resultados obtenidos.

el alumnado tenía que evaluar seis posturas diferentes, tres pertenecientes a un varón y tres a una mujer, es decir, que solo hacían sus estimaciones sobre la mitad de los dibujos analizados. La razón era impedir las comparaciones. Los dibujos aparecían en un orden arbitrario. Una vez recogidos y tabulados los datos, se les aplicó un análisis estadístico inferencial y no paramétrico mediante el programa SPSS.

Analizada la forma en que son percibidas las posturas, Aebischer concluye que el sexo del personaje es más determinante que la postura en sí misma a la hora de atribuir unos rasgos u otros a cada imagen. A las mujeres en conjunto, al margen de la postura que adopten, se les asocia elementos relacionados con la charlatanería (futilidad, frivolidad e indiscreción), algo que hacen tanto los informantes como las informantes, por consiguiente, existe una visión del mundo compartida por ambos sexos. En revancha y contra todo pronóstico, la ineficacia, la estupidez y la falta de creatividad no se consideran patrimonio femenino. Es más, esta última –la falta de creatividad– está fuertemente asociada a la masculinidad, y también la frialdad y la cerrazón; pero ello no implica que se juzgue negativamente a los varones.

Cuando se trata de una mujer, mover el brazo o los brazos se interpreta como parlotear y como una confirmación de su naturaleza frívola, fútil e indiscreta. No obstante, los estudiantes varones juzgan a las “interlocutoras” que mueven sus manos también como cálidas, comunicativas, expresivas y abiertas.

Aebischer (1985: 152) comprueba que las representaciones sociales de la feminidad y de la masculinidad no dependen realmente de las mujeres y de los varones observados.

“Se représenter une femme comme bavarde ne dépend de la femme observé. L’observateur «reconnaît» les femmes comme étant distinctes des hommes quels que soient les femmes et les hommes observés. Il construit dans leur postures et dans leurs gestes

une confirmation de cette distinction; sa représentation des femmes produit pour la même situation des significations différentes de celles des hommes.”

En consecuencia, concluye que las creencias de la comunidad, –en donde se incluyen los individuos de a pie, pero también las personas que investigan– previas al acto de observar son decisivas a la hora de determinar cómo hablan las mujeres.

## 5. Metodología

---

### 5.1. Marco metodológico para la elaboración del corpus: el PRESEEA

En abril de 1993, en una reunión de la Comisión de Sociolingüística de la Asociación de Lingüística y Filología de la América Latina (ALFAL) celebrada en la ciudad de Veracruz (México) durante el X Congreso Internacional de dicha Asociación, se decidió, entre otras actividades, poner en marcha el *Proyecto para el Estudio Sociolingüístico del Español de España y América* (PRESEEA), que perseguía coordinar las investigaciones sociolingüísticas que se realizaran en el territorio hispanohablante con el fin de hacer posible la comparación de resultados y facilitar el intercambio de información básica; asimismo, se pretendía crear un corpus sociolingüístico del español actual con las aportaciones de investigadores e investigadoras que trabajan individualmente y con las de distintos equipos de investigación que se dedican al estudio de las relaciones entre la lengua (en este caso, el español) y la sociedad.

Un grupo de investigadoras de la UdL participamos –desde casi los inicios– en las discusiones sobre los principios teóricos y metodológicos que sustentarían el PRESEEA, y nos responsabilizamos de la obtención del corpus sociolingüístico del español hablado en la ciudad de Lleida. Dicho corpus se ha

ido elaborando hasta 2007 y hoy está en proceso de etiquetado gracias a un proyecto financiado por la DGICYT que está coordinado por la Universidad de Valencia<sup>32</sup>. Parte del mismo sirvió para la realización de una tesis bajo la dirección de M<sup>a</sup> Ángeles Calero dedicada a la interferencia morfosintáctica del catalán en el castellano hablado por catalanohablantes ilerenses (Casanovas, 2000), publicada parcialmente en formato de libro años después (Casanovas, 2005), y de la que han surgido numerosos artículos de esta autora.

El estudio que se presenta aquí no participa directamente en la recolección de muestras de habla grabadas y trasliteradas como las que pretende el PRESEEA<sup>33</sup>, pero sin duda ofrece información interesante sobre cuestiones discursivas y comunicativas del español hablado en una parte de nuestro país. La razón por la que, a pesar de las diferencias existentes, hemos trabajado en este estudio dentro del marco del PRESEEA son las mismas por las que el propio PRESEEA inició su andadura. En el análisis sociolingüístico que realizamos hace más de veinte años en la ciudad de Toledo (Calero, 1993) tuvimos la oportunidad de constatar la dificultad de cotejar nuestros datos con los obtenidos en investigaciones realizadas en otras áreas hispanohablantes –no muchas en aquella época– y, a pesar de ello, no quedaba más remedio que hacerlo con las consiguientes reservas y con una notable insatisfacción científica. El problema residía en que se empleaban distintos métodos en la recogida de materiales (tipología y cantidad de informan-

---

32 En concreto, la Universidad de Lleida participa en el subproyecto que se comenta en la nota 1 de este libro. El equipo leridano está constituido en este momento por M<sup>a</sup> Ángeles Calero (como investigadora principal) y Maribel Serrano, y cuenta con la colaboración de Marta Peces, Sonia Torres y M<sup>a</sup> Victoria Lara.

33 No obstante, cabe decir que el PRESEEA no se cierra a este tipo exclusivo de material lingüístico, puesto que admite la posibilidad de cuestionarios de actitudes lingüísticas, por ejemplo, algo similar a lo que vamos a hacer en este proyecto de investigación (Moreno, 1996: 269-270).

tes, registros utilizados, cuestionario o entrevista, etc.) y en el tratamiento estadístico de los datos (programas informáticos, tipo de información –frecuencias o probabilidades–, pruebas de fiabilidad, etc.), lo que conducía a la inseguridad de creer que verdaderamente se hubieran obtenido idénticos resultados con la aplicación de cualquier otro método. Lo cierto es que, años después de nuestro estudio, Isabel Molina Martos (1998) se ocupó de nuevo del habla de la ciudad de Toledo en su tesis doctoral y extrajo conclusiones diferentes en algunos puntos porque sus datos discrepaban de los nuestros, cosa que no era de extrañar dados los elementos dispares que había entre las metodologías empleadas.

Así pues, nos ha parecido imprescindible movernos dentro de un marco metodológico que ha sido discutido y consensuado por diversos especialistas, algunos de reconocido prestigio en el campo de la sociolingüística como Humberto López Morales, Francisco Moreno Fernández, Yolanda Lastra, José Antonio Samper, Carmen Silva-Corvalán, Paola Bentivoglio, Maitena Etxebarria, José Ramón Gómez Molina, entre otros. De este modo, serán posibles las comparaciones fidedignas en estudios similares posteriores que sigan las mismas directrices del PRESEEA. Tenemos, no obstante, que anotar que hemos omitido aquellos aspectos que no nos han parecido pertinentes en esta ocasión, sin que ello reduzca en lo más mínimo la fiabilidad de los que sí han sido estudiados.

Otro argumento que nos ha decantado por seguir las pautas metodológicas del PRESEEA ha sido que éste no pretende ajustarse al credo de una escuela determinada, esto es, que, aun teniendo unos firmes principios teóricos sociolingüísticos y sociológicos, no se inclina por ninguna tendencia concreta ni tiene la voluntad de ser exhaustivo porque lo que se desea es que el proyecto sea útil a estudiosos y estudiosas que trabajan desde planteamientos epistemológicos distintos. Los fundamentos teóricos del PRESEEA en los que se ha inspira-

do la investigación que aquí se presenta han sido detallados más arriba. En cuanto a los principios metodológicos de dicho proyecto de los que partimos, son dos:

- el de *la cuantificación*, que supone que los métodos cuantitativos son los que pueden determinar las relaciones existentes entre variables lingüísticas y variables sociales; y
- el de *la representatividad*, esto es, que el habla (y, en nuestro caso, las creencias lingüísticas) de una muestra de hablantes debe ser representativa de un grupo social o de una comunidad, lo que ha de quedar garantizado estadísticamente.

## 5.2. Características de la muestra

Acabamos de decir que la muestra sobre la que aplicaremos el análisis sociolingüístico debe ser representativa del universo –o comunidad de habla– cuya percepción lingüística deseamos conocer. Existen diversos métodos para que tal cosa sea posible (Moreno, 1990a: 82-90). De todos ellos, el PRESEEA se sirve del muestreo por cuotas con afijación uniforme porque facilita el cotejo estadístico entre las cuotas internas de una misma muestra y entre muestras diferentes. Este método consiste en dividir el universo relativo en subgrupos o cuotas a partir de ciertas variables sociales y en asignar el mismo número de informantes a cada subgrupo. Es evidente que en la comunidad real (en este caso los habitantes de Lleida de más de 20 años) puede tener más peso demográfico un colectivo concreto y que tal cosa repercuta en alguna medida en el uso general de la lengua o en el imaginario sociolingüístico, pero las cuotas aseguran la presencia en el estudio de todos los patrones posibles en la comunidad de habla.

Las cuotas han sido establecidas desde tres variables sociales: el sexo (mujer - varón), la *edad* (I: 20-34, II: 35-54, y III: 55

en adelante) y el *nivel de instrucción* (I: estudios primarios, II: estudios secundarios, III: estudios universitarios). Se han creado, pues, dieciocho casillas en cada una de las cuales se han incluido tres informantes: en total, cincuenta y cuatro informantes han constituido el corpus de análisis –más abajo se explicará la razón de esta cantidad–. Ello supone que han sido encuestadas veintisiete mujeres y veintisiete varones divididas en tres grupos generacionales (dieciocho personas por cada grupo) y en tres grupos de instrucción (dieciocho personas por cada nivel), que serán analizadas como representantes de cada una de las cuotas resultantes. En el *Cuadro 1* del Apéndice II puede verse dicha distribución.

No necesitamos justificar la consideración de estos tres factores sociales como base de la creación de cuotas porque los estudios sociolingüísticos ya han demostrado suficientemente su incidencia en la variación lingüística, por consiguiente que el *sexo*, la *edad* y el *nivel de estudios* son variables explicativas del comportamiento lingüístico y, por ello mismo –como sostenemos aquí– de las creencias lingüísticas.

El PRESEEA establece un proceso de estratificación posterior atendiendo a los factores de *profesión*, *ingresos económicos*, *condiciones de alojamiento* y *modo de vida*, los cuales, combinados en cierta manera, harán posible una nueva post-estratificación según el *nivel sociocultural*. Estos factores no han sido tenidos en cuenta en este proyecto de investigación por la dificultad de conseguir la información que permita clasificar a cada informante y por la previsible escasa influencia que *a priori* parece que vayan a tener en las cuestiones que se están aquí investigando al menos en la comunidad de habla estudiada. En cambio, sí que se han considerado otros factores intrínsecos a los que deja la puerta abierta el PRESEEA para hacer factible que el modelo metodológico sea aplicable a la diversa tipología de comunidades existentes en el territorio hispanohablante. Se trata de la *lengua materna* y de la

*lengua habitual*. No puede olvidarse que nos encontramos en zona bilingüe, por consiguiente en una ciudad donde conviven dos lenguas, el español y el catalán.

Cuando fueron recogidos estos datos (2002), en Lérida capital no tenía especial incidencia la inmigración de habla castellana. En realidad solo un tercio de la población de la ciudad no era leridana de nacimiento, pero en ese colectivo había que incluir tanto las personas procedentes del resto de España como las oriundas de las otras provincias de Cataluña. Concretamente, según el censo de 1996 –último al que se tuvo acceso cuando se estaban diseñando las características de la muestra–, el 25'6% de los habitantes del municipio de Lleida eran de fuera de Cataluña, incluidos territorios de habla catalana (Baleares, Comunidad Valenciana y la franja oriental de Aragón) así como otras zonas que poseen lengua propia (Asturias, Galicia, País Vasco, norte de Navarra y norte de Aragón). El censo de 2001 nos indica que la población del resto de España disminuyó poco más de dos décimas (23'3%)<sup>34</sup>, sobre todo la proveniente de zonas hispanohablantes. En el Cuadro 2 del Apéndice II aparecen las cifras de la población de Lérida según el lugar de nacimiento a tenor de los datos procedentes de los censos de 1996 y 2001.

Estamos, pues, ante una ciudad escasamente castellanizada, lo que no significa que no coexistan las dos lenguas, hasta el extremo de que, en algunos barrios donde se concentra la población proveniente de zonas hispanohablantes, el español

---

34 Dada la buena coyuntura económica de Cataluña, incluida Lérida a pesar de su condición de provincia agraria, no industrial, no es previsible que este descenso se deba a un retorno a los lugares de origen –a excepción del alumnado universitario–, sino probablemente al éxodo de numerosos leridanos y leridanas a pueblos próximos a la ciudad en busca de vivienda a causa de la extraordinaria carestía que ésta está sufriendo en el área urbana. Puede deberse también, aunque en menor medida, a la muerte de personas mayores trasladadas a Lérida en una época en la que la inmigración nacional era frecuente en la ciudad, especialmente en ciertos barrios (*Secà de Sant Pere, Magraners, La Bordeta, Mariola*).

en sus variedades meridionales es la lengua que se oye mayoritariamente por las calles y en los comercios. Además, en la ciudad de Lérida no encontraremos a nadie que no conozca siquiera pasivamente tanto el catalán como el castellano<sup>35</sup>, si exceptuamos el colectivo de personas llegadas de otros países –en especial del Magreb y de África subsahariana–, que crece anualmente dada la naturaleza agraria de la economía de la zona, que genera numerosos puestos de trabajo en épocas determinadas del año agrícola<sup>36</sup>, pero también al hecho de que Lérida es una ciudad de servicios, lo que ha atraído a numerosa población latinoamericana y de la Europa del Este, que se dedican especialmente a la hostelería, el cuidado de las personas, el servicio doméstico y, últimamente, el trabajo en inmobiliarias, que se han quintuplicado (véanse los Cuadros 3 y 4 del Apéndice II).

De los cuatro grupos poblacionales en los que Montoya (1992b) clasifica la comunidad hispano-catalana, los que encontramos en la ciudad de Lérida son: el *grupo bilingüe* (per-

---

35 Según los datos del *Institut d'Estadística de Catalunya*, consultables en la dirección [www.idescat.es](http://www.idescat.es), en 1996 el 97'3% (en 2001, el 93'8%) de la población del municipio de Lleida entendía el catalán, el 82'1% (en 2001, el 79'2%) lo sabía hablar, el 77% (en 2001, el 77'1%) lo sabía leer y el 49'4% (en 2001, el 52,4%) lo sabía escribir. Aunque es evidente que ha disminuido la comprensión y el uso oral del catalán, debido sin duda al aumento de la inmigración extranjera –especialmente la latinoamericana, que no siempre encuentra interés en aprender la lengua autóctona–, sigue resultando despreciable –en términos generales– el número de personas que no tiene al menos competencia pasiva del catalán. La competencia del castellano se supone, puesto que es lengua cooficial que se aprende en las escuelas.

36 El tipo de braceros que se ocupa de estas actividades ha ido cambiando en los últimos tiempos. Antes estaba constituido por jornaleros que venían puntualmente de otras zonas españolas y luego se trasladaban a otros lugares para seguir su actividad –como el sur de Francia, para trabajar en la vendimia– o por jóvenes de la provincia que durante el verano se sacaban un dinero para sufragar sus gastos o colaborar con la familia. Hoy la recogida de la fruta la realizan mayoritariamente varones venidos del continente africano y que, acabada la campaña, se instalan en la ciudad o en los pueblos cercanos y buscan otros medios de subsistencia.

sonas con lengua materna catalana –o española, añadiría yo en el caso concreto de Lérida– y con competencia activa en ambas lenguas) y el *grupo sesquilingüe*<sup>37</sup> *castellanohablante* (personas con el español como primera lengua y con competencia pasiva del catalán). Como ya se ha dicho, son raros los casos de personas que tienen dominio activo del español pero nulo conocimiento del catalán (*grupo unilingüe*), así como el caso inverso de personas que tienen como lengua materna el catalán y escasa fluidez expresiva en castellano (*grupo sesquilingüe catalanohablante*), si bien este último colectivo está cambiando de naturaleza y creciendo, puesto que antes estaba constituido por personas ancianas o procedentes de zonas rurales y ahora empieza a contar con gente joven escolarizada en catalán.

Hemos querido distinguir en este proyecto de investigación entre lengua materna y lengua habitual, considerándolas variables sociales diferentes que pueden afectar a las creencias y usos lingüísticos. Dado que, según los datos estadísticos, la mayoría de la población leridana asegura saber hablar catalán (vid. nota 35) –lo que, por otra parte, no significa que lo hable corrientemente–, no hemos querido que la muestra incluyera a muchos informantes con el español como lengua habitual, pero sí los suficientes como para comprobar si esa circunstancia podía afectar a su percepción de la realidad lingüística: en concreto, son 9 los informantes que emplean el español como lengua habitual (16'7% de la muestra), a los que hay que añadir 9 más que lo utilizan junto con el catalán.

El requisito previo que se estableció para considerar a una persona candidata a informante fue el haber nacido en Lérida capital o llevar viviendo en ella casi toda la vida. También se tomó en cuenta que la mayoría de los individuos encuestados

---

37 Montoya (1989: 35) entiende por *sesquilingüe* la persona que tiene competencia activa en una lengua y pasiva en otra.

debían ser de lengua materna catalana, para que la muestra reflejara la realidad lingüística de la ciudad. Son 14 informantes los que tienen el castellano como única lengua materna, el 25'9% de la muestra, un porcentaje similar al de individuos residentes en el municipio que no han nacido en Cataluña según los datos del censo (Calero, 2006b); junto a ellos se encuentran 4 informantes que tienen como lengua materna tanto el español como el catalán.

En cuanto al tamaño de la muestra, nos regimos por los criterios del PRESEEA, que establece cuatro informantes por cuota en núcleos urbanos de más de 500.000 habitantes (en consecuencia, 72 personas analizadas), y tres informantes en ciudades con menor población (por tanto, 54 personas entrevistadas). Este último es el caso de Lérida, que ha rondado durante años los 113.000 habitantes. En 2001, época en la que se obtuvieron parte de las encuestas, la población era, según el padrón, de 112.199 habitantes<sup>38</sup>. La muestra supone un 0'048% del universo total, casi el doble del 0'025% que proponía Labov (1966) como representativo de una comunidad lingüística en muestras suficientemente estratificadas. Así pues, podemos considerar adecuado el número de informantes que se analizan, tanto más cuanto que este estudio no parte del universo total de hablantes de Lérida, puesto que están excluidas como sujetos de estudio todas las personas menores de 20 años y las que, siendo mayores de esta edad, no cumplen los requisitos de haber nacido en la ciudad o llevar residiendo en ella casi toda la vida, circunstancia que eleva todavía más el porcentaje de nuestra muestra respecto al universo.

En el Cuadro 5 del Apéndice II se ofrecen los datos de cada informante en atención a las variables sociales que se tienen

---

38 En 2006 era de 125.677 h. El crecimiento se ha debido a la llegada de inmigrantes de otros países, que han triplicado su número en la ciudad, y al hecho de que tienen muchos más hijos e hijas que las mujeres leridanas (la tasa de natalidad en Lérida ha sido durante años una de las más bajas de España).

en cuenta en este estudio: sexo, edad, nivel de instrucción, lengua materna y lengua habitual. En total 54.

Cada informante contestó un cuestionario cuyos extremos se explican en el apartado siguiente. Se pasaron más de 54 encuestas, toda vez que fueron desechadas ocho, bien porque sus informantes no reunían las condiciones, bien por estar incompletas, o bien por existir dudas sobre la veracidad de las respuestas. Hay que añadir, además, las veintiocho encuestas pasadas y vaciadas resultantes de las dos ocasiones en las que se probaron versiones previas del cuestionario (una a 10 informantes y la otra a 18 informantes) y que sirvieron, por un lado, para comprobar que las intuiciones que teníamos y las hipótesis de las que partíamos eran razonables, y, por el otro, para ir mejorando paulatinamente los pormenores de la encuesta.

### 5.3. Recogida de datos: la encuesta

Williams (1973) estudió el papel que juegan los estereotipos en la evaluación del habla, por tanto, en la percepción que tienen los hablantes de la realidad lingüística. El método que utilizó para conseguir la información que precisaba para su análisis fue lo que llamó el *diferencial semántico* o *matched guise technique*. Pidió a un conjunto de profesores que puntuaran la calidad o adecuación del habla de niños anglosajones, afroamericanos y chicanos basándose en sus propias experiencias con niños pertenecientes a estas tres etnias. Los resultados de esta consulta fueron totalmente estereotipados, puesto que a los niños anglosajones apenas se les atribuyó rasgos étnicos y además se les achacó un mayor grado de seguridad y ambición que a los otros dos grupos, mientras que a los niños chicanos y afroamericanos se les imputó rasgos étnico-marginales, y, aunque estos dos colectivos fueron puntuados de forma muy similar en lo referente a su grado de

(in)adecuación a la norma estándar, se estableció una diferencia entre ellos, a saber, a los niños afroamericanos se les tildó de más seguros y ambiciosos que a los chicanos –siempre, claro está, por debajo del nivel asignado a los niños anglosajones–. Seguidamente, Williams expuso a estos mismos profesores a una serie de grabaciones de vídeo en las que niños de las tres etnias hablaban en diferentes variedades del inglés, es decir, en el estándar y en dialectos; en esta ocasión, los profesores debían comentar el comportamiento lingüístico real de dichos niños. Los profesores, guiados por sus creencias lingüísticas, percibieron siempre a los niños blancos sin rasgos étnicos ni marginales, independientemente de si estaban empleando o no realmente la variedad estándar.

Este método ha sido utilizado posteriormente con muy buenos resultados en otras investigaciones sociolingüísticas en las que se deseaba conocer las creencias lingüísticas. La mayoría de las veces se empleaban grabaciones magnetofónicas de diferentes hablantes a los que los informantes (llamados jueces) tenían que etiquetar en función de sus rasgos lingüísticos como pertenecientes a distintos grupos sociales. En nuestra investigación a la búsqueda de cómo son vistos los sexolectos, no era posible utilizar la *matched guise technique* por razones obvias: varones y mujeres tenemos timbres de voz y registros tonales que hacen perfectamente identificable el sexo de la persona salvo rara excepción, de modo que tal cosa nos impedía evaluar el grado de percepción de los supuestos rasgos del *feminolecto* y del *masculinolecto* al quedar estos eclipsados por el timbre y el tono de la fonación. Sin duda podría haberse distorsionado la voz de las grabaciones, pero carecíamos de recursos técnicos para llevar a cabo tal cosa, además de la consiguiente dificultad de encontrar grabaciones reales en las que en un espacio breve de tiempo se concentraran diversos rasgos lingüísticos y comunicativos identificadores de cada sexolecto. Igual cosa hubiera sucedido con grabacio-



de estos seis ejercicios –a pesar de que tienen que ver con un aspecto de los sexolectos– por una cuestión de espacio. Los ejercicios 7, 12, por un lado, y 13 y 14, por el otro, estaban ideados, respectivamente, para detectar la visión androcéntrica del género masculino –lo que provoca la ocultación de las mujeres en la lengua al anularse en la práctica el valor genérico del masculino– y para descubrir en una comunidad de habla las tendencias generales en el uso del vocabulario de los oficios, profesiones, cargos y dignidades a la hora de designar a las mujeres en actividades laborales tradicionalmente masculinas y a los varones en actividades laborales tradicionalmente femeninas, y cotejarlo con la prescripción del diccionario académico en su última edición, la de 2001<sup>39</sup>.

La disposición de los ejercicios no era en absoluto aleatoria. Estaba diseñada para obtener la información más fidedigna sin alertar sobre lo que verdaderamente se estaba indagando, ya que tal cosa podía influir en las respuestas dadas por la persona encuestada. Nos enfrentábamos a la famosa *paradoja del observador* que plantea Labov (1972), consecuencia de tener que estudiar el comportamiento –y, en nuestro caso, el pensamiento– lingüístico espontáneo de personas que están siendo observadas de manera sistemática y exhaustiva, situación que, por definición, hace muy difícil la espontaneidad. Los mecanismos que ideamos para neutralizar los efectos de tal paradoja fueron la forma en que se presentaron las pruebas, el orden dispuesto y los elementos distractores que íbamos sembrando, que luego comentaremos.

Pero, además, esa disposición estaba pensada para que el informante o la informante se fuera relajando, entendiera que no se le estaba examinando –comentario habitual sobre todo

---

39 El estudio de los resultados obtenidos en estos cuatro ejercicios se encuentran en Calero (2006a).

entre las personas de niveles de instrucción bajos– y fuera olvidando lo que había dicho antes –por eso van salteadas– con el fin de poder detectar posibles contradicciones o comprobar la homogeneidad de las creencias que se estaban delatando. La encuesta duraba entre 45 minutos y una hora, en función de la agilidad mental de cada cual, y los ejercicios más complicados y largos fueron colocados a partir de la mitad del cuestionario, cuando ya contábamos con la total complicidad del sujeto analizado.

Seguidamente explicaremos la razón de ser de cada una de las pruebas y la información que pretende obtenerse en cada caso. Las hemos renumerado para que resulte más fácil su consulta. Así, por ser cuatro, tienen los números sucesivos del 1 al 4.

El ejercicio número 1 contiene el fragmento de un diálogo entre una pareja heterosexual tomado de Irene Lozano (1995: 166) y que se inspira, sin duda, en el trabajo de Deborah Tannen (1990) dedicado a los malentendidos provocados por las diferentes estrategias comunicativas que empleamos mujeres y varones. En él se han hecho ligeras modificaciones para que la persona encuestada no pudiera saber el sexo de los personajes a través de datos no lingüísticos (datos situacionales, por ejemplo, o tópicos sociales), de modo que tuviera que inferirlo del modo en que se dicen las cosas. Para mantener oculto el verdadero propósito de la prueba, se le preguntaba qué tipo de relación consideraba que existía entre los personajes del diálogo, qué edad atribuiría a cada uno de ellos, qué carácter pensaba que tenían, así como las razones que le llevaban a deducir tales cosas. Pretendíamos obtener el sexo que se confería a cada personaje preguntando el nombre de pila que le pondría a cada uno, pero la táctica no surtió efecto en la mayoría de las encuestas porque las personas entrevistadas solían desconcertarse con la pregunta al no ver que pudiera existir una relación entre el antropónimo y la forma de ser de

cada cual<sup>40</sup>. Por tal razón, acabamos averiguándolo mediante preguntas directas aprovechando algunos capotes que nos echaban sin saberlo. Eso sucedía, por ejemplo, cuando nos decían que se trataba de un diálogo propio de un matrimonio o de unos novios, lo cual nos daba pie a preguntarles quién –puesto que consideraban que se trataba de una pareja– creían que era el varón y quién la mujer.

En este ejercicio puede observarse una de las diferencias sexolectales que aparece en la bibliografía anglosajona, a saber, que las mujeres hacen propuestas indirectas y los varones no las entienden como una proposición solapada, sino literalmente, como un requerimiento de sus intenciones o gustos. Con él pretendemos saber si los miembros de la comunidad hispanohablante perciben realmente como propio del *feminolecto* la manifestación del deseo no mediante una aseveración sino a través de una pregunta de los deseos del interlocutor.

La prueba 2 sigue el mismo método que la anterior, pero en este caso se trata de un diálogo inspirado en una secuencia del clásico del cine *Lo que el viento se llevó*. Forma parte de una escena en la que Escarlata O'Hara, tras la muerte de su padre, hace entrega del reloj de su progenitor a Pork, un criado afroamericano que todavía permanece con la familia después del final de la Guerra de Secesión y que está preocupado por la noticia del nuevo impuesto sobre Tara, la hacienda familiar. En este caso, me interesaba saber si la pregunta retórica de la segunda intervención se entendía como propia de una mujer, y en qué medida los estereotipos de mujer-débil-emotiva-llorona y varón-fuerte-duro-difícilmente-impresionable funcionaban a la hora de interpretar este acto

---

40 La relación que los antiguos enunciaban con la expresión *nomen atque omen* se ha perdido como tal en las sociedades modernas, especialmente por el hecho de que la antroponimia ya no se construye sobre nombres comunes y ya no existe la conciencia del significado original que tienen los nombres de persona.

comunicativo, por consiguiente, distorsionando la identidad sexual de los personajes.

En el ejercicio 3 se recoge una serie de enunciados en los que se incluye algún rasgo morfológico, léxico, estilístico o comunicativo que se ha descrito en la bibliografía sociolingüística como propio de uno de los dos sexolectos. Un punto de partida para su elaboración ha sido el estudio de Ricardo Morant (López-Morant, 1991) sobre las diferencias verbales y no verbales entre mujeres y varones. En el capítulo 2 de la segunda parte de *Gramática femenina*, este lingüista presenta las peculiaridades morfológicas, léxicas y expresivas del habla femenina y del habla masculina. Parte de esa información (en concreto, las frases más usadas en cada sexolecto) la obtuvo a través de una encuesta constituida por 15 oraciones que fue pasada a catorce personas residentes en la ciudad de Valencia: siete mujeres de 34 a 64 años (tres amas de casa, dos dependientas, una secretaria y una administrativa) y siete varones de 19 a 57 años (un monitor de natación, un dependiente, dos auxiliares administrativos, un pintor y dos parados).

Solo tres de esas frases (y dos de ellas retocadas) han sido utilizadas en nuestro cuestionario<sup>41</sup>; en las demás que considera Morant resulta demasiado evidente en boca de quién deben de estar dichas no tanto por la forma en que se enuncia lo que se dice sino por las referencias directas o indirectas a comportamientos estereotipados o al rol social asignado a cada sexo. Como lo que nos interesaba era que el o la informante no tuviera más elementos de juicio que el inventario lingüístico o las estrategias comunicativas utilizadas en las frases que debían ser identificadas como propias del habla femenina o del habla masculina, intentamos construir enunciados posi-

---

41 Se trata de *Tú no me dices eso en la calle*, que es la n<sup>o</sup> 31 de nuestro ejercicio 3; *Me hace ilusión*, transformada en *¡Me hace una ilusión!* en la n<sup>o</sup> 59, de dicho ejercicio; y *¡Mira que te parto la boca!*, de la que se ha construido *¡A ver si te parto la cara!*, que es la n<sup>o</sup> 21 de nuestra prueba.

bles que contuvieran un elemento morfológico (diminutivos, aumentativos, superlativos, interjecciones, acortamientos léxicos), un elemento léxico (palabras o expresiones, apelativos), o un elemento comunicativo (alabanzas, amenazas, órdenes directas o indirectas, propuestas directas o indirectas, aseveraciones directas o indirectas, cortesía o descortesía verbal), pero que no hicieran alusión a algo perteneciente de modo exclusivo a la esfera femenina o a la esfera masculina.

Si para las peculiaridades morfológicas y léxicas de los sexolectos nos inspiramos, sobre todo, en el trabajo de Morant –que es el único que hasta hoy ha intentado sistematizarlas en la lengua española– y en las primeras aportaciones de Robin Lakoff (1975), lo relativo a la cortesía y a las estrategias comunicativas ha sido tomado de trabajos de autoras norteamericanas como Barbara Bate (1988), Deborah Cameron, Jennifer Coates (1986, y Coates-Cameron, 1989), Barbara Eakins (Eakins-Eakins, 1978), Cheris Kramarae (1981) o Deborah Tannen (1990 y 1994).

Como puede verse, en este ejercicio se pide a cada informante que señale quién cree que diría cada enunciado ofreciéndole cuatro opciones: varón joven, varón mayor, mujer joven y mujer mayor. La distinción no solo sexual sino también generacional –aunque poco precisa<sup>42</sup>– se hizo partiendo de la hipótesis de que ciertos fenómenos que antes pudieran ser exclusivos de uno de los sexos, hoy han quedado neutralizados y que, en consecuencia, el habla femenina y la masculina están en proceso evolutivo y se mezclan cuestiones de género con rasgos generacionales.

El ejercicio 4 reúne un conjunto de enunciados en los que se explican diferencias comunicativas y de aptitudes lingüis-

---

42 La única precisión que se da proviene de la respuesta que proporciona cada informante a la pregunta de a qué edad considera mayor a una persona. Evidentemente las respuestas fueron diversas, pero nos permitieron saber la franja de edad a la que se atribuyen los fenómenos.

ticas entre mujeres y varones sobre las que tiene que opinar cada informante indicando su grado de acuerdo o desacuerdo con el contenido de los mismos. La mayoría de las oraciones recogen las conclusiones de diversos estudios sociolingüísticos o de etnografía de la comunicación –especialmente de las autoras mencionadas más arriba–; las menos dicen lo contrario de lo que aseguran esos trabajos. En unas ocasiones se habla exclusivamente de uno de los dos sexos, en otras se comparan entre sí. También se incluyen algunos tópicos. Se intentó que las formulaciones fueran muy sencillas para facilitar la comprensión a cualquier tipo de informante, y el resultado fue bastante acertado, a lo que contribuyó el haber pasado el cuestionario dos veces y haber podido detectar lo que resultaba inadecuado o complejo. Cada enunciado expresa una única idea, para evitar que quien responde el cuestionario se enfrente al dilema de opinar de manera distinta de cada una de las ideas que pudieran aparecer.

El o la informante tenía que optar entre cuatro posibilidades: *absolutamente de acuerdo*, *algo de acuerdo*, *algo en desacuerdo* y *absolutamente en desacuerdo*. Los estudios sociológicos han comprobado que, cuando se presenta una escala de elementos impares, es frecuente que los sujetos interpelados tiendan a decantarse por la opción intermedia (por ejemplo, si la escala es de 1 a 5, por el 3), huyendo de cualquier posicionamiento, especialmente si es comprometido. Por tal razón, se propugna la utilización de escalas de elementos pares, como la establecida por nosotras en este trabajo y como la que empleó Aebischer (1985) en su estudio sobre las creencias lingüísticas en la comunidad parisina (véase la nota 29). De este modo se obliga a la persona encuestada a que se decante hacia un lado u otro del espectro.

Con esta prueba se pretendía saber en qué medida los y las hispanohablantes (de lengua materna y de segunda lengua) perciben los comportamientos verbales y no verbales de muje-

res y varones, si su percepción coincide o no con los resultados de las investigaciones realizadas sobre todo en territorio anglosajón, y si los factores sociales influyen en la interpretación que los miembros de la comunidad lingüística hacen de los actos comunicativos.

#### 5.4. Procesamiento de los datos: el programa GOLDVARB 2.0

Este trabajo se inserta dentro de la sociolingüística variacionista, por consiguiente parte de una serie de presupuestos metodológicos basados en la cuantificación. Los procedimientos estadísticos que ha ido utilizando el variacionismo para demostrar que la variación lingüística es un hecho ordenado y que se explica por la covariación con factores internos a la lengua (contextuales y funcionales) y con factores extralingüísticos (sociales y situacionales), han ido perfeccionándose con el tiempo hasta llegar al modelo logístico (López Morales, 1989; Moreno, 1990a). La *estadística descriptiva*, que simplemente contabiliza las diferentes formas que adopta el fenómeno estudiado en un colectivo de hablantes, no resultaba suficientemente satisfactoria para explicar la realidad puesto que solo sirve para detallar qué sucede con el conjunto de individuos que han sido analizados, pero no permite saber si el comportamiento observado es extensible al resto de la comunidad hablante. Resultaba necesario llegar más allá, a la *estadística de inferencias*, que hace posible tal cosa.

Los *análisis de regla variable*, también llamados *análisis de regresión* o *análisis probabilísticos*, forman parte de la estadística de inferencias y son los que hoy se emplean en los programas informáticos elaborados desde la sociolingüística cuantitativa. El que vamos a utilizar aquí es el GOLDVARB, basado en los programas creados por David Sankoff, Pascale Rousseau, Don Hindle y Susan Pintzuk, y adaptado para ordenadores

Macintosh por David Rand (Moreno, 1990b). La versión 2.0, que es la que empleamos, data de abril de 1990 y procede del *Centre de Recherches Mathématiques* de la Universidad de Montreal.

El GOLDVARB 2.0 parte del establecimiento de la *hipótesis nula*, esto es, que ninguno de los factores lingüísticos o extralingüísticos (*variables independientes o explicativas*) considerados como susceptibles de influir en las diversas manifestaciones que adopta el hecho lingüístico que se estudia (*variable dependiente*) condiciona realmente la aparición de cada una de esas manifestaciones. El análisis estadístico del programa nos permitirá saber si la hipótesis nula es rechazada o es aceptada, por consiguiente, si existe o no covariación. También ofrece información sobre el grado de fiabilidad que tienen los resultados obtenidos.

Para empezar hay que introducir los datos codificados en un archivo (*token file*). El código de las variantes de cada variable ha de tener como máximo un carácter y deben ser entrados en un orden determinado: el primer lugar corresponde siempre a la variable dependiente, los siguientes a las variables sociales o lingüísticas que consideramos. Seguidamente, tiene que elaborarse el archivo de condiciones (*condition file*) según las cuales el ordenador va a realizar los cálculos frecuenciales y probabilísticos. Podemos aplicar distintas condiciones de análisis al mismo archivo de datos; eso sucede, por ejemplo, cuando deseamos combinar factores diversos en uno solo, o desconsiderar algún factor previsto inicialmente, etc., porque los resultados que estamos obteniendo nos hacen sospechar que algo se oculta detrás de alguna de las variables explicativas o porque queremos hilar más fino.

Entre las prestaciones que tiene el programa se encuentra el *Scattergram*, gráfico que compara el comportamiento de cada informante con el modelo predictivo que el propio programa crea a partir de la media de todos los sujetos es-

tudiados. Este gráfico permite constatar a simple vista dónde se colocan los y las informantes con respecto a la media, y, en consecuencia, si hay o no homogeneidad en las respuestas obtenidas.

Los resultados de los cálculos aparecen en frecuencias absolutas y frecuencias relativas (parte descriptiva), así como en probabilidades (parte inferencial), y se obtienen a través de órdenes sucesivas que se dan al ordenador. La incorporación del menú al programa facilita mucho su uso y mejora sustancialmente la interacción persona-máquina que resultaba ardua en las primeras versiones del análisis informático de regla variable conocidas con el nombre de VARBRUL y elaboradas también por el grupo de lingüística matemática de Montreal.

Se elaboraron, en total, 7 ficheros de datos (*token file*) en donde se recoge información correspondiente a los ejercicios del cuestionario con respuesta cerrada. Dichos ficheros pueden verse en el Cuadro 6 del Apéndice II.



## 6. Análisis cuantitativo y cualitativo del corpus

---

En lo que se refiere a la conversación extraída de Lozano (1995: 166) en donde, como ya se ha dicho, se representa un prototípico conflicto comunicativo entre una mujer y un varón inspirado en los estudios de Tannen –esto es, en el ejercicio 1–, podemos afirmar que la percepción que se tiene del sexo de los personajes que intervienen en el diálogo depende de los rasgos sociales, es decir, que estamos ante un fenómeno variable que covaría con factores extralingüísticos. El *input*<sup>43</sup> o promedio que hemos obtenido en los ficheros de resultados ha sobrepasado siempre la probabilidad de 0.5 y se mantiene muy alejado de 1. Veamos uno por uno:

- en Tannen.Res, que es donde se analiza qué variables sociales favorecen la percepción de que se trata de un acto comunicativo entre una mujer y un varón, el *input* es de 0.544;
- en Tannen1.Res, que es donde se observa qué factores sociales intervienen en la conciencia de que quien

---

43 El *input* es el modelo observado, la media corregida o el promedio. El fenómeno analizado es variable si la cantidad que se obtiene está lejos de 0 y a una suficiente distancia de 1; en concreto, se considera que, si el *input* es superior a 0.5, hay que entender que el elemento estudiado (variable dependiente) se ve favorecido por las variables explicativas, esto es, por las condiciones previstas o factores sociales.

hace la propuesta indirecta es una mujer, el input es de 0.646; y

- en Tannen3.Res<sup>44</sup>, que es donde se examina los factores sociales que participan en la conciencia de que quien responde a la propuesta indirecta es un varón, es de 0.582<sup>45</sup>.

Atendiendo a estos datos, hay que concluir que lo que se percibe con mayor nitidez es que el personaje A, esto es, el que inicia la conversación, es una mujer.

Si pormenorizamos, diremos que los factores sociales que promueven la conciencia de que se trata de un diálogo entre mujer y varón (Tannen.Res) son: sexo mujer (con una probabilidad de 0.534), primera generación (0.548) o segunda generación (0.631), estudios superiores (0.552) o secundarios (0.504), lengua materna castellana (0.736) o castellana y catalana (0.641), y lengua habitual catalana (0.531). Por consiguiente, son la lengua materna, la edad y el nivel de estudios las variables sociales que mejor explican la conciencia lingüística de los hablantes. Obsérvese, además, que en el factor edad existe un patrón descendente (la percepción se reduce con los años) y, por el contrario, en el grado de instrucción el patrón es ascendente (la percepción aumenta paralelamente al nivel de estudios).

Por lo que respecta a la conciencia de que el personaje A es una mujer, todas las variables explicativas intervienen en

---

44 Tannen2.Res no nos sirve para el análisis probabilístico por la aparición de *knockout* –o factor(es) que muestra(n) una frecuencia de 0% o 100% en los casos de aplicación– en la variable *lengua materna*, lo que nos ha obligado a recodificarlo uniendo las variantes *español* y *ambas* en Tannen3.Cnd, con lo que ha sido posible acceder al análisis de regresión que aparece en Tannen3.Res.

45 Estas cantidades aparecen en la columna *Weight* del análisis *Binomial Varbrul 1 step*. En dicha columna aparece el efecto o peso que tiene cada uno de los factores de cada grupo en la aparición de las variantes consideradas de la variable dependiente. Son probabilidades que constituyen el modelo teórico creado por el programa estadístico a partir de los datos observados.

el proceso. En este caso (Tannen1.Res), los factores sociales que la facilitan son: sexo mujer (0.597), primera generación (0.608), estudios universitarios (0.569), lengua materna castellana (0.706) y lengua habitual castellana (0.510). De nuevo son la lengua materna y la edad los factores que patrocinan mejor la conciencia lingüística, pero, en este caso, el sexo supera al nivel de instrucción. Nos encontramos aquí con un patrón lineal descendente entre las diversas generaciones (desciende a medida que aumenta la edad).

Finalmente observamos que los factores extralingüísticos que condicionan la percepción de que el personaje B es un varón (Tannen3.Res) son: sexo mujer (0.510), primera (0.659) y segunda (0.534) generaciones, estudios universitarios (0.607), lengua materna castellana (0.820) y lengua habitual catalana (0.535) o ambas (0.560). En esta ocasión, la lengua materna, la edad y el nivel de instrucción son los de mayor efecto sobre la conciencia lingüística de los y las hablantes. De nuevo aparece un patrón lineal en los diversos grupos generacionales (cuanto mayor se es, menor conciencia se tiene) y de grado de instrucción (cuantos menos estudios se han cursado, menor percepción se demuestra), exactamente en idéntica dirección que la que hemos advertido cuando revisábamos la conciencia de que quienes hablan son primero una mujer y luego un varón (Tannen.Res).

Estos datos nos hacen suponer que ser mujer, pertenecer a la primera generación y tener estudios superiores son los rasgos sociales que hacen probable 1) el hecho de percibir que éste es un diálogo entre una pareja heterosexual y 2) el hecho de creer que son las mujeres las que hacen propuestas indirectas que los varones malinterpretan.

Cuando cruzamos los factores sociales a través del *Cross Tabulation*, constatamos algunos fenómenos interesantes. En este punto solo podemos recurrir a la estadística frecuencial, puesto que el GOLDVARB aplica la estadística inferencial úni-

camente a las variantes una por una y en relación a su respectiva variable, pero no a los grupos de variables entre sí. Vemos que los que peor perciben que se trata de un diálogo entre individuos de sexos diferentes son las mujeres mayores (67%), los varones de segunda y tercera generaciones (56%), los varones de estudios primarios (56%) y los varones de lengua materna catalana (56%). Por su parte, quienes mejor han captado que el personaje A es femenino son las mujeres de segunda generación (78%), de estudios universitarios (78%), de lengua materna española (83%) o catalana y castellana (100%), y que tienen el castellano como lengua usual (100%), así como los varones de primera generación, los que tienen el español como lengua materna y que emplean ambos sistemas lingüísticos habitualmente. Por último, quienes han percibido con mayor nitidez el sexo del personaje masculino son las mujeres de primera y segunda generaciones (67%), de lengua habitual castellana (80%) o ambas (67%), así como los varones de primera generación (78%) y de estudios universitarios (67%)

No obstante, conviene destacar que el análisis de la percepción del sexo de los personajes que intervienen en este diálogo no resulta determinante para afirmar que, en la conciencia lingüística de cierto tipo de hablantes, la propuesta indirecta es una estrategia comunicativa de las mujeres, y que los varones no la interpretan como una manifestación del deseo de su interlocutora. Ello se deduce cuando entramos a valorar cualitativamente los comentarios que se hacían para justificar por qué cada cual atribuía un sexo determinado a cada personaje. Una buena parte de los y las informantes se basaba en su experiencia vital:

- Había quienes decían que ése era el típico inicio de una discusión de pareja; no se olvide la edad de la mayoría de las personas entrevistadas, lo que permite que hayan podido tener al menos alguna relación amorosa.

- Había quienes consideraban, además, que la reacción que se producía ante el equívoco no era de simple amistad –en la que se minimiza la importancia de una discrepancia así– sino de una relación que implica cierto compromiso y en la que es frecuente que se magnifiquen estas divergencias.

En cuanto a la consideración de que la persona que proponía indirectamente ir a la verbena era una mujer, se basaba bien en el hecho de que, en opinión de muchos informantes, las mujeres tienen siempre más ganas de diversión y de baile, bien en la supuesta susceptibilidad que tiene el colectivo femenino ante ciertos comportamientos masculinos. Tenemos, pues, que recurrir al análisis de los resultados obtenidos en el ejercicio 3 para corroborar en qué medida la comunidad lingüística es consciente del empleo de las propuestas indirectas por parte de las mujeres.

A través de los datos que se recogen en *Feminolecto.Res*, constatamos que la conciencia de que los rasgos que aparecen en las frases analizadas son propios del habla de las mujeres<sup>46</sup> es también variable (el *input* es 0.652), por consiguiente, depende de las características sociales de los hablantes. Los factores extralingüísticos que dan pie a esta conciencia lingüística son: sexo femenino (0.512), primera generación (0.529), estudios primarios (0.542), lengua materna castellana (0.551) y lengua habitual catalana (0.516). Las variables sociales de mayor peso son, sin duda, la lengua materna y el nivel de estudios.

Los elementos lingüísticos y comunicativos que se perciben como propios del *feminolecto* son, de mayor a menor:

---

46 Se han unido las respuestas que asignan las frases a las mujeres jóvenes y las que las asignan a mujeres mayores (lo mismo se ha hecho, por su parte, con los dos colectivos masculinos). Se ha considerado como aplicación de la regla que se atribuya al sexo femenino, y como no aplicación, que se atribuya a varones.

- adjetivos característicos (0.682), a saber, *divino, encantadora, mono, deliciosa, chuli*;
- expresiones características (0.543), a saber, *¡Ay, no me digas!, No te lo vas a creer..., Es un sueño de..., ¡Me hace una ilusión!*;
- órdenes indirectas (0.543);
- interjecciones o exclamaciones características (0.503), a saber, *¡uy!, ¡yuju!, ¡Bendito sea Dios!; y,*
- expresión de la afectividad (0.502), a saber, diminutivos, aumentativos y superlativos.

Las frases que más femeninas se consideran son, en este orden<sup>47</sup>, la **30** (0.741), la **33** (0.715), la **58** (0.670), la **55** (0.647), la **46** (0.629), la **28** (0.614), la **2** (0.608), la **20** (0.602), la **22** (0.593), la **38** (0.582), la **11** (0.568), la **32** (0.548), la **24** (0.545), la **19** (0.544), la **48** (0.534), la **59** (0.526), la **61** (0.518), la **7** (0.513) y la **6** (0.510). El hecho de que la probabilidad se vaya aproximando a 1 nos informa de que el fenómeno del que se trata está siendo asumido por todo el universo, es decir, por toda la comunidad lingüística. Así, la disminución del grado de variabilidad implica que es mayor el abanico de tipos de hablantes que considerarán que el enunciado contiene un rasgo femenino, por consiguiente, que los factores extralingüísticos no entrarán en juego en la percepción social del uso lingüístico en la misma medida que en las probabilidades más bajas.

En estas frases aparecen otros rasgos que la bibliografía sobre el particular considera femeninos, como los acortamientos léxicos (**28** y **24**), sustantivos idiosincrásicos –*grosería*– (**2**), afirmaciones indirectas o inseguridad lingüística (**20** y **19**), cortesía verbal (**22**), apelativos característicos –*cielo*– (**38**), y propuestas indirectas (**7**). Vemos, pues, que la expresión del deseo por circunloquio no es precisamente un rasgo que se

---

47 Pueden verse todas ellas en la encuesta reproducida en el Apéndice I.

perciba en gran medida como propio del *feminolecto*, toda vez que de las dos frases que representaban esta estrategia (la 7 y la 35) solo una de las dos se encuentra entre las mejor identificadas y además su probabilidad de ser reconocida no es muy elevada, aunque ya veremos más adelante que es mayor entre las mujeres que entre los varones.

Partiendo de la base de que existen sociolectos diferentes en función de la edad, nos pareció imprescindible no limitarnos a analizar a las mujeres como colectivo sin fisuras, sino que había que entrar a observar si la comunidad hablante detecta o no usos lingüísticos y comunicativos diversos según se trate de una mujer joven o de una mujer mayor. Si revisamos los resultados de *Feminolecto1.Res*, en donde se ha analizado si estos rasgos se atribuyen a las mujeres jóvenes comprobamos por el *input*, que es 0.478, que no estamos ante un fenómeno variable, esto es, que imputar este modo de hablar y de comunicarse al colectivo femenino joven no está sujeto a la acción de factores sociales y lingüísticos. En cambio, si echamos una ojeada a los resultados de *Feminolecto1-mm.Res*, donde nos hemos ocupado de examinar si estas características se asignan a las mujeres mayores, descubrimos un *input* (0.522) que nos indica que esta vez sí es variable el fenómeno, es decir, que el juicio de los y las miembros de la comunidad hablante depende de la acción de factores sociales y lingüísticos.

A pesar de ese *input* general de *Feminolecto1.Res*, conviene señalar que hay determinados fenómenos lingüísticos que tienen cierta probabilidad de ser percibidos como propios de las mujeres jóvenes, y son: los acortamientos léxicos (0.818), las expresiones particulares<sup>48</sup> (0.524) y las propuestas indirectas (0.510); y de tal cosa son más conscientes las mujeres (0.507), las primeras generaciones (1ª = 0.532 y 2ª = 0.566), las

---

48 Recuérdese que son: *No te lo vas a creer, pero...*, *¡Ay, no me digas!*, *Es un sueño de...*, *¡Me hace una ilusión!*

personas con menos estudios (primaria = 0.546 y secundarios = 0.525), las que tienen ambas lenguas o el español como lengua materna (castellano = 0.520 y ambas = 0.637) y las que emplean habitualmente el catalán (0.560).

En el caso de la atribución de los rasgos propios del *feminolecto* a las mujeres mayores, se dará en los varones (0.506), de tercera generación (0.603), con estudios universitarios (0.565) y cuya lengua materna es el catalán (0.517). Hemos de concluir, pues, que lo que las investigaciones han considerado características del modo de hablar y de comunicarse del colectivo femenino, es percibido por un grupo determinado de miembros de la comunidad hispanohablante –el prototipo que acabamos de mencionar– como identificador no de las mujeres en general sino únicamente de las que tienen a partir de 45 ó 50 años<sup>49</sup>; en consecuencia, deducimos que existe la creencia lingüística de que las mujeres jóvenes no hablan así.

Dado que se ha dicho en varias ocasiones que el habla femenina tiene muchos puntos en común con el habla infantil, hemos juzgado oportuno hacer un análisis de regla variable para comprobar si tal cosa se encuentra en la conciencia lingüística de los miembros de la comunidad hispanohablante y si eso sucede en función de sus características sociales. De nuevo hemos obtenido un *input* general que hace improbable esta hipótesis y que aparece en *Feminolecto2.Res*, donde se han unido las respuestas que atribuyen el rasgo al varón joven y las que se lo atribuyen a la mujer joven; dicho *input* es 0.478. Sin embargo, volvemos a encontrarnos con que los acortamientos léxicos (0.811), las expresiones particulares (0.540) y las propuestas indirectas (0.516) tienen probabilidad de ser entendidas como peculiaridad de la forma de hablar de la

---

49 Ésta es la edad a partir de la cual la mayoría de las personas encuestadas considera que es mayor una persona, respondiendo así a la pregunta final del ejercicio 3 del cuestionario.

gente joven, por tanto, no es un rasgo exclusivo de las mujeres de este segmento generacional como podíamos suponer con los datos obtenidos en *Feminolecto1.Res*, sino de la juventud en su conjunto.

En el cruce de factores observamos que el comportamiento lingüístico de los miembros de nuestra muestra es bastante uniforme en lo referente a la discriminación de las particularidades del *feminolecto*, dado que las diferencias porcentuales no son muy grandes (de uno o dos puntos) entre las distintas variantes de las variables sociales. En donde se advierten mayores discrepancias es entre los varones y mujeres de primera y tercera generaciones, siendo los varones de tercera generación (66%) y las mujeres jóvenes (69%) las más conscientes de los rasgos del *feminolecto*; así como entre las mujeres que poseen a un tiempo ambas lenguas maternas (75%), que son las más sensibles al fenómeno.

Si nos detenemos en las variables lingüísticas explicativas, notamos que las mayores divergencias en la percepción del *feminolecto* entre ambos sexos se dan en las órdenes indirectas y en los apelativos cariñosos. En el primer caso, las mujeres superan en 10 puntos (74% frente a 64%) la conciencia de que formular una orden como un ruego es una estrategia comunicativa femenina, no en vano la usan habitualmente, el problema es que el colectivo masculino no acaba de percibirlo como tal, y de ahí los malentendidos; en el segundo caso, los apelativos, son los varones los que superan a las mujeres (64% frente a 57%), tal vez porque ellos reciben esos apelativos por parte de ellas.

Cuando nos detenemos en las diferentes frases contenidas en este apartado de la encuesta, vemos que la percepción difiere notablemente en algunas frases. Las mujeres tienen mayor conciencia en **4** (81% frente a 76%), **6** (72% frente a 62%), **12** (63% frente a 56%), **14** (51% frente a 38%), **16** (75% frente a 58%), **19** (72% frente a 64%), **22** (72% frente a 65%),

58 (85% frente a 79) y 59 (75% frente a 67%). Por su parte, los varones son más conscientes en 27 (72% frente a 65%)<sup>50</sup>, 28 (74% frente a 68%), 38 (73% frente a 64%), 49 (64% frente a 54%), 54 (56% frente a 46%), 55 (79% frente a 68%) y 61 (70% frente a 64%).

También los datos de los ficheros de resultados de *Masculinolecto* indican que la percepción de los rasgos propios del habla de los varones es variable. El *input* general que se obtiene es 0.648. Entre los factores sociales, los que hacen más probable la creencia de que estamos ante particularidades comunicativas y verbales masculinas son el segundo grupo generacional (0.532), los estudios universitarios (0.531), tener como lengua materna el español (0.653) o las dos lenguas consideradas (0.530), y emplear corrientemente el catalán (0.545); ser varón y tener estudios primarios apenas tienen peso sobre esta percepción, pero lo tienen al fin (0.501 y 0.507, respectivamente), por lo que también hemos de considerarlos como agentes que contribuyen a elaborar la conciencia lingüística.

Prácticamente todas las peculiaridades que los estudios atribuyen al *masculinolecto* tienen probabilidad de ser advertidas por los hablantes como propias de él. Parece que el habla de los varones está mucho más definida en la mente de la comunidad lingüística. Así, las órdenes directas (0.585), apelativos característicos –*maestro* o *chati*– (0.572), las amenazas (0.558), los tacos (0.544), el sustantivo *menda* (0.540) y la ausencia de cortesía (0.517), son susceptibles de ser apreciados como característicos del *masculinolecto*; no, en cambio, las propuestas directas ni las afirmaciones tajantes. Sin embargo, no todas las frases que contienen un rasgo del habla masculina percibida como tal tienen probabilidad de ser vistas como

---

50 Esta frase y la 54 fue comentada por algunos informantes, quienes dijeron que *imbécil* es un insulto típico de las mujeres.

propias de varones. De las que contienen palabras malsonantes, unas son eventualmente reconocidas como integrantes del *masculinolecto* –a saber, la **5** (0.587), la **8** (0.557), la **13** (0.551), la **23** (0.564) y la **29** (0.580)–, pero otras no, las que incluyen las palabras o expresiones siguientes: *gilipollez*, *me cago en la mar serena*, *¡no te jode!* o *leche*.

Es interesante señalar en este punto que, si bien la frase **22** (*Espere un momento, por favor, enseguida abro.*) tiene la probabilidad 0.593 de ser reconocida como dicha por una mujer, la **43** (*Ya va, ya va, enseguida abro.*), en cambio, no es ni remotamente atribuida a los varones (0.356). Esto significa que la cortesía verbal se ve más propia del *feminolecto* que del *masculinolecto*, pero no por ello se considera a los varones descorteses. Precisamente Francisco Moreno (1989) estudió en Quintanar de la Orden (Toledo) el tipo de excusas presentadas cuando no se puede abrir la puerta inmediatamente después de haber sonado el timbre, y comprobó que el 75% de los varones usaban las fórmulas menos galantes (tipo “ya va”), mientras que el 60% de las mujeres preferían las excusas más educadas (tipo “por favor, espere un momento”). Conviene notar, en el nivel cualitativo, que algunos informantes atribuyeron al colectivo femenino la frase *Ya va, ya va, enseguida abro* no tanto por la forma en que se expresa, sino por el contenido de la misma, puesto que me dijeron que son las mujeres las que suelen acudir a abrir las puertas.

Tampoco en este caso parece ser variable la conciencia de que existen sociolectos en el seno del colectivo masculino, es decir, que jóvenes y mayores utilizan la lengua de manera diferente. Así se infiere del *input* general apuntado en *Masculinolecto*1.Res, 0.464. No obstante hay fenómenos concretos que sí se atribuyen a los chicos jóvenes, en concreto la palabra *menda* (0.628), las amenazas (0.538) y los tacos (0.522), como si con el paso del tiempo los varones fueran apaciguando su agresividad. Los factores sociales que intervienen

en esta creencia lingüística son: sexo mujer (0.595), primera generación (0.642), lengua materna española (0.528) o ambas (0.536), y lengua habitual catalana (0.560); de un modo insignificante entran también en juego los estudios universitarios (0.506) y primarios (0.502).

Si *Feminolecto2.Res* nos había demostrado que no parece probable que la identificación del habla de las mujeres con los rasgos juveniles en la comunidad lingüística sea variable, en *Masculinolecto2.Res* obtenemos, en cambio, la probabilidad 0.519 de que sea variable la conciencia de que los rasgos atribuidos por los especialistas al habla masculina son en realidad fenómenos peculiares de los hablantes de más edad, por consiguiente, que discrimina más la edad que el sexo. Así, ser varón (0.569), de tercera (0.651) o segunda (0.513) generaciones, de estudios primarios (0.511), lengua materna catalana (0.510) y lengua usual ambas (0.593), aumenta las probabilidades de creer que las afirmaciones tajantes (0.664), las órdenes directas (0.610) y las propuestas sin rodeos (0.562) se dan más entre las personas mayores sin distinción de sexo. Tal vez tenga que ver con la idea de que, a más edad, mayor es la convicción con la que se vive y menos se aceptan las intromisiones en la propia vida.

En el cruce de variables independientes, se observa que en las mujeres existe un ligero patrón descendente en la percepción del *masculinolecto* a medida que aumenta la edad (1<sup>a</sup> gen. = 65%, 2<sup>a</sup> gen. = 63% y 3<sup>a</sup> gen. = 62%), mientras que en los varones se advierte un patrón curvilíneo cuyo punto más álgido se encuentra en la segunda generación (61% - 68% - 61%). Otro patrón lineal aparece entre los varones de diferente grado de instrucción, siendo el porcentaje más elevado el de las personas con estudios universitarios (68%, frente a 65% los secundarios y 59% los primarios). En la tipología de fenómenos, las mujeres son más proclives que los varones a percibir la amenaza como rasgo masculino (72% frente a 67%)

o los apelativos *maestro* y *chati* (74% frente a 69%); en cambio, los varones ven más que las mujeres como propio del *masculinolecto* los tacos (71% frente a 66%), el sustantivo *menda* (72% frente a 65%) y las afirmaciones tajantes (46% frente a 37%). Cuando revisamos las frases de modo independiente, vemos que las mayores discrepancias entre los sexos se dan en la **3** (m = 60%, v = 49%), la **34** (m = 57%, v = 65%), la **52** (m = 71%, v = 57%), la **57** (m = 65%, v = 72%) y la **62** (m = 37%, v = 46%).

Si pasamos a la consideración de si los rasgos del *masculinolecto* son en realidad o no elementos lingüísticos y comunicativos asociados al paso del tiempo, por tanto atribuibles a las personas mayores, quienes en nuestra muestra lo perciben de modo más tangible son los varones de tercera generación, de estudios primarios, y que tienen como lengua materna y preferente el castellano. La percepción de los sexos difiere de modo ostensible en las amenazas (m = 41%, v = 56%), las palabras malsonantes (m = 39%, v = 56%), las órdenes (m = 55%, v = 69%), los apelativos (m = 43%, v = 60%), y las afirmaciones tajantes (m = 76%, v = 64%), por lo que podemos suponer que estos fenómenos –a excepción del último– son vistos por las mujeres como característicos no de la edad avanzada sino del *masculinolecto*, sin duda porque son rasgos que están ausentes del discurso cortés y amable en el que ha sido educado el colectivo femenino, y porque suelen acompañar los comportamientos agresivos, más propios de los varones.

Pasemos ahora a revisar los datos obtenidos en los documentos que recogen las opiniones de los y las informantes sobre diferencias comunicativas y en el desarrollo del lenguaje entre mujeres y varones, esto es, la saga *Opiniones-Mujer* y *Opiniones-Varón*. En la comunidad hispanohablante existe variabilidad en la percepción de las estrategias empleadas por las mujeres y de ciertas habilidades lingüísticas que tienen. El *input* general resultante en los cálculos que

aparecen en Opiniones-Mujer.Res (en donde se han unido las variantes *absolutamente de acuerdo* y *algo de acuerdo* de la variable dependiente<sup>51</sup>) es 0.671. Los factores sociales que patrocinan la conciencia lingüística son: sexo mujer (0.547), la segunda (0.555) y tercera (0.533) generaciones, los estudios primarios (0.546) y la lengua materna (0.520) y habitual castellana<sup>52</sup> (0.562). De todos los fenómenos considerados, los que tienen probabilidad de ser identificados como propios del discurso femenino son: el detallismo verbal (0.834), el tema de conversación (0.759), el contacto visual (0.691), el objetivo interaccional de los actos comunicativos (0.654), las órdenes indirectas (0.627), la educación (0.586), las alabanzas (0.586), la rapidez de dicción (0.547), el solapamiento en la conversación (0.528) y el tratamiento deferente (0.509). Como ya se ha dicho más arriba, las probabilidades que están más cerca de 1 nos indican que el fenómeno está siendo captado por un abanico mayor de informantes, por consiguiente que los factores sociales reducen su incidencia en la percepción de la realidad lingüística.

Seguidamente señalamos los enunciados con cuyo contenido es probable el acuerdo, de mayor a menor probabilidad.

- *Las mujeres entablan conversaciones para establecer o mantener lazos de afecto o de amistad.* (0.736)
- *Cuando hablas con una mujer y, de repente, te atascas y no te sale una palabra, ella suele decirla por ti y continúa escuchándote.* (0.709)

---

51 Con ello se pretende separar la opinión favorable –al margen del grado de acuerdo– de la desfavorable, y analizarla.

52 La lengua materna catalana obtiene una probabilidad pequeña, de 0.507, por lo que su incidencia es reducida, pero existe. En este sentido, pues, habría que matizar el efecto de la lengua materna en la identificación del *feminolecto*, toda vez que tanto los hablantes de lengua materna castellana como los de lengua materna catalana tienen probabilidad de percibir como femeninas ciertas estrategias comunicativas.

- *Las mujeres se esmeran en hablar correctamente.* (0.698)
- *Las mujeres hacen más preguntas que los hombres a las personas para mostrar su interés por ellas y no siempre para obtener información.* (0.690)
- *Las mujeres se preocupan más que los hombres por si una palabra o una pronunciación está mal considerada.* (0.673)
- *Las mujeres, cuando explican cómo es una cosa, dan muchos más detalles de ella.* (0.644)
- *Las mujeres hablan más de ropa que los hombres.* (0.622)
- *Las niñas hablan antes que los niños.* (0.573)
- *Las mujeres miran a los ojos de las personas con las que conversan.* (0.538)
- *Las mujeres hablan de la familia y los hijos más que los hombres.* (0.528)
- *Las mujeres suelen pedir las cosas más que dar órdenes para conseguirlas.* (0.517)
- *Las mujeres son más educadas que los hombres cuando hablan.* (0.507)
- *A las mujeres no les importa elogiar a otras personas.* (0.507)

Nos ha parecido conveniente analizar el grado de concordancia que los hablantes son susceptibles de demostrar hacia cada uno de los rasgos del *feminolecto* aquí tenidos en cuenta. Los cálculos de Opiniones-Mujer1.Res, que se ocupan de analizar como aplicación la variante *absolutamente de acuerdo* y como no aplicación *algo de acuerdo*, desestimando las otras dos variantes, han identificado un *knockout* en el factor rasgo comunicativo o de habilidad, por lo que ha sido necesario reconsiderar tal variable lingüística. El problema lo ha planteado el rasgo *escaso dominio del discurso público*. Tal vez el enunciado (*Las mujeres no saben hablar en público*.)

no era el más adecuado y hubiera sido preferible otro del tipo *Las mujeres tienen dificultades para hablar en público*, o *Las mujeres sienten temor a hablar en público*, o *Las mujeres no se sienten cómodas hablando en público*, que se aproximan más a la idea defendida por algunas investigadoras norteamericanas.

Lo que hemos hecho en los archivos *Opiniones-Mujer-bis* ha sido eliminar este enunciado del análisis. Según los resultados recogidos en *Opiniones-Mujer-bis.Res*, el acuerdo absoluto con las peculiaridades del *feminolecto* no presenta variabilidad en términos generales, puesto que el *input* es 0.488. No obstante, podemos observar que hay probabilidad de que algunos de los rasgos sean vistos como absolutamente ciertos, y son: el detallismo en las explicaciones (0.711), temas de conversación característicos –ropa, familia– (0.693), el empleo de disculpas (0.677), el aprendizaje lingüístico anterior y mejor (0.580), las órdenes indirectas (0.529), el tuteo al que se ve sometido el sexo femenino (0.525) y el objetivo interaccional de la conversación que entabla una mujer (0.524). Y los factores sociales que hacen probable tal consideración son: sexo mujer (0.521), edades avanzadas (2<sup>a</sup> gen. = 0.526, 3<sup>a</sup> gen. = 0.525), estudios no universitarios (primarios = 0.578, secundarios = 0.511), lengua materna castellana (español = 0.577, ambas = 0.608) y lengua habitual catalana (0.537). Precisando un poco más, los enunciados que tienen posibilidades de ser juzgados como totalmente ajustados a la realidad son los que siguen, en orden de mayor a menor probabilidad:

- *Las mujeres se preocupan más que los hombres por si una palabra o una pronunciación está mal considerada.* (0.622)
- *Los niños tardan más tiempo en aprender a hablar que las niñas.* (0.599)
- *Las mujeres hablan de la familia y los hijos más que los hombres.* (0.558)

- *Las mujeres, cuando explican cómo es una cosa, dan muchos más detalles de ella. (0.546)*
- *Las mujeres se disculpan más que los hombres. (0.536)*
- *Las mujeres hablan más de ropa que los hombres. (0.525)*
- *Las mujeres se esmeran en hablar correctamente. (0.521)*
- *Las mujeres suelen pedir las cosas más que dar órdenes para conseguirlas. (0.507)*
- *A las mujeres se las tutea mucho, incluso gente desconocida. (0.506)*
- *Las mujeres hablan a la vez. (0.502)*
- *Las mujeres miran a los ojos de las personas con las que conversan. (0.501)*
- *Las mujeres son más educadas que los hombres cuando hablan. (0.500)*

Cuando cruzamos las variables explicativas, observamos idéntico patrón curvilíneo en los grupos generacionales tanto de mujeres como de varones, siendo la segunda generación la que mayor acuerdo muestra con las frases del ejercicio. La diferencia porcentual más elevada se da entre mujeres (62%) y varones (52%) jóvenes, si bien en los otros grupos de edad también es el colectivo femenino el que ofrece porcentajes más altos. Analizando el nivel de instrucción y partiendo de la base de que las dos terceras partes de la muestra están de acuerdo con el contenido de los enunciados, la distancia entre la opinión de uno y otro sexo se da en los estudios primarios ( $m = 73\%$ ,  $v = 62\%$ ) y en los estudios superiores ( $m = 65\%$ ,  $v = 58\%$ ). En cuanto a la lengua materna, lo más llamativo es la disparidad entre las opiniones de mujeres (70%) y varones (11%) que tienen ambas, situación que se reproduce en menor medida en la lengua habitual, puesto que las mujeres que tienen ambas muestran el 69% de acuerdo con lo que dicen las frases, y los varones de igual condición, solo el 46%.

También observamos una clara disconformidad en la opinión de mujeres y varones sobre ciertos rasgos atribuidos por las investigaciones al colectivo femenino. Ello sucede en la consideración de que las mujeres se disculpan más que los varones ( $m = 81\%$ ,  $v = 37\%$ ), utilizan el discurso cooperativo ( $m = 89\%$ ,  $v = 59\%$ ), emplean órdenes indirectas ( $m = 89\%$ ,  $v = 67\%$ ), conversan para mantener lazos de afecto o de amistad ( $m = 90\%$ ,  $v = 74\%$ ), son más educadas ( $m = 67\%$ ,  $v = 81\%$ ), tienen dificultades para hablar porque no se les permite ( $m = 35\%$ ,  $v = 22\%$ ) o muestran inseguridad lingüística ( $m = 33\%$ ,  $v = 19\%$ ). Los enunciados sobre cuyo contenido hay mayor discrepancia entre los sexos son los siguientes:

- *Las mujeres se disculpan más que los hombres.* ( $m = 81\%$ ,  $v = 37\%$ )
- *Cuando hablas con una mujer y, de repente, te atascas y no te sale una palabra, ella suele decirla por ti y continúa escuchándote.* ( $m = 93\%$ ,  $v = 59\%$ )
- *Las mujeres hacen más preguntas que los hombres a las personas para mostrar su interés por ellas y no siempre para obtener información.* ( $m = 100\%$ ,  $v = 78\%$ )
- *Las mujeres suelen pedir las cosas más que dar órdenes para conseguirlas.* ( $m = 89\%$ ,  $v = 67\%$ )
- *Las doctoras hacen más preguntas a sus pacientes y les explican más cosas que los doctores.* ( $m = 74\%$ ,  $v = 59\%$ )
- *Los niños tardan más tiempo en aprender a hablar que las niñas.* ( $m = 63\%$ ,  $v = 48\%$ )
- *Las mujeres entablan conversaciones para establecer o mantener lazos de afecto o de amistad.* ( $m = 96\%$ ,  $v = 85\%$ )
- *Las niñas de tres o cuatro años hablan mejor que los niños de la misma edad.* ( $m = 63\%$ ,  $v = 52\%$ )
- *Las mujeres hablan muy rápido.* ( $m = 67\%$ ,  $v = 81\%$ )

Se advierte que las mujeres piensan mayoritariamente que reconocen sus errores y tienden a pedir perdón por ellos; y que se consideran a sí mismas cooperativas, preocupadas por las personas, más corteses y con habilidades lingüísticas que se manifiestan en la infancia. Aunque una buena parte de ellas opina que la velocidad de dicción es propia del colectivo femenino, son los varones los que principalmente creen tal cosa.

Quienes muestran un mayor acuerdo con los enunciados del ejercicio 4 de la encuesta son los varones de tercera generación, con un 58%; los varones de los otros dos grupos de edad se alejan paulatinamente de este porcentaje hasta reducir sus respuestas afirmativas a un tercio (2ª gen. = 48%, 1ª gen. = 34%). Las mujeres, por su parte, oscilan entre el 49% de las mayores y el 52% de las más jóvenes. Atendiendo al sexo y grado de instrucción, quienes tienden a considerar absolutamente cierto el contenido de los enunciados son las mujeres de estudios primarios (65%) y los varones de estudios secundarios (56%); el resto de los grupos no alcanza el 50%. Si cruzamos el sexo y la lengua materna, obtenemos que las más propensas a estar completamente de acuerdo son las mujeres que tienen como primera lengua tanto el castellano como el catalán (66%) y los varones de lengua materna española (55%). En cuanto a la lengua habitual, son las mujeres que emplean cotidianamente el castellano las que muestran más la absoluta afinidad con lo que dicen las frases (58%).

Valorando los fenómenos estudiados, las mayores discrepancias entre ambos sexos en la asignación de absoluto acuerdo o acuerdo parcial al contenido de los enunciados se dan en los siguientes casos:

- *Las mujeres suelen pedir las cosas más que dar órdenes para conseguirlas.* (m = 65%, v = 32%)
- *Las mujeres, cuando explican cómo es una cosa, dan muchos más detalles de ella.* (m = 48%, v = 25%)

- Las mujeres no usan tacos. (m = 44%, v = 11%)
- Las mujeres hablan a la vez. (m = 38%, v = 15%)
- Las niñas hablan antes que los niños. (m = 33%, v = 11%)
- Las mujeres entablan conversaciones para establecer o mantener lazos de afecto o de amistad. (m = 22%, v = 0%)
- Las mujeres hablan de la familia y los hijos más que los hombres. (m = 47%, v = 61%)
- Las mujeres no saben hablar en público. (m = 30%, v = 52%)

Estamos ante enunciados que, en su mayoría, no son vistos como completamente ciertos por buena parte de la muestra, puesto que no alcanzan ni el 50%, pero es interesante observar esa diferencia en las creencias lingüísticas entre varones y mujeres: está claro que son más las mujeres que muestran afinidad total con los rasgos del *feminolecto* que se indican en las investigaciones norteamericanas. Conviene destacar, también, que no solo las mujeres se ven a sí mismas como más corteses –algo que ya se ha observado en Opiniones-Mujer. Res– sino que las dos terceras partes de nuestras informantes lo creen a pies juntillas, mientras que solo un tercio de los varones opinan igual. Finalmente resulta llamativo constatar que el sexo femenino apenas considera que la familia sea por completo un tema de conversación de mujeres, ni que ellas sean incapaces de hablar en público, al contrario de lo que piensan los varones.

Nos queda, para acabar este apartado, el estudio de la consideración que tienen los hablantes de los rasgos que las investigaciones norteamericanas han manifestado como peculiares del discurso masculino y de las estrategias comunicativas de los varones. En Opiniones-Varón.Res –donde se han agrupado las variantes *absolutamente de acuerdo* y *algo de*

acuerdo de la variable dependiente<sup>53</sup>– podemos constatar que la conciencia lingüística es variable en función de las características sociales de los hablantes, puesto que el *input* general obtenido es 0.655. Los factores extralingüísticos que propician la percepción del *masculinolecto* son: sexo varón (0.522), tercer grupo generacional (0.540), estudios primarios (0.592) o secundarios (0.548), lengua materna catalana (0.534) y lengua habitual castellana (0.556).

Los rasgos comunicativos que tienen probabilidad de ser considerados integrantes de la variedad masculina son, en este orden, la brusquedad (0.749), la despreocupación por hablar bien (0.676), el tema de conversación (0.674), la resistencia a alabar a otras personas (0.528) y el discurso competitivo (0.519). En concreto, los enunciados que más se perciben como ciertos son, en este orden:

- *En las conversaciones entre hombres se habla mucho de fútbol.* (0.880)
- *Los hombres dicen muchos tacos.* (0.687)
- *Cuando los hombres inician una conversación es porque quieren explicar algo que les parece importante.* (0.687)
- *Los hombres hablan a la vez cuando quieren quitarse el uso de la palabra.* (0.618)
- *Rara vez los hombres tratan temas íntimos en sus conversaciones.* (0.572)
- *A las mujeres se las interrumpe mucho en las conversaciones.* (0.571)
- *Los hombres, cuando hablan, se escuchan a sí mismos.* (0.569)
- *Los hombres rara vez piden algo, sino que suelen dar órdenes.* (0.562)

---

53 Con ello se pretende separar la opinión favorable –al margen del grado de acuerdo– de la desfavorable, y analizarla.

- *Los hombres, cuando hablan, son más rudos que las mujeres.* (0.562)
- *Los hombres quieren siempre controlar las conversaciones.* (0.523)
- *En las reuniones en las que hay mujeres y hombres, los hombres hablan durante más tiempo que las mujeres.* (0.522)

Esto nos permite matizar las afirmaciones anteriores. Así, podemos comprobar que, de los diferentes temas de conversación atribuidos a los varones en diversos trabajos –a saber, sexo, política, fútbol y temas no íntimos–, únicamente los dos últimos son considerados como tales –aunque en diferente medida– por la comunidad hispanohablante. Igualmente podemos ver que el control de la conversación que intentan ejercer los varones es en detrimento de las mujeres, puesto que se interrumpe el turno de palabra de éstas y no se les concede mucho tiempo para hablar. También podemos añadir un elemento nuevo como definitorio del *masculinolecto* en las creencias lingüísticas, que es el empleo de órdenes directas.

En el momento en que intentamos analizar si el absoluto acuerdo con el contenido de los enunciados es variable, nos percatamos de que, como sucedía en Opiniones-Mujer-bis.Res, el *input* es inferior a 0.5, por consiguiente que los factores sociales no intervienen en dicha creencia lingüística en términos generales. Pero aquí (Opiniones-Varón1.Res) también podemos observar que hay ciertos rasgos que son percibidos de forma absoluta como integrantes del *masculinolecto*: se trata del tema de conversación (0.646), aspectos proxémicos (0.627), la despreocupación por hablar bien (0.621), la superficialidad de las conversaciones (0.540), el discurso competitivo (0.536) y las órdenes directas (0.501). Los factores sociales que intervienen en esta conciencia son: sexo mujer (0.509), segundo grupo generacional (0.572), estudios primarios (0.589) o secundarios (0.532) y ambas lenguas maternas (0.713). Entrando

en detalle, los enunciados que tienen mayor probabilidad de considerarse absolutamente veraces son, en este orden:

- *En las conversaciones entre hombres se habla mucho de fútbol.* (0.719)
- *En las reuniones en las que hay mujeres y hombres, los hombres intervienen más veces que las mujeres.* (0.677).
- *Los hombres dicen muchos tacos.* (0.672)
- *Rara vez los hombres tratan temas íntimos en sus conversaciones.* (0.641)
- *Cuando los hombres inician una conversación es porque quieren explicar algo que les parece importante.* (0.582)
- *Los hombres interrumpen mucho en las conversaciones.* (0.566)
- *Los hombres, cuando hablan, son más rudos que las mujeres.* (0.565)
- *Los hombres, cuando hablan, se escuchan a sí mismos.* (0.560)
- *Los hombres hablan a la vez cuando quieren quitarse el uso de la palabra.* (0.544)
- *Los hombres son bruscos hablando.* (0.529)
- *Cuando un hombre habla con una mujer se aproxima a ella más que cuando habla con otro hombre.* (0.524)
- *Los hombres hablan para intercambiar información.* (0.523)
- *A las mujeres se las interrumpe con frecuencia cuando están hablando.* (0.512)

Se observa que existen convicciones firmes entre los hablantes en lo que respecta a casi todos los rasgos percibidos como propios del *masculinolecto*.

Cuando acudimos al cruce de variables explicativas advertimos que los varones de tercera generación de nuestra muestra son los que manifiestan, de todas las personas encuestadas,

más afinidad con el contenido de los enunciados (72%), y que tal afinidad disminuye paulatinamente con la edad (2<sup>a</sup> gen. = 64%, 3<sup>a</sup> gen. = 57%); las mujeres de todas las edades se mueven entre el 61% y el 62%. En la concurrencia de los factores sexo y grado de instrucción se nota un patrón ascendente a medida que baja el nivel de estudios tanto en mujeres como en varones; la diferencia estriba en los hitos de la línea que se traza: las mujeres van desde el 44% de acuerdo en el grado universitario (frente al 59% de los varones del mismo grupo educacional) hasta el 72% de acuerdo entre las que tienen estudios primarios (frente al 69% de los varones con igual grado de instrucción).

La mayor distancia porcentual entre los dos sexos relativas a la percepción de los rasgos como característicos del *masculinolecto* se da en los siguientes fenómenos: el tema de conversación (m = 74%, v = 86%), la brusquedad (m = 73%, v = 88%), la despreocupación por hablar bien (m = 74%, v = 87%), diferente grado de aproximación física (m = 78%, v = 48%) y falta de contacto visual (m = 22%, v = 52%). Como puede verse, la conciencia de que los varones hablan de ciertos temas, que son rudos, indiferentes a la corrección lingüística y poco amantes de mirar a su interlocutor es mucho mayor en el colectivo masculino que en el femenino; solo el aspecto proxémico es apenas observado por los varones, por oposición a las mujeres, sin duda porque el que se invade es el espacio femenino y ellas son las que mejor lo notan como víctimas de tal invasión.

Ocupémonos, finalmente, del grado de mayor o menor acuerdo con el contenido de los enunciados, esto es, si es absoluto o parcial. Advertimos un patrón curvilíneo tanto en las mujeres como en los varones de los diferentes grupos de edad<sup>54</sup>,

---

54 En las mujeres, los porcentajes del absoluto acuerdo son: 42% (3<sup>a</sup> gen.), 48% (2<sup>a</sup> gen.) y 40% (1<sup>a</sup> gen.); en los varones, son: 43% (3<sup>a</sup> gen.), 46% (2<sup>a</sup> gen.) y 28% (1<sup>a</sup> gen.).

siendo la segunda generación la que tiende a creer con mayor fuerza en los rasgos que definen el *masculinolecto*, aunque nos movemos siempre en porcentajes inferiores al 50%; el colectivo más escéptico es el de los varones de primera generación, que está completamente de acuerdo solo en un 28% (frente al 40% de las mujeres de la misma edad). Atendiendo al grado de instrucción<sup>55</sup>, las que muestran menos afinidad de toda la muestra son las mujeres universitarias, con un 82% de ocurrencias de la variante *algo de acuerdo*, que contrasta con la opinión de las mujeres de los otros niveles educacionales, quienes están completamente de acuerdo en un 44% (las de estudios secundarios) o en un 59% (las de estudios primarios); en el colectivo masculino, el patrón no es lineal, sino curvilíneo, pues en el segundo grupo de instrucción es donde más individuos encontramos que se identifican por entero con el contenido de los enunciados (43%).

Los rasgos que ambos sexos encuentran más definatorios del *masculinolecto* –y por ello mismo han seleccionado la variante *absolutamente de acuerdo* a la hora de evaluarlos– son el tema de conversación (m = 55%, v = 57%) y la despreocupación por hablar bien (m = 55%, v = 53%), si bien el colectivo femenino también considera como tales el diferente grado de aproximación física que los varones tienen con cada uno de los sexos (m = 62%, v = 46%) y el discurso competitivo (m = 51%, v = 40%).

Las tres cuartas partes de las mujeres y de los varones de la muestra creen completamente en que el fútbol es un tema habitual de conversación masculina (m = 72%, v = 74%), pero existen discrepancias de opinión sobre los siguientes enunciados en donde vemos que cada sexo tiene un porcentaje

---

55 En las mujeres, los porcentajes del *algo de acuerdo* son: 82% (universitarias), 56% (secundarios) y 41% (primarios); en los varones, son: 64% (universitarios), 57% (secundarios) y 60% (primarios).

muy diferente de ocurrencias de la variante *absolutamente de acuerdo*:

- *En las reuniones en las que hay mujeres y varones, los hombres intervienen más veces que las mujeres.* (m = 75%, v = 40%)
- *Cuando un hombre habla con una mujer, se aproxima a ella más que cuando habla con otro hombre.* (m = 62%, v = 46%)
- *Los hombres compiten hasta cuando hablan.* (m = 56%, v = 27%)
- *A los hombres no les preocupa hablar mal.* (m = 56%, v = 24%)
- *Los hombres quieren siempre controlar las conversaciones.* (m = 50%, v = 37%)
- *Los hombres dicen muchos tacos.* (m = 55%, v = 77%)
- *Rara vez los hombres tratan temas íntimos en sus conversaciones.* (m = 50%, v = 61%)

Para las mujeres resulta más evidente que los varones se les aproximan mucho y que no les dejan hablar porque ellos intentan controlar las conversaciones en las que se establece una competencia, y esa conciencia femenina existe muy probablemente porque las mujeres son las víctimas de tales situaciones. En cambio, los varones tienen más claro que es propio del *masculinolecto* el uso de los términos y expresiones malsonantes –tal vez porque cuando los usan lo hacen “con premeditación y alevosía”– y la tendencia a rehuir temas personales en los actos comunicativos, sin duda porque las mujeres no son testigos de las conversaciones masculinas en las que, además, prolifera mucho más el vocabulario interdicto.

## 7. Algunas conclusiones

---

A tenor del análisis de nuestros resultados, las mujeres y los varones son conscientes de los rasgos propios de su respectiva variedad lingüística, pero no en la misma medida de los rasgos característicos del otro sexolecto. Ello es resultado, sin duda, de la educación segregada que han recibido unas y otros, no tanto físicamente –pues la escuela mixta existe desde hace muchos años– sino psicológicamente con el llamado *currículum oculto*. De este modo, desde la infancia, cada sexo se ha observado a sí mismo como único, diferenciado y en conflicto con el otro, y ha desarrollado creencias, actitudes y comportamientos diversos e identificadores sin ocuparse de conocer al otro grupo ni, por tanto, de constatar en qué medida sus ideas sobre él se mueven dentro del estereotipo sexual y del tópico. No obstante, conviene destacar que aquellas mujeres que consideran reales las peculiaridades del habla masculina lo creen a pies juntillas.

Las mujeres universitarias son las que presentan menor acuerdo con los rasgos comunicativos del *masculinolecto* porque estos se depuran en los estratos más altos, que son en los que se mueve este colectivo femenino. La brusquedad, las órdenes directas, la despreocupación por hablar bien, las interrupciones a las mujeres, etc., se reducen notablemente en el modo de hablar de los varones de estudios superiores. Por consiguiente, el *prestigio encubierto* del que habla Trudgill

(1974) funciona sobre todo entre individuos de clase inferior. Por ello las mujeres de estudios primarios son las que más acuerdo muestran con los rasgos que se atribuyen al *masculinolecto*; no se olvide que la mayoría de las investigaciones sociolingüísticas demuestran que el sexo femenino es más consciente no sólo de la valoración social de los usos lingüísticos, sino también de los rasgos que caracterizan a cada colectivo en el seno de la comunidad.

Las propuestas indirectas no son realmente vistas como femeninas ni las directas como masculinas. Sin embargo, las mujeres se dan perfecta cuenta de que ellas exponen rara vez sus deseos de forma abierta, sino solapadamente a través de un rodeo. En términos generales, podemos afirmar que casi todos los rasgos lingüísticos y comunicativos que la bibliografía anglosajona atribuye a cada uno de los *sexolectos* son identificados como tales por los miembros de la comunidad hispanohablante analizada, en consecuencia, que forman parte de las creencias lingüísticas de este colectivo.

En cuanto a si la coincidencia que se da entre los resultados de las investigaciones, por un lado, y, por el otro, las creencias lingüísticas de la comunidad hablante es de efecto-*causa*, es decir, que los investigadores e investigadoras llegan a dichas conclusiones porque ven lo que esperan ver en sus *corpora* dictados por la mentalidad colectiva de la que no son capaces de sustraerse, tal y como sostiene Aebischer (1985), no podemos aventurarnos a dictaminar nada puesto que el tipo de instrumento que hemos utilizado para nuestro estudio no facilita ninguna información al respecto.

Creemos necesario que se acometa el estudio experimental de los *sexolectos*, es decir, del uso que los hispanohablantes, por un lado, y las hispanohablantes, por el otro, hacen realmente de la lengua una vez que hemos llegado a conocer las creencias lingüísticas sobre el particular, puesto que no siempre hay coincidencia entre las creencias y las actitudes. El

trabajo que aquí se ha presentado sirve para orientar investigaciones futuras sobre el discurso público y el discurso privado, sobre el discurso cooperativo y el discurso competitivo, sobre el prestigio encubierto, sobre las estrategias comunicativas, o sobre la dominación y la diferencia.

También sería de sumo interés el examen de las creencias y actitudes del profesorado con respecto a los sexolectos a través de una encuesta específica y de observaciones directas, que nos permitiría saber en qué medida la escuela se convierte en medio difusor de los estereotipos sexuales a pesar de la supuesta coeducación existente y del eje transversal "educación para la igualdad".

En nuestro estudio apenas hemos tenido en cuenta aspectos kinésicos y proxémicos –por consiguiente, de comunicación no verbal–, que sean susceptibles de singularizar a mujeres y varones como colectivos distintos. Diversos trabajos han señalado que existen diferencias notables en este ámbito, en consecuencia, sería igualmente interesante analizar la percepción lingüística sobre ese particular.

Concluyendo, hemos podido comprobar lo acertado de nuestras hipótesis: 1) se observa coincidencia entre el imaginario lingüístico de nuestra comunidad de habla y los resultados de los estudios hechos sobre los sexolectos en territorio anglosajón; 2) ha quedado patente que el sexo femenino percibe claramente los rasgos lingüísticos y comunicativos que se atribuyen a cada uno de los grupos sexuales, aunque no en igual medida según el nivel sociocultural que se posee; y 3) las creencias sobre el modo de hablar de mujeres y varones están condicionadas, además de por el sexo, por otros factores sociales (de todos los aquí considerados, los únicos en los que no se ve claramente el efecto que ejercen sobre el modo de percibir la realidad lingüística son la lengua materna y la lengua habitual; al menos, resulta difícil darles una explicación). Finalmente, no hemos podido recoger muestras

claras de *autoodio* por parte de las mujeres, probablemente el instrumento utilizado no haya sido el adecuado para captar este fenómeno.

## 8. Referencias bibliográficas citadas

---

- ADAMS, J.N. 1984. "Female Speech in Latin Comedy", *Antichthon* 18, 43-77.
- AEBISCHER, Verena. 1985. *Les femmes et le langage. Représentations sociales d'une différence*. Paris: Presses Universitaires de France (PUF).
- ALVAR, Manuel. 1956. "Diferencias en el habla de Puebla de Don Fadrique (Granada)", *Revista de Filología Española* 40, 1-32.
- ALVAR, Manuel. 1969. "Hombres y mujeres en las hablas andaluzas", en *Variación y unidad del español*. Madrid: Prensa Española, 129-146.
- BADIA MARGARIT, Antoni M. 1952. "A. Domaine Roman. 3. Note sur le langage des femmes et la méthode d'enquête dialectologique (domaine aragonais)". *Orbis* I/1, 15-18.
- BATE, Barbara. 1988. *Communication and the Sexes*. New York: Harper and Row, Publishers.
- BOIX, E. y VILA, X. 1998. *Sociolingüística de la llengua catalana*. Barcelona: Ariel.
- BOYER, H. 1996. *Sociolinguistique. Territoire et objets*. Paris: Delachaux et Niestlé.
- BIERBACH, Christine. 1992. "Spanisch: Sprache und Geschlechter. Lengua y sexos", en Günter HOLTUS, Michael METZELTIN y Christian SCHMITT (eds.), *Lexikon der Romanistischen Linguistik*. Tübingen: Niemeyer, 276-296.

- BULTOT, Robert y Frère Jean GENNART. 1952. "B. Domaine Germanique. 1. Observations de Rudolf Hotzenköcherle sur le langage des femmes". *Orbis* I/1, 38-40.
- BURGOS, Elvira y José Luis ALIAGA. 2002. "Estudio preliminar", en Delia Esther SUARDÍAZ, *El sexismo en la lengua española*. Zaragoza: Pórtico, 15-107.
- BUXÓ REY, M<sup>a</sup> Jesús. 1978. *Antropología de la mujer (Cognición, lengua e ideología cultural)*. Barcelona: Promoción Cultural. Existe una reimpresión en *Anthropos*, 1988.
- CALAME-GRIAULE, Geneviève. 1965. *Etnología y lenguaje. La palabra del pueblo Dogon*. Madrid: Editora Nacional, 1982.
- CALERO FERNÁNDEZ, M<sup>a</sup> Ángeles. 1993. *Estudio sociolingüístico del habla de Toledo*. Lleida: Pagès Editors.
- CALERO FERNÁNDEZ, M<sup>a</sup> Ángeles. 1999a. *Sexismo lingüístico*. Madrid: Narcea.
- CALERO FERNÁNDEZ, M<sup>a</sup> Ángeles. 2006a. "Creencias y actitudes lingüísticas en torno al género gramatical en español", en M<sup>a</sup> Isabel SANCHO RODRIGUEZ, Lourdes RUIZ SOLVES y Francisco GUTIÉRREZ GARCÍA (eds.), *Estudios sobre lengua, literatura y mujer*, Universidad de Jaén, pp. 235-284.
- CALERO FERNÁNDEZ, M<sup>a</sup> Ángeles. 2006b. "El español en Cataluña: una revisión sociolingüística", en Ana M<sup>a</sup> Cestero, Isabel Molina y Florentino Paredes (eds.), *Estudios sociolingüísticos del español de España y América*, Madrid, Arco/Libros, pp. 205-211.
- CAMERON, Deborah. 1985. *Feminism and Linguistic Theory*. New York: Saint Martin's Press.
- CASANOVAS CATALÁ, Montserrat. 2000. *Análisis cualitativo y cuantitativo de la morfosintaxis de una segunda lengua: el caso del español en contacto con el catalán*, Tesis doctoral inédita. Lleida: Universidad de Lleida.
- CASANOVAS CATALÁ, Montserrat. 2005. *Español y catalán en contacto. La expresión deíctica en el castellano hablado en Lleida*, Aachen: Shaken.

- COATES, Jennifer. 1986. *Woman, men and language*. London-New York: Longman.
- COATES, Jennifer y Deborah CAMERON (eds.). 1989. *Women in their speech communities: New perspectives on language and sex*. London-New York: Longman.
- COETSEM, Fr. van. 1952. "2. Une différence de prononciation entre l'homme et la femme dans le dialecte (flamand) de Grammont". *Orbis* 1/2, 358-365.
- DEL OLMO FLECHA, Inmaculada. 2005. *La conversación telefónica: conversación masculina y femenina*. Tesis doctoral. Universidad de León.
- EAKINS, Barbara Westbrook y R. Gene EAKINS. 1978. *Sex Differences in Human Communication*. Boston: Houghton Mifflin.
- FONTANELLA DE WEINBERG, M<sup>a</sup> Beatriz. 1974. "Aspectos sociolingüísticos del uso de -s en el español bonaerense". *Orbis* 23/1, 85-98.
- FONTANELLA DE WEINBERG, M<sup>a</sup> Beatriz. 1978. "Un cambio lingüístico en marcha: las palatales del español bonaerense". *Orbis* 27/2, 215-247.
- GARCÍA MESEGUER, Álvaro. 1977. *Lenguaje y discriminación sexual*, Barcelona, Montesinos, 1988<sup>3</sup>.
- GARCÍA MOUTON, Pilar. 1988. "La mujer en la encuesta dialectal", *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* 43, 291-299.
- GARCÍA MOUTON, Pilar. 1999. *Cómo hablan las mujeres*. Madrid: Arco/Libros.
- GARCÍA MOUTON, Pilar. 2003. *Así hablan las mujeres. Curiosidades y tópicos del uso femenino del lenguaje*. Madrid: La Esfera de los Libros. Prólogo de Álex Grijelmo.
- GARCÍA MOUTON, Pilar. 2006. "Mujer, dialecto y prestigio", en M<sup>a</sup> Isabel Sancho Rodríguez, Lourdes Ruiz Solves y Francisco Gutiérrez García (eds.), *Estudios sobre lengua, literatura y mujer*. Universidad de Jaén, 223-234.

- GRIERA, Antoni. 1928. "Entorn de l'Atlas Linguistique de l'Italie et de la Suisse Meridionale de K. Jaberg i J. Jud", *Anuari de l'Oficina Romànica de Lingüística i Literatura* 1, 21-39.
- GRIERA, A. 1952. "A. Domaine Roman. 5. Exclusion des femmes parmi les sujets des enquêtes de l'Atlas linguistique de la Catalogne". *Orbis* I/1, 25-26.
- GROOTAERS, Willem A. 1952a. "F. Domaine Chinois. Quelques remarques concernant le langage des femmes". *Orbis* I/1, 82-83.
- GROOTAERS, Willem A. 1952b. "G. Domaine Japonais. Différences entre langage masculin et féminin". *Orbis* I/1, 84-85.
- GROOTAERS, Willem A. 1952c. "H. Domaine Mongol. Quelques tabous linguistiques". *Orbis* I/1, 86.
- HALL, E. T. 1978. *Más allá de la cultura*. Barcelona: Ed. Gustavo Gili.
- HALL, E. T. 1986. *La dimensión oculta*. México: Siglo XXI Editores.
- HALL, E. T. 1989. *El lenguaje silencioso*. Madrid: Alianza Editorial.
- HAVERKATE, Henk. 1994. *La cortesía verbal. Estudio pragmalingüístico*. Madrid: Gredos.
- HENRY, Victor. 1897. "Notes sur le parler des hommes et le parler des femmes dans la langue chiquita", *Revue de Linguistique et de Philologie Comparée* 12, 305-313.
- HERRANZ, Atanasio. 1996. *Estado, sociedad y lenguaje. La política lingüística en Honduras*. Tegucigalpa: Editorial Guaymuras - GTZ - Instituto Hondureño de Antropología e Historia.
- IRIGARAY, Luce. 1990. *Yo, tú, nosotras*, Madrid: Cátedra-Universitat de València-Instituto de la Mujer, Colección Feminismos n° 7, 1992.
- KRAMARAE, Cheris R. 1981. *Women and Men Speaking. Frameworks for analysis*. Rowley (Mass.): Newbury House Publishers.

- LABOV, William. 1966. *The social stratification of English in New York City*. Washington D.C.; Center for Applied Linguistics.
- LABOV, William. 1969. "Contraction, deletion and inherent variability of the English copula", *Language* 45, 715-762.
- LABOV, William. 1972a. *Language in the inner city: studies in the black English vernacular*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- LABOV, William. 1972b. *Sociolinguistic Patterns*. Philadelphia: University of Philadelphia Press. La versión española es de 1983: *Modelos sociolingüísticos*. Madrid: Cátedra.
- LABOV, William. 1990. "The intersection of sex and social class in the course of linguistic change". *Language Variation and Change*, 2 / 2, 205-254.
- LAKOFF, Robin. 1975. *Language and Woman's place*. New York: Harper & Row. Tiene traducción al español: 1981. *El lenguaje y el lugar de la mujer*. Barcelona: Ricou.
- LE PAGE, B. y A. TABOURET-KELLER. 1985. *Acts of Identity*. Cambridge: Cambridge University Press.
- LIDA, M<sup>a</sup> Rosa. 1937. "La mujer ante el lenguaje. Algunas opiniones de la Antigüedad y del Renacimiento". *Boletín de la Academia Argentina de Letras* 5/18, 237-248.
- LÓPEZ GARCÍA, Ángel y Ricardo MORANT. 1991. *Gramática femenina*. Madrid: Cátedra.
- LÓPEZ MORALES, Humberto. 1989. *Sociolingüística*. Madrid: Gredos.
- LOZANO DOMINGO, Irene. 1995. *Lenguaje femenino, lenguaje masculino. ¿Condiciona nuestro sexo la forma de hablar?* Madrid: Minerva Ediciones.
- MCCONNELL-GINET, Sally. 1988. "Language and gender", en F.J. NEWMAYER (ed.), *Linguistics: The Cambridge Survey*. Vol. IV: *Language: The Socio-cultural Context*, Cambridge University Press, 75-99. Hay versión española: "Lenguaje y género", en F.J. Newmeyer (ed.). 1992. *Panorama de la lingüística mo-*

- derna de la Universidad de Cambridge. Vol. IV. *El lenguaje: Contexto socio-cultural*. Madrid: Visor, 99-126.
- MEERTENS, P.-J. 1952. "B. Domaine Germanique. 2. Le point de vue des femmes vis-à-vis des dialectes (Domaine néerlandais)". *Orbis* 1/1, 41-42.
- MOLINA MARTOS, Isabel. 1998. *La fonética de Toledo. Contexto geográfico y social*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá, Colección Ensayos y Documentos n<sup>o</sup> 29.
- MONTOYA ABAD, Brauli. 1989. *La interferència lingüística al sud valencià*. València: Conselleria de Cultura, Educació i Ciència, Generalitat Valenciana.
- MONTOYA, Brauli. 1992a. "¿El sexe masculí és lingüísticament conservador?". *Escola catalana* 293, 19-22.
- MONTOYA ABAD, Brauli. 1992b. "Interferència lèxico-semàntica i comunitat de parla: un estudi de cas", en *Miscel·lània Sanchis Guarnier*. Barcelona: Curial / Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 417-431.
- MORANT, Ricard, Miquel PEÑARROYA y Julia A. TORNAL. 1997. *Dones i llenguatge: una mirada masculina*. València: Comercial Denes.
- MORENO FERNÁNDEZ, Francisco. 1989. "Análisis de actos de habla coloquiales". *Español Actual* 51, pp. 5-51.
- MORENO FERNÁNDEZ, Francisco. 1990a. *Metodología sociolingüística*. Madrid. Gredos.
- MORENO FERNÁNDEZ, Francisco. 1990b. "Lingüística informática e informática lingüística". *Lingüística Española Actual* 12, 5-16.
- MORENO FERNÁNDEZ, Francisco. 1996. "Metodología del 'Proyecto para el Estudio Sociolingüístico del Español de España y de América' (PRESEEA)". *Lingüística* 8, 257-287. Versión revisada – 2003; en línea <<http://www.linguas.net/preseea/contenido/metodologia2.asp>>.
- MOYER, Melissa. 1988. "Del lenguaje de la mujer", en M<sup>a</sup> Ángeles DURÁN et alii, *De puertas adentro*. Madrid: Instituto de la Mujer, Serie Estudios n<sup>o</sup> 12, 453-464.

- NINYOLES, Rafael Lluís. 1969. *Conflicte lingüístic valencià*. València: Tres i Quatre.
- NISSEN, Uwe Kjær. 2002. "Gender in Spanish. Tradition and innovation", en Marlis HELLINGER y Hadumod BUSSMANN (eds.), *Gender Across Languages. The linguistic representation of men and women. Volume 2*. Ámsterdam/Philadelphia: John Benjamins, 251-279.
- OLIVERAS, Àngels. 2000. *Hacia la competencia intercultural en el aprendizaje de una lengua extranjera. Estudio del choque cultural y los malentendidos*. Madrid: Edinumen.
- PARLANGÈLI, O. 1952a. "C. Domaine Grec. 1. Il linguaggio delle donne della 'Gricia' salentina (Italia)". *Orbis* I/1, 46-52.
- PARLANGÈLI, O. 1952b. "C. Domaine Grec. 2. Dialecto greco parlato a Cargese (Corsica)". *Orbis* I/1, 53-54.
- PEARSON, Judy C., Lynn H. TURNER y W. TODD-MANCILLAS. 1985. *Comunicación y género*. Barcelona: Paidós. 1993.
- PICCITTO, Giorgio. 1952. "A. Domaine Roman. 2. Osservazioni sul linguaggio delle donne". *Orbis* I/1, 14.
- PLAZA I ARQUÉ, Carme. 1985. "La llengua de les dones". *Escola catalana* 214, 6-10.
- POP, Sever. 1952a. "Le language des femmes: enquête linguistique a l'échelle mondiale". *Orbis* I/1, 11.
- POP, Sever. 1952b. "A. Domaine Roman. 6. Recherches concernant l'influence du parler des femmes dans le domaine roumain". *Orbis* I/1, 27-37.
- QUINTILLÀ ZANUY, M. Teresa. 2005. "Los sexolectos o la caracterización del discurso femenino en el ámbito grecolatino". *Faventia* 27/1, 43.60.
- ROMAINE, Suzanne. 1994. *Language in Society*. London: Oxford University Press. Hay versión española: *El lenguaje en la sociedad*. Barcelona: Ariel, 1996.
- ROUX, Arsène. 1952. "Quelques notes sur le langage des Musulmanes marocaines". *Orbis* I/2, 376-384.

- SALVADOR, Gregorio. 1952. "A. Domaine Roman. 4. Fonética masculina y fonética femenina en el habla de Vertientes y Tarifa (Granada)". *Orbis* 1/1, 19-24.
- SILVA CORREIA, João da. 1935. *A linguagem da mulher*. Lisboa: Academia das Ciências de Lisboa.
- SOLER CASTILLO, Sandra Teresa. 2002. *Género y discurso en historias de vida. Una investigación de relatos de hombres y mujeres en Bogotá*. Tesis doctoral. Universidad de Barcelona.
- STEHLI, Walter. 1953. "A. Domaine roman. 1. La formation du féminin en français moderne". *Orbis* 2/1, 7-18.
- STRAKA, Georges. 1952. "1. Quelques observations phonétiques sur le langage des femmes". *Orbis* 1/2, 335-357.
- TAGLIAVINI, Carlo. 1937. "Modificazioni del linguaggio nella parlata delle donne", en *Scritti in onori di Alfredo Trombetti*. Milano: Heopli, 87-142. Posteriormente aparecido en: Carlo TAGLIAVINI. 1982. *Scritti minori*. Bologna: Pàtron Editore, 277-334.
- TANNEN, Deborah. 1990. *You just don't understand. Women and men in conversation*. New York: Ballantine Books. Tiene traducción española: 1991. *Tú no me entiendes. ¿Por qué es tan difícil el diálogo hombre-mujer?* Buenos Aires: Javier Vergara Editor.
- TANNEN, Deborah. 1994. *Gender and Discourse*. Oxford-New York: Oxford University Press. Tiene traducción española: 1996. *Género y discurso*. Barcelona-Buenos Aires: Paidós.
- TRUDGILL, Peter. 1974. *Sociolinguistics: An Introduction*. Harmondsworth: Penguin Books.
- TUSÓN, Jesús. 1997. *Los prejuicios lingüísticos*. Barcelona: Octaedro.
- VAN DEN VEN, M. Ch. H. J. 1972. "Some Investigations into Sociolinguistical Indicators". *Orbis* 21/2, 299-311.
- VIOLI, Patricia. 1986. *El infinito singular*. Madrid: Cátedra-Universitat de València-Instituto de la Mujer, Colección Feminismos n° 2, 1991.

WILLIAMS, Frederik. 1973. "Some research notes on dialect attitudes and stereotypes", en R. SHUY y R.W. FASOLD (eds.), *Languages Attitudes: Current Trends and Prospects*. Washington, DC: Georgetown University Press, 113-128.



# Apéndice I

## Instrumento recolector de datos: la encuesta

---

### ENCUESTA

Fecha de la encuesta: .....

Nombre y apellidos: .....

Sexo: mujer  varón

Edad: .....

Nivel de instrucción: sin estudios .....

primaria inacabada.....

primaria completa.....

estudios secundarios.....

estudios universitarios... ¿cuáles? .....

Lugar de nacimiento: Localidad: .....

Provincia: .....

Años de residencia en Lleida ciudad: .....

Lengua materna: castellano .....

catalán .....

otra ..... ¿cuál? .....

¿En qué lengua(s) se relaciona: con la familia? .....

con las amistades? .....

en el trabajo? .....

en el vecindario? .....

- Nivel de instrucción del padre: sin estudios .....   
 primaria inacabada .....   
 primaria completa.....   
 estudios secundarios ..   
 estudios universitarios  ¿cuáles?....
- Nivel de instrucción de la madre: sin estudios .....   
 primaria inacabada .....   
 primaria completa.....   
 estudios secundarios ..   
 estudios universitarios  ¿cuáles?....

1) Lea este diálogo y responda a las preguntas que siguen.

A: ¿Te apetece ir a la verbena de esta noche?

B: En realidad, no.

A: Pues a mí sí; así que, si no quieres ir tú, ya me buscaré con quién ir.

B: Oye, si querías ir a la verbena sin mí, podías habérmelo dicho claramente.

A: Yo no he dicho que no quisiera ir contigo.

B: Ya estamos como siempre.

- ¿Qué nombre de pila pondría a cada uno de los personajes?, ¿qué edad y qué rasgos de carácter le atribuiría?

#### Personaje A

Nombre de pila:.....

Edad: .....

Rasgos de carácter: .....

¿Hay algún elemento en el diálogo que le permita deducir esta información?

.....

Personaje B

Nombre de pila:.....

Edad: .....

Rasgos de carácter: .....

¿Hay algún elemento en el diálogo que le permita deducir esta información? .....

2) Lea este diálogo y responda a las preguntas que siguen.

Ka: Toma, Pa, el reloj de mi padre. Sé que le gustaría que tú lo tuvieras.

Pa: Pero, Ka, podrías venderlo. Es de oro y necesitas el dinero para pagar la contribución.

Ka: ¿Cómo quieres que venda el reloj de papá? No podría hacerlo. Anda, guárdalo, y no llores. Tu llanto es el único que me conmueve.

- ¿Qué nombre de pila pondría a cada uno de los personajes?, ¿qué edad y qué rasgos de carácter le atribuiría?

Personaje Ka

Nombre de pila:.....

Edad: .....

Rasgos de carácter: .....

¿Hay algún elemento en el diálogo que le permita deducir esta información? .....

Personaje Pa

Nombre de pila:.....

Edad: .....

Rasgos de carácter: .....

¿Hay algún elemento en el diálogo que le permita deducir esta información? .....

3) ¿Quién cree usted que diría cada una de estas frases: un varón joven, un varón mayor, una mujer joven o una mujer mayor?

Ponga una cruz en la columna correspondiente. En caso de que considere que varios de estos tipos de persona pudieran decir la misma frase, ponga una cruz en cada tipo que le parezca oportuno.

		varón joven	varón mayor	mujer joven	mujer mayor
1.	¡Qué guapa estás!				
2.	¡Eso es una grosería!				
3.	¡No me toques las narices!				
4.	Esa película me pareció divina.				
5.	¡No me jodas!				
6.	¡Uy!, que se cae.				
7.	¿Y si vamos al cine?				
8.	¡Coño!, cállate ya.				
9.	Me dijeron que era una persona encantadora.				
10.	Este fin de semana nos vamos tú y yo a la playa.				
11.	No pensaba que fuera tan pequeñito.				
12.	¿Te importaría cerrar la puerta?				
13.	Que se va a quemar, ¡joder!				
14.	Oye, cari, te espero fuera.				
15.	Tráeme la radio.				
16.	Por favor, ten calma.				
17.	¡Hala!, vamos a tomarnos un café.				
18.	Está contentísima con su coche.				
19.	Este libro es una joya, ¿no te parece?				
20.	Seguro que María está pasando por un bache, ¿no ves la cara que tiene?				

		varón joven	varón mayor	mujer joven	mujer mayor
21.	¡A ver si te parto la cara!				
22.	Espere un momento, por favor, enseguida abro.				
23.	Esa película me pareció cojonuda.				
24.	Está bastante gordi.				
25.	Si no te gusta ese libro, no leas ni una página más.				
26.	Oye, vida, ¿has traído el portátil?				
27.	No te lo vas a creer, pero llegó a decirle que era imbécil.				
28.	Creo que se ha ido a la pelu.				
29.	Hostia, por fin has llegado.				
30.	Es un abrigo muy mono.				
31.	¡Tú no me dices eso en la calle!				
32.	¡Yuju! ¿Hay alguien por aquí?				
33.	¡Ay, no me digas! ¿Eso hizo?				
34.	Lo que has dicho es una gilipollez.				
35.	¿Qué te parece si pasamos las vacaciones en la montaña?				
36.	¡Dios!, que se cae.				
37.	¡No me digas!				
38.	Eres un cielo.				
39.	¡Me cago en la mar serena!				
40.	No dices más que memeces.				
41.	¡No te jode! ¡Se ha salido con la suya!				
42.	Ahá..., sí..., mmm..., bueno. (En una conversación telefónica)				
43.	Ya va, ya va, enseguida abro.				
44.	Se ha quemado la biblio.				

		varón joven	varón mayor	mujer joven	mujer mayor
45.	Si a mí no me gustara ese curso, yo lo dejaría.				
46.	Esta revista me ha parecido deliciosa.				
47.	Tal vez me equivoque, pero aquí está pasando algo gordo.				
48.	Bendito sea Dios, por fin has llegado.				
49.	Dime, tesoro.				
50.	Maestro, ¿nos trae una Coca-Cola? (En un bar)				
51.	Está supertriste por haber suspendido.				
52.	Chati, dile a Pedro que venga.				
53.	No he podido ir a ver la peli.				
54.	So imbécil, pero ¿qué te crees?				
55.	¡Qué chuli!				
56.	Es un sueño de coche.				
57.	Mi menda no piensa respetar el acuerdo.				
58.	¡Oh, no, déjame, te lo ruego!				
59.	¡Me hace una ilusión!				
60.	¡Pero, leche, si te lo dije ayer!				
61.	Está hecho un grandullón.				
62.	Te lo aseguro, aquí hay gato encerrado.				

- ¿Desde qué edad cree usted que se puede considerar mayor a un hombre o a una mujer? .....

4) Responda el grado de acuerdo que usted tiene con estas frases. Coloque una cruz en la casilla que le parezca adecuada.

		Absolutamente de acuerdo	Algo de acuerdo	Algo en desacuerdo	Absolutamente en desacuerdo
1.	En las conversaciones entre hombres se habla mucho de fútbol.				
2.	Los hombres son unos cotillas.				
3.	Las mujeres se disculpan más que los hombres.				
4.	En las reuniones en las que hay mujeres y hombres, los hombres intervienen más veces que las mujeres.				
5.	Los niños tardan más tiempo en aprender a hablar que las niñas.				
6.	Las mujeres hablan mucho.				
7.	Los hombres interrumpen mucho en las conversaciones.				
8.	Las mujeres no saben hablar en público.				
9.	Las mujeres hablan más de ropa que los hombres.				
10.	A las mujeres se las interrumpe con frecuencia cuando están hablando.				
11.	Los hombres hablan más de política que las mujeres.				

		Absolutamente de acuerdo	Algo de acuerdo	Algo en desacuerdo	Absolutamente en desacuerdo
12.	Los hombres son bruscos hablando.				
13.	Cuando conversan en un mismo grupo mujeres y hombres, las mujeres intervienen más veces que los hombres.				
14.	Los hombres dicen muchos tacos.				
15.	A las mujeres se las tutea mucho, incluso gente desconocida.				
16.	Los hombres hablan más de sexo que las mujeres.				
17.	Las mujeres, cuando explican cómo es una cosa, dan muchos más detalles de ella.				
18.	Cuando hay conversaciones mixtas, las mujeres hablan más rato que los hombres.				
19.	Las mujeres hablan a la vez.				
20.	Los hombres tutean más que las mujeres.				
21.	Los hombres hablan para intercambiar información.				
22.	Las niñas hablan antes que los niños.				
23.	A los hombres no les preocupa hablar mal.				
24.	Los hombres hablan mucho.				
25.	Las niñas de tres o cuatro años hablan mejor que los niños de la misma edad.				

		Absolutamente de acuerdo	Algo de acuerdo	Algo en desacuerdo	Absolutamente en desacuerdo
26.	Los hombres, cuando hablan, se escuchan a sí mismos.				
27.	Las mujeres son unas chismosas.				
28.	Los hombres, cuando hablan, son más rudos que las mujeres.				
29.	Los hombres se atropellan al hablar.				
30.	Los hombres no suelen pedir disculpas.				
31.	Las mujeres no usan tacos.				
32.	En las reuniones en las que hay mujeres y hombres, los hombres hablan durante más tiempo que las mujeres.				
33.	Las mujeres hablan de la familia y los hijos más que los hombres.				
34.	Las mujeres suelen pedir las cosas más que dar órdenes para conseguir las.				
35.	A los hombres les cuesta alabar a otras personas.				
36.	Las mujeres son más educadas que los hombres cuando hablan.				
37.	Las mujeres tutean a la gente aunque no la conozcan.				
38.	Los hombres interrumpen mucho en las conversaciones en las que participan.				

		Absolutamente de acuerdo	Algo de acuerdo	Algo en desacuerdo	Absolutamente en desacuerdo
39.	Las mujeres hablan muy rápido.				
40.	Las conversaciones entre hombres son sobre temas intrascendentes.				
41.	Los hombres rara vez piden algo, sino que suelen dar órdenes.				
42.	A los hombres solo los tutean sus familiares y amigos.				
43.	Las mujeres se preocupan más que los hombres por si una palabra o una pronunciación está mal considerada.				
44.	Las mujeres entablan conversaciones para establecer o mantener lazos de afecto o de amistad.				
45.	Los hombres quieren siempre controlar las conversaciones.				
46.	Cuando hablas con una mujer y, de repente, te atascas y no te sale una palabra, ella suele decírla por ti y continúa escuchándote.				
47.	Cuando los hombres inician una conversación es porque quieren explicar algo que les parece importante.				
48.	A las mujeres no les importa elogiar a otras personas.				
49.	Los hombres hablan a la vez cuando quieren quitarse el uso de la palabra.				

		Absolutamente de acuerdo	Algo de acuerdo	Algo en desacuerdo	Absolutamente en desacuerdo
50.	Los hombres, cuando hablan entre sí, no suelen mirarse a los ojos.				
51.	Con frecuencia las mujeres dejan las frases inacabadas.				
52.	Las mujeres hablan por hablar.				
53.	Los hombres compiten hasta cuando hablan.				
54.	Las mujeres se esmeran en hablar correctamente.				
55.	Las mujeres hacen más preguntas que los hombres a las personas para mostrar su interés por ellas y no siempre para obtener información.				
56.	Los hombres hablan muchas veces con un tono agresivo.				
57.	Rara vez los hombres tratan temas íntimos en sus conversaciones.				
58.	Las mujeres miran a los ojos de las personas con las que conversan.				
59.	Las doctoras hacen más preguntas a sus pacientes y les explican más cosas que los doctores.				
60.	Cuando un hombre habla con una mujer se aproxima a ella más que cuando habla con otro hombre.				





## Cuadro 2. Población del Municipio de Lérida procedente de fuera de Cataluña

Fuente: censos 1996 y 2001

lugar de nacimiento		nº de habitantes		porcentaje sobre la población total	
1996	2001	1996	2001	1996 (112.035 h.)	2001 (112.199 h.)
Zona meridional: Andalucía (10.334) Extremadura (2.048) Murcia (515) Ceuta/Melilla (126) Canarias (72)	Zona meridional: Andalucía (9.288) Extremadura (1.888) Murcia (435) Ceuta/Melilla (123) Canarias (72)	13.095	11.806	11'7%	10'5%
Ambas Castillas: Castilla-León (2.554) Castilla-La Mancha (1.652) Madrid (784) La Rioja (204) Cantabria (173)	Ambas Castillas: Castilla-León (2.316) Castilla-La Mancha (1.486) Madrid (729) La Rioja (197) Cantabria (161)	5.367	4.889	4'8%	4'4%
Aragón (7.751) y Navarra (284)	Aragón (7.180) y Navarra (280)	8.035	7.460	7'2%	6'6%
Asturias (210), Galicia (749) y País Vasco (354)	Asturias (220), Galicia (704) y País Vasco (360)	1.313	1.284	1'2%	1'1%
Baleares (113) y Comunidad Valenciana (713)	Baleares (127) y Comunidad Valenciana (688)	826	815	0'7%	0'7%
<b>TOTAL</b>	<b>TOTAL</b>	<b>28.636</b>	<b>26.254</b>	<b>25'6%</b>	<b>23,3%</b>

**Cuadro 3. Evolución en porcentajes de la población de Cataluña y de las cuatro ciudades catalanas según la procedencia**

procedencia	Cataluña		Lérida		Tarragona		Barcelona		Gerona	
	1996	2001	1996	2001	1996	2001	1996	2001	1996	2001
Cataluña	68'4	67'7	72'9	72'2	63'5	63'6	67'5	65'7	74'1	72'9
Resto de España	28'8	26	25'6	23'3	34'5	32'2	28'6	25'6	23	20'7
Extranjero	2'8	6'3	1'5	4'5	2	4'2	3'9	8'7	2'9	6'4

**Cuadro 4. Evolución de la inmigración foránea en la ciudad de Lérida**

Fuente: censos de 1996 y 2001

procedencia	mujeres		varones	
	1996	2001	1996	2001
española	57.071 (50'94)	55.986 (49'9)	54.064 (48'26)	52.254 (46'57)
resto UE	77 (0'07)	122 (0'12)	101 (0'09)	171 (0'15)
resto Europa	15 (0'01)	153 (0'14-)	9 (0'01)	197 (0'18)
África	131 (0'12)	565 (0'50)	264 (0'24)	1.254 (1'12)
América del Norte y Central	67 (0'06)	152 (0'13)	32 (0'03)	96 (0'08)
América del Sur	73 (0'06)	693 (0'62)	60 (0'05)	459 (0'41)
Asia y Oceanía	37 (0'03)	49 (0'04)	34 (0'03)	48 (0'04)
<b>TOTAL</b>	<b>57.471 (51'29)</b>	<b>57.720 (51'45)</b>	<b>54.564 (48'71)</b>	<b>54.479 (48'55)</b>

Cuadro 5. Características sociales de los 54 informantes considerados

nº informante	sexo	edad	instrucción	lengua materna	lengua habitual
1	mujer	74	universitarios	atalán	atalán
2	mujer	62	universitarios	atalán	atalán
3	mujer	55	universitarios	atalán	atalán
4	varón	66	universitarios	atalán	atalán
5	varón	56	universitarios	atalán	atalán
6	varón	79	universitarios	español	español
7	mujer	41	universitarios	atalán	atalán
8	mujer	39	universitarios	atalán	ambas*
9	mujer	38	universitarios	atalán	ambas
10	varón	53	universitarios	español	español
11	varón	48	universitarios	atalán	atalán
12	varón	37	universitarios	atalán	atalán
13	mujer	34	universitarios	español	ambas
14	mujer	25	universitarios	atalán	atalán
15	mujer	24	universitarios	atalán	atalán
16	varón	33	universitarios	ambas	ambas

17	varón	31	universitarios	atalán	atalán
18	varón	29	universitarios	atalán	atalán
19	mujer	57	secundarios	atalán	atalán
20	mujer	55	secundarios	atalán	atalán*
21	mujer	57	secundarios	español	español
22	varón	76	secundarios	atalán	atalán*
23	varón	73	secundarios	atalán	atalán
24	varón	62	secundarios	español	español
25	mujer	50	secundarios	atalán	atalán
26	mujer	46	secundarios	atalán	ambas
27	mujer	38	secundarios	atalán	atalán
28	varón	49	secundarios	atalán	atalán
29	varón	36	secundarios	atalán	atalán
30	varón	42	secundarios	español	atalán
31	mujer	32	secundarios	atalán	atalán
32	mujer	28	secundarios	español	ambas
33	mujer	28	secundarios	atalán	atalán
34	varón	33	secundarios	español	ambas
35	varón	26	secundarios	atalán	atalán

36	varón	24	secundarios	español	atalán
37	mujer	71	primarios	atalán	atalán
38	mujer	68	primarios	ambas	atalán
39	mujer	55	primarios	español	español
40	varón	65	primarios	atalán	atalán
41	varón	57	primarios	atalán	atalán
42	varón	58	primarios	español	atalán
43	mujer	45	primarios	atalán	ambas
44	mujer	40	primarios	atalán	atalán
45	mujer	37	primarios	español	español
46	varón	51	primarios	atalán	atalán
47	varón	45	primarios	español	español
48	varón	44	primarios	atalán	atalán
49	mujer	32	primarios	ambas	español
50	mujer	30	primarios	español	español
51	mujer	25	primarios	atalán	atalán
52	varón	30	primarios	atalán	atalán
53	varón	23	primarios	atalán	atalán
54	varón	20	primarios	atalán	ambas*

Cuadro 6. Relación de ficheros de datos en GoldVarb 2.0 y contenido de los mismos

Nombre del fichero	Contenido del mismo	Ficheros que trabajan con sus datos
Tannen.Tkn	Respuestas al ejercicio 1 de la encuesta.	Tannen.Cnd, Tannen.Cel, Tannen.Res Tannen1.Cnd, Tannen1.Cel, Tannen1.Res Tannen2.Cnd, Tannen2.Cel, Tannen2.Res Tannen3.Cnd, Tannen3.Cel, Tannen3.Res
Escarlata.Tkn	Respuestas al ejercicio 2 de la encuesta.	Escarlata.Cnd, Escarlata.Cel, Escarlata.Res Escarlata1.Cnd, Escarlata1.Cel, Escarlata1.Res Escarlata2.Cnd, Escarlata2.Cel, Escarlata2.Res
Feminolecto.Tkn	Respuestas a las frases 1, 2, 4, 6, 7, 9, 11, 12, 14, 16, 18, 19, 20, 22, 24, 26, 27, 28, 30, 32, 33, 35, 38, 40, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 51, 53, 54, 55, 56, 58, 59 y 61 del ejercicio 3 de la encuesta, que son las que incluyen algún rasgo del habla de las mujeres. <sup>56</sup>	<i>Feminolecto.Cnd, Feminolecto.Cel, Feminolecto.Res</i> <i>Feminolecto-a.Cel, Feminolecto-a.Res</i> <i>Feminolecto1.Cnd, Feminolecto1.Cel, Feminolecto1.Res</i> <i>Feminolecto1-a.Cel, Feminolecto1-a.Res</i> <i>Feminolecto1-mm.Res</i> <i>Feminolecto2.Cnd, Feminolecto2.Cel, Feminolecto2.Res</i> <i>Feminolecto2-a.Cel, Feminolecto2-a.Res</i>

<sup>56</sup> Las frases 37 y 42 han sido eliminadas en el análisis: la primera, por contener un rasgo que ya aparece en la frase 33, y la segunda, por haberse demostrado que era inadecuada.

Masculinolecto.Tkn	Respuestas a las frases 3, 5, 8, 10, 13, 15, 17, 21, 23, 25, 29, 31, 34, 36, 39, 41, 43, 50, 52, 57, 60 y 62 del ejercicio 3 de la encuesta, que son las que incluyen algún rasgo del habla de los varones.	Masculinolecto.Cnd, Masculinolecto.Cel, Masculinolecto.Res Masculinolecto-a.Cel, Masculinolecto-a.Res Masculinolecto1.Cnd, Masculinolecto1.Cel, Masculinolecto1.Res Masculinolecto1-a.Cel, Masculinolecto1-a.Res Masculinolecto2.Cnd, Masculinolecto2.Cel, Masculinolecto2.Res Masculinolecto2-a.Cel, Masculinolecto2-a.Res
Opiniones-Mujer.Tkn Opiniones-Mujer-bis.Tkn	Respuestas a las frases 3, 5, 6, 8, 9, 13, 15, 17, 18, 19, 22, 25, 31, 33, 34, 36, 37, 39, 43, 44, 46, 48, 51, 54, 55, 58 y 59 del ejercicio 4 de la encuesta, que son las que incluyen algún rasgo comunicativo de las mujeres <sup>57</sup> .	Opiniones-Mujer.Cnd, Opiniones-Mujer.Cel, Opiniones-Mujer.Res Opiniones-Mujer-a.Cel, Opiniones-Mujer-a.Res Opiniones-Mujer1.Cnd, Opiniones-Mujer1.Cel, Opiniones-Mujer1.Res Opiniones-Mujer2.Cel, Opiniones-Mujer2.Res Opiniones-Mujer-bis.Cnd, Opiniones-Mujer-bis.Cel, Opiniones-Mujer-bis.Res Opiniones-Mujer-a-bis.Cel, Opiniones-Mujer-a-bis.Res
Opiniones-Varón.Tkn	Respuestas a las frases 1, 4, 7, 10, 11, 12, 14, 16, 20, 21, 23, 24, 26, 28, 29, 30, 32, 35, 40, 41, 42, 45, 47, 49, 50, 53, 56, 57 y 60 del ejercicio 4 de la encuesta, que son las que incluyen algún rasgo comunicativo de los varones.	Opiniones-Varón.Cnd, Opiniones-Varón.Cel, Opiniones-Varón.Res Opiniones-Varón-a.Cel, Opiniones-Varón-a.Res Opiniones-Varón1.Cnd, Opiniones-Varón1.Cel, Opiniones-Varón1.Res Opiniones-Varón1-a.Cel, Opiniones-Varón1-a.Res Opiniones-Varón2.Cel, Opiniones-Varón2.Res

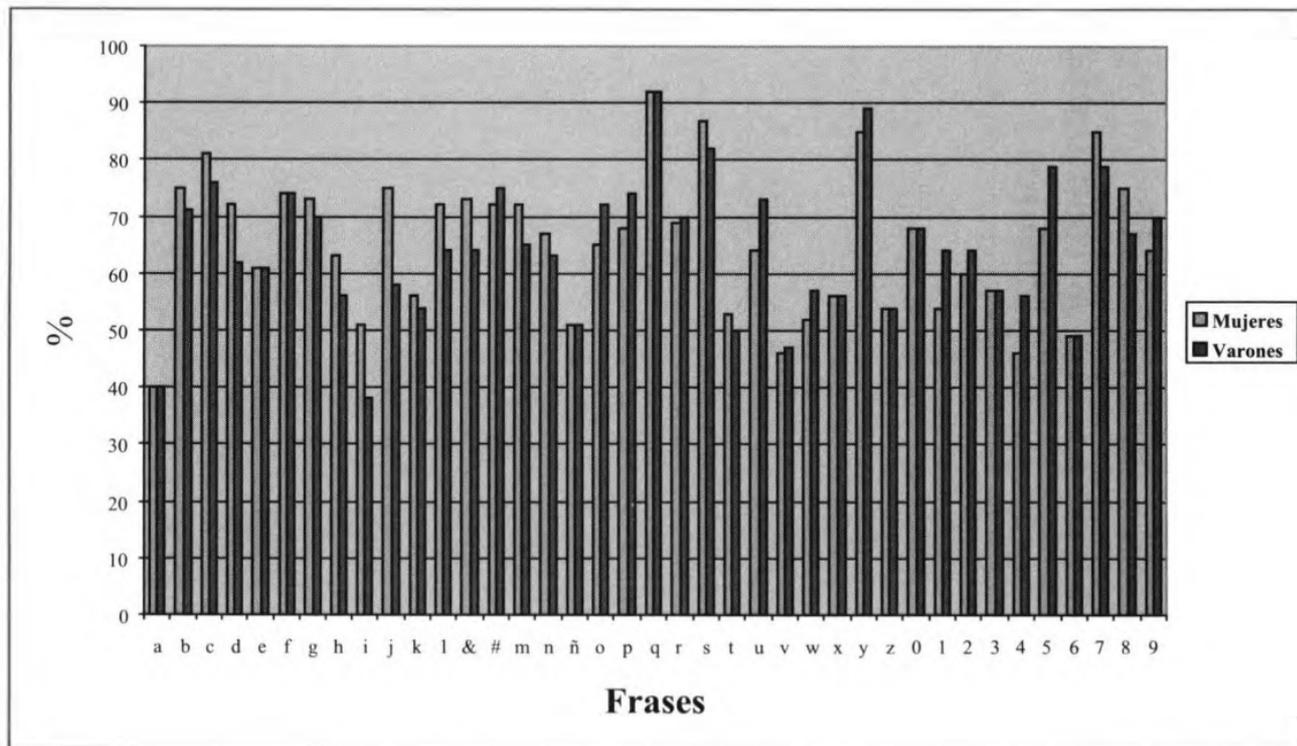
57 Del ejercicio 4 se han desconsiderado las frases 2 y 52 por entrar en el ámbito de los tópicos. Asimismo se ha eliminado la frase 38 por tener similar contenido al de la frase 7.

**Apéndice III**  
**Gráficos de los datos resultantes del**  
**cruce de variables**

---

Gráfico 1

Creencias sobre los rasgos del feminolecto según el sexo y la frase del ejercicio 3



- a. ¡Qué guapa estás!
- b. ¡Eso es una grosería!
- c. Esa película me pareció divina.
- d. ¡Uy!, que se cae.
- e. ¿Y si vamos al cine?
- f. Me dijeron que era una persona encantadora.
- g. No pensaba que fuera tan pequeñito.
- h. ¿Te importaría cerrar la puerta?
- i. Oye, cari, te espero fuera.
- j. Por favor, ten calma.
- k. Está contentísima con su coche.
- l. Este libro es una joya, ¿no te parece?
- &. Este libro es una joya, ¿no te parece?
- #. Seguro que María está pasando por un bache, ¿no ves la cara que tiene?
- m. Espere un momento, por favor, enseguida abro.
- n. Está bastante gordi.
- ñ. Oye, vida, ¿has traído el portátil?
- o. No te lo vas a creer, pero llegó a decirle que era imbécil.
- p. Creo que se ha ido a la pelu.
- q. Es un abrigo muy mono.
- r. ¡Yuju! ¿Hay alguien por aquí?
- s. ¡Ay, no me digas! ¿Eso hizo?
- t. ¿Qué te parece si pasamos las vacaciones en la montaña?
- u. Eres un cielo.
- v. No dices más que memeces.
- w. Se ha quemado la biblio.
- x. Si a mí no me gustara ese curso, yo lo dejaría.
- y. Esta revista me ha parecido deliciosa.
- z. Tal vez me equivoque, pero aquí está pasando algo gordo.
- 0. Bendito sea Dios, por fin has llegado.
- 1. Dime, tesoro.
- 2. Está supertriste por haber suspendido.
- 3. No he podido ir a ver la peli.
- 4. So imbécil, pero ¿qué te crees?
- 5. ¡Qué chuli!
- 6. Es un sueño de coche.
- 7. ¡Oh, no, déjame, te lo ruego!
- 8. ¡Me hace una ilusión!
- 9. Está hecho un grandullón.

Gráfico 2

Creencias sobre los rasgos comunicativos del *feminolecto* según el sexo y la edad

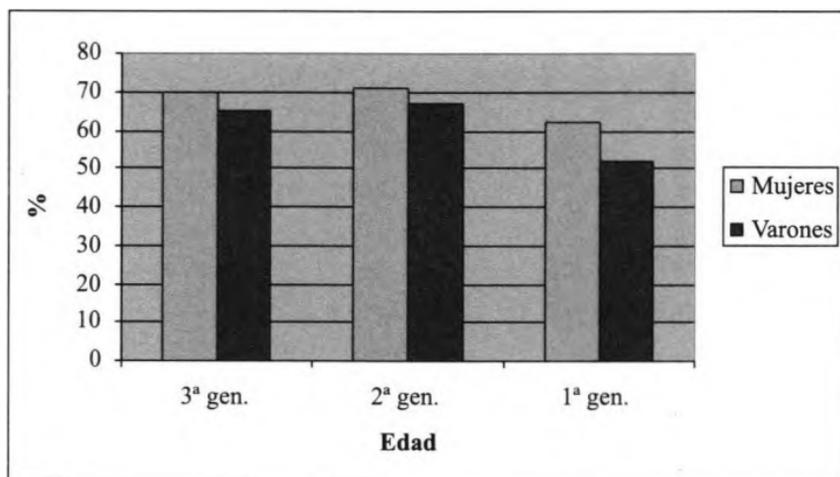


Gráfico 3

Creencias sobre los rasgos comunicativos del *feminolecto* según el sexo y el grado de instrucción

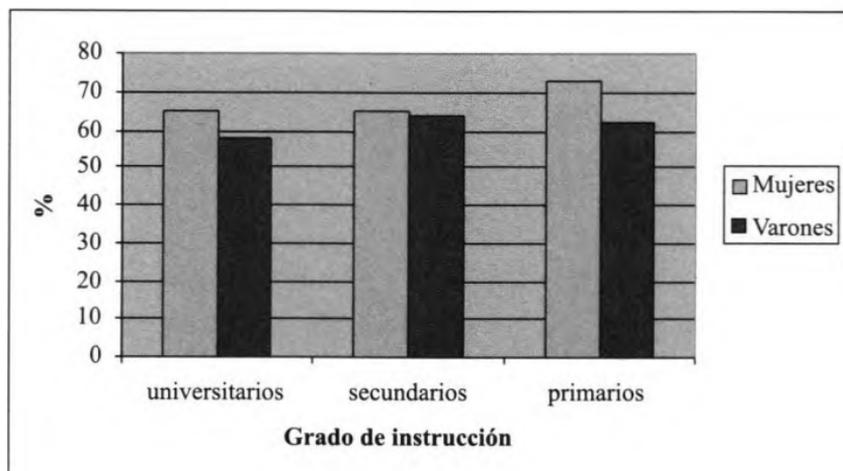
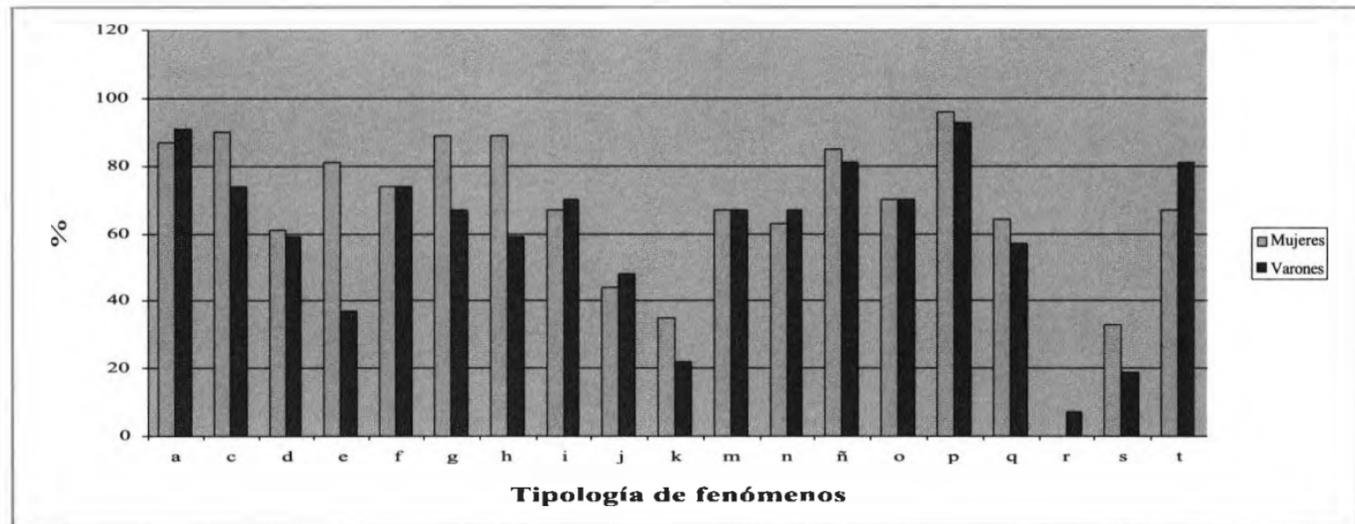


Gráfico 4

Creencias sobre los rasgos comunicativos del *feminolecto* según el sexo y el tipo de fenómeno

a = tema conversación

c = objetivo de la conversación

d = preocupación por hablar bien

e = disculpa

f = alabanza

g = orden indirecta

h = discurso cooperativo

i = simultaneidad de voces

j = intervenciones

k = ausencia de locuacidad

m = no tuteo femenino

n = tuteo a las mujeres

ñ = contacto visual

o = rapidez de dicción

p = detallismo

q = aprendizaje anterior y mejor

r = discurso público no dominado

s = inseguridad

t = educación

Gráfico 5

Muestra de absoluto acuerdo con los rasgos del *feminolecto* percibidos según el sexo y la edad

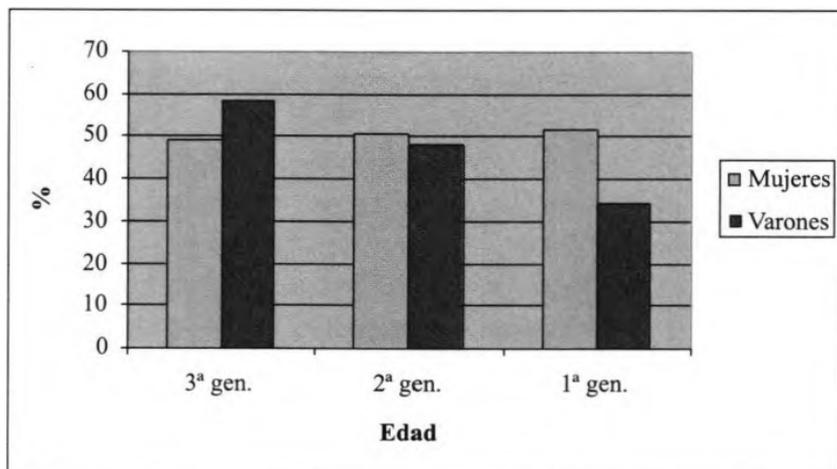


Gráfico 6

Muestra de absoluto acuerdo con los rasgos del *feminolecto* percibidos según el sexo y el grado de instrucción

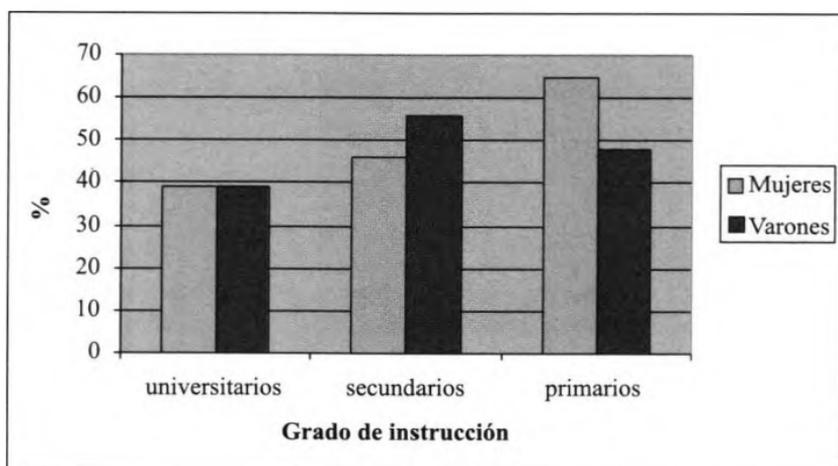


Gráfico 7  
Creencias sobre los rasgos del *masculinolecto* según el sexo

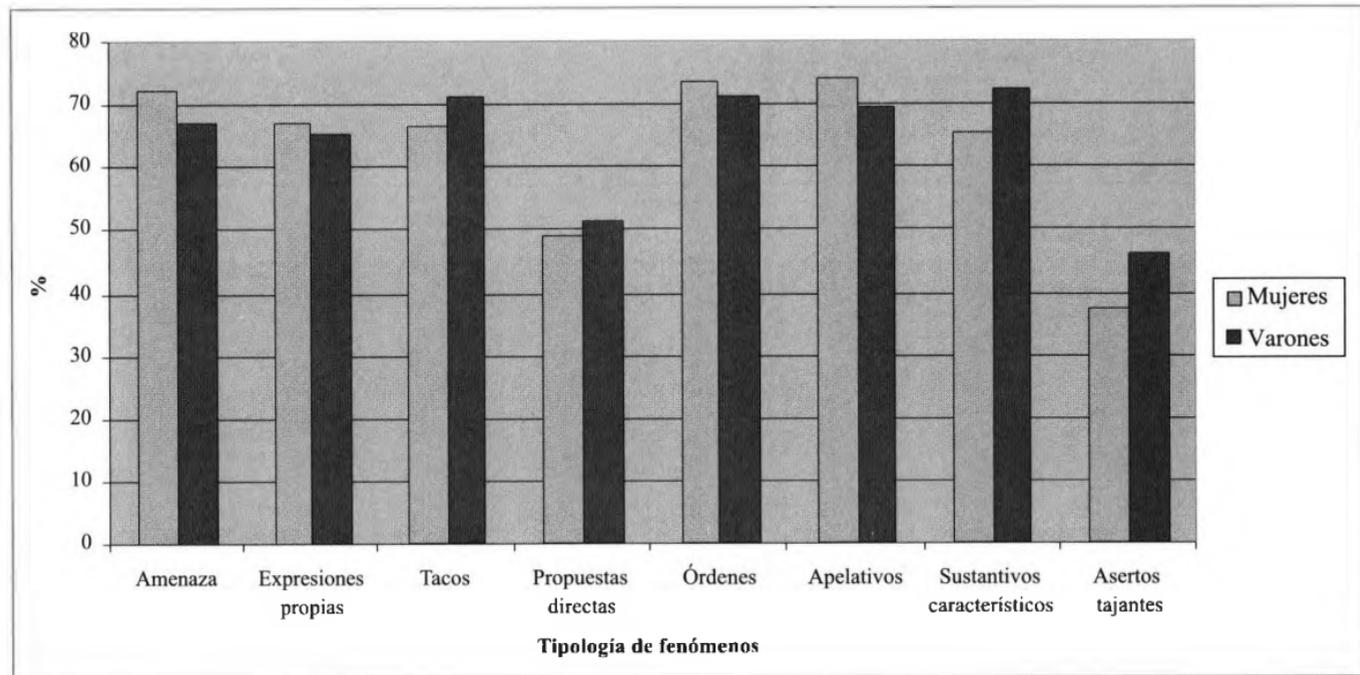
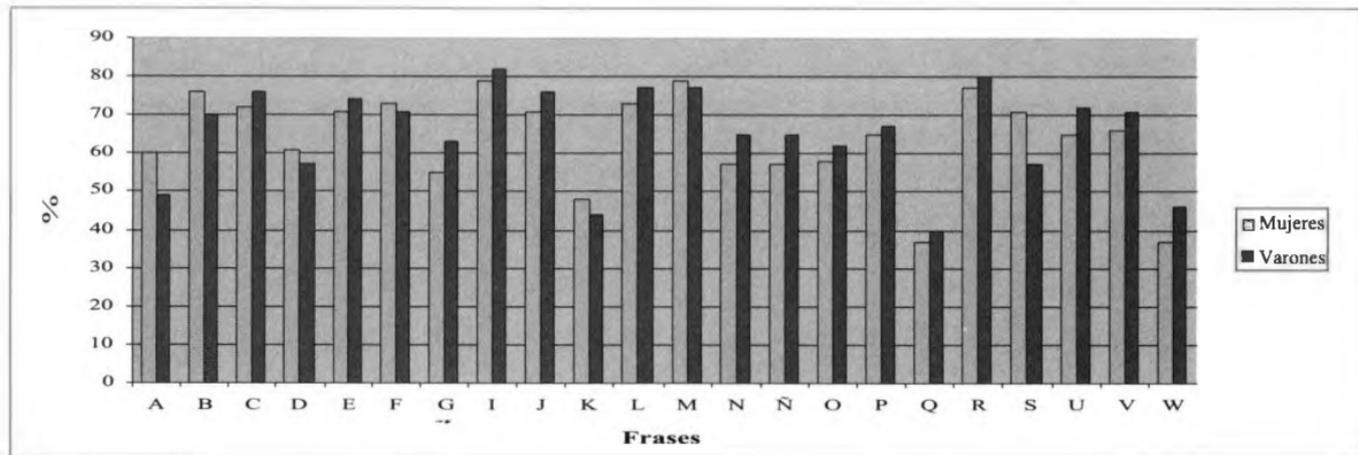


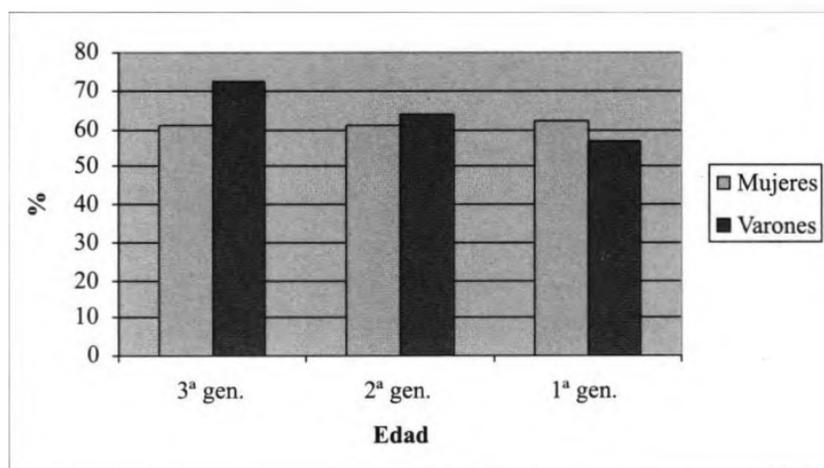
Gráfico 8  
Creencias sobre el masculinolecto según el sexo y la frase del ejercicio 3



- A. ¡No me toques las narices!  
 B. ¡No me jodas!  
 C. ¡Coño!, cállate ya.  
 D. Este fin de semana nos vamos tú y yo a la playa.  
 E. Que se va a quemar, ¡joder!  
 F. Tráeme la radio.  
 G. ¡Hala!, vamos a tomarnos un café.  
 I. ¡A ver si te parto la cara!  
 J. Esa película me pareció cojonuda.  
 K. Si no te gusta ese libro, no leas ni una página más.  
 L. Hostia, por fin has llegado.

- M. ¡Tú no me dices eso en la calle!  
 N. Lo que has dicho es una gilipollez.  
 Ñ. ¡Dios!, que se cae.  
 O. ¡Me cago en la mar serena!  
 P. ¡No te jode! ¡Se ha salido con la suya!  
 Q. Ya va, ya va, enseguida abro.  
 R. Maestro, ¿nos trae una Coca-Cola? (En un bar)  
 S. Chati, dile a Pedro que venga.  
 U. Mi menda no piensa respetar el acuerdo.  
 V. ¡Pero, leche, si te lo dije ayer!  
 W. Te lo aseguro, aquí hay gato encerrado.

**Gráfico 9**  
**Creencias sobre los rasgos comunicativos del**  
**masculinolecto según el sexo y la edad**



**Gráfico 10**  
**Creencias sobre los rasgos comunicativos del**  
**masculinolecto según el sexo y el nivel de instrucción**

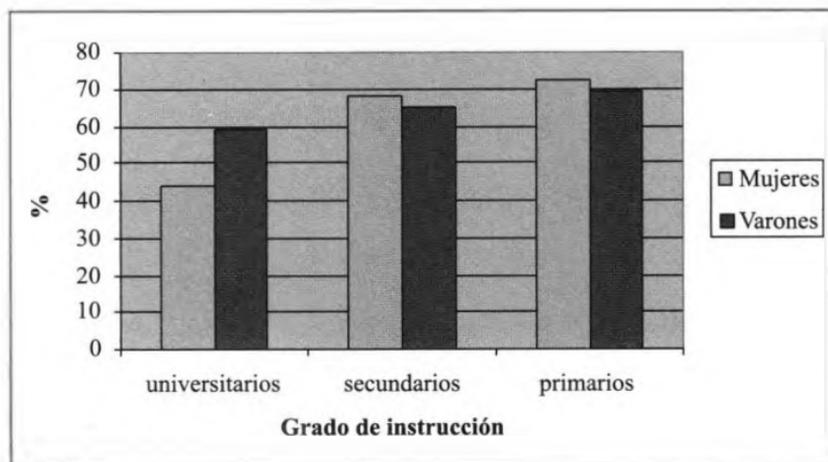
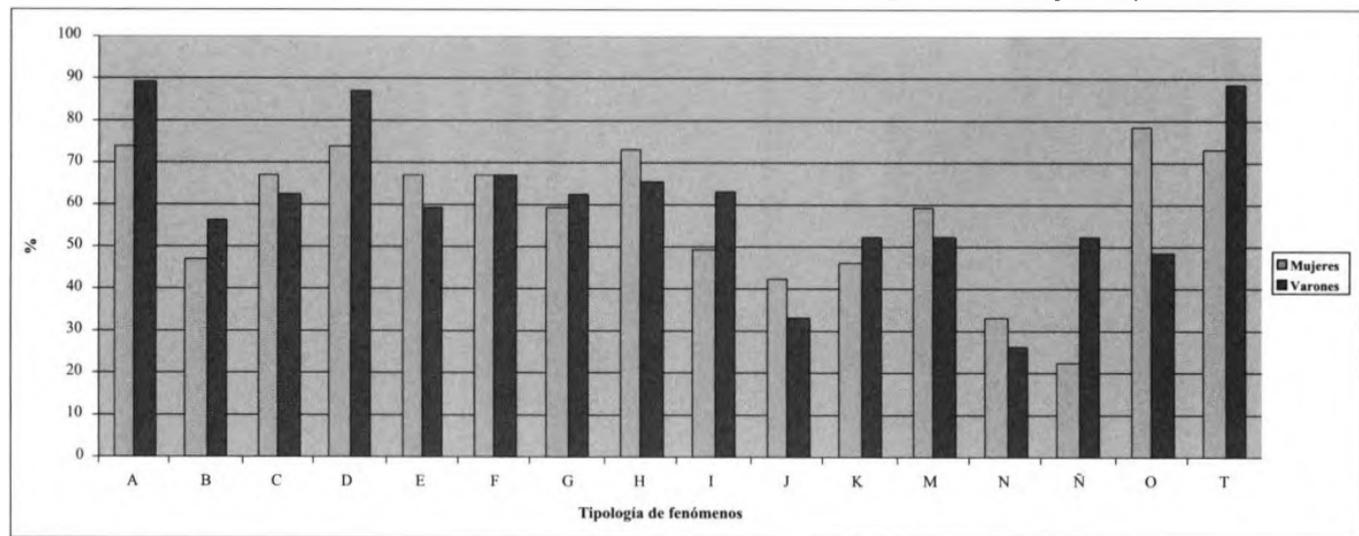


Gráfico 11

Creencias sobre los rasgos comunicativos del *masculinolecto* según el sexo y el tipo de fenómeno



A = tema de conversación  
 B = superficialidad  
 C = objeto de la conversación  
 D = despreocupación por hablar bien  
 E = no pedir disculpas  
 F = no alabar  
 G = orden directa  
 H = discurso competitivo

I = interrupciones  
 J = intervenciones  
 K = locuacidad  
 M = tuteo masculino  
 N = no tuteo a los varones  
 Ñ = no contacto visual  
 O = proxemia  
 T = brusquedad

**Gráfico12**  
**Creencias sobre los rasgos comunicativos del masculinolecto como propios de personas mayores según el sexo**

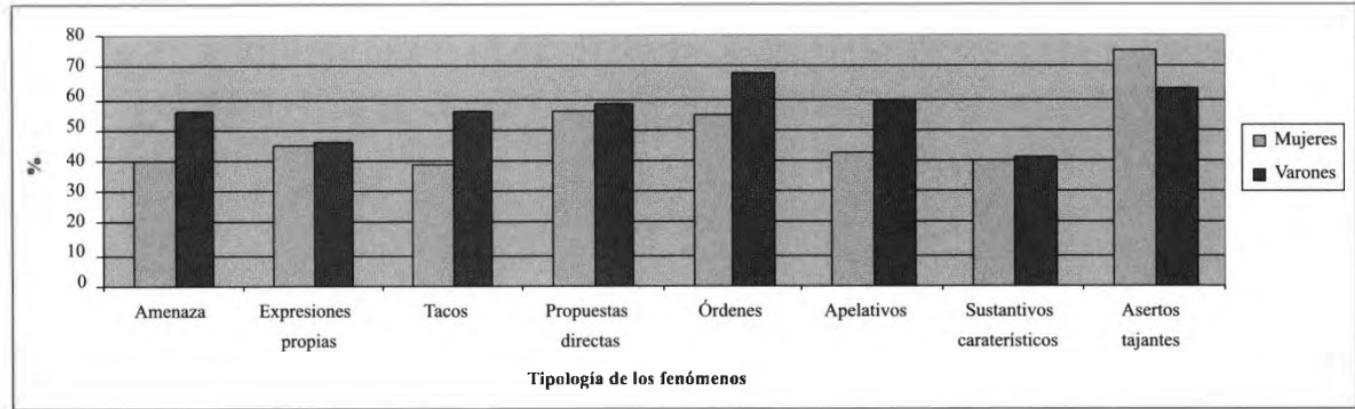
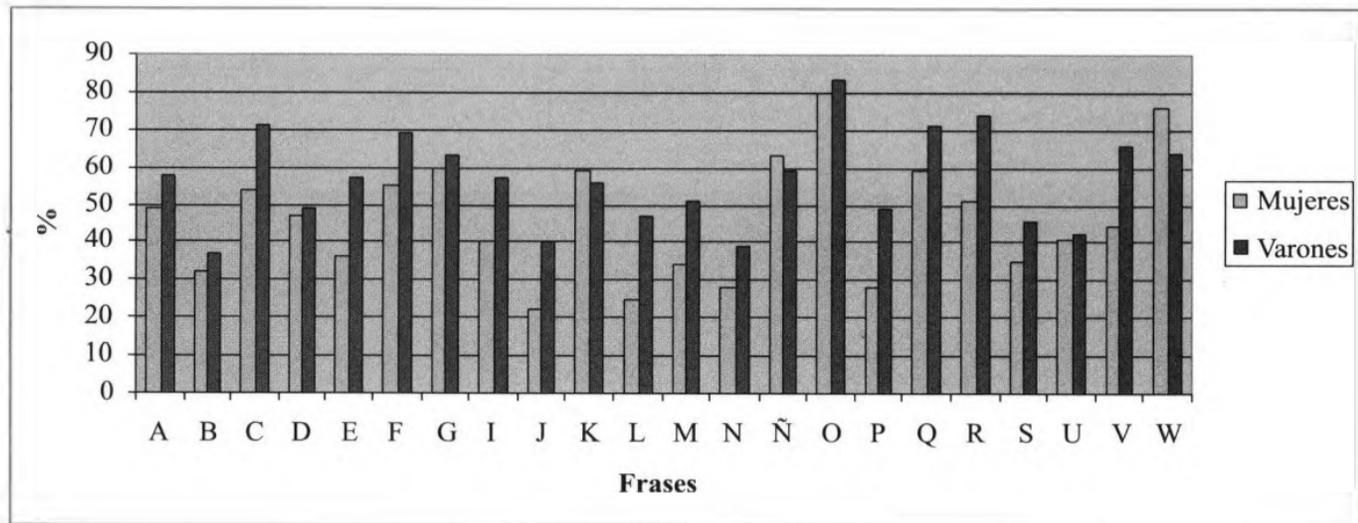


Gráfico 13

Creencias sobre los rasgos comunicativos del *masculinolecto* como propios de personas mayores según el sexo y la frase del ejercicio 3



A - ¡No me toques las narices!

B - ¡No me jodas!

C - ¡Coño!, cállate ya.

D - Este fin de semana nos vamos tú y yo a la playa.

E - Que se va a quemar, ¡joder!

F - Tráeme la radio.

G - ¡Halal!, vamos a tomarnos un café.

H - Seguro que María está pasando por un bache, ¿no ves la cara que tiene?

I - ¡A ver si te parto la cara!

J - Esa película me pareció cojonuda.

K - Si no te gusta ese libro, no leas ni una página más.

L - Hostia, por fin has llegado.

M - ¡Tú no me dices eso en la calle!

N - Lo que has dicho es una gilipollez.

Ñ - ¡Dios!, que se cae.

O - ¡Me cago en la mar serena!

P - ¡No te jode! ¡Se ha salido con la suya!

Q - Ya va, ya va, enseguida abro.

R - Maestro, ¿nos trae una Coca-Cola? (En un bar)

S - Chati, dile a Pedro que venga.

T - So imbécil, pero ¿qué te crees?

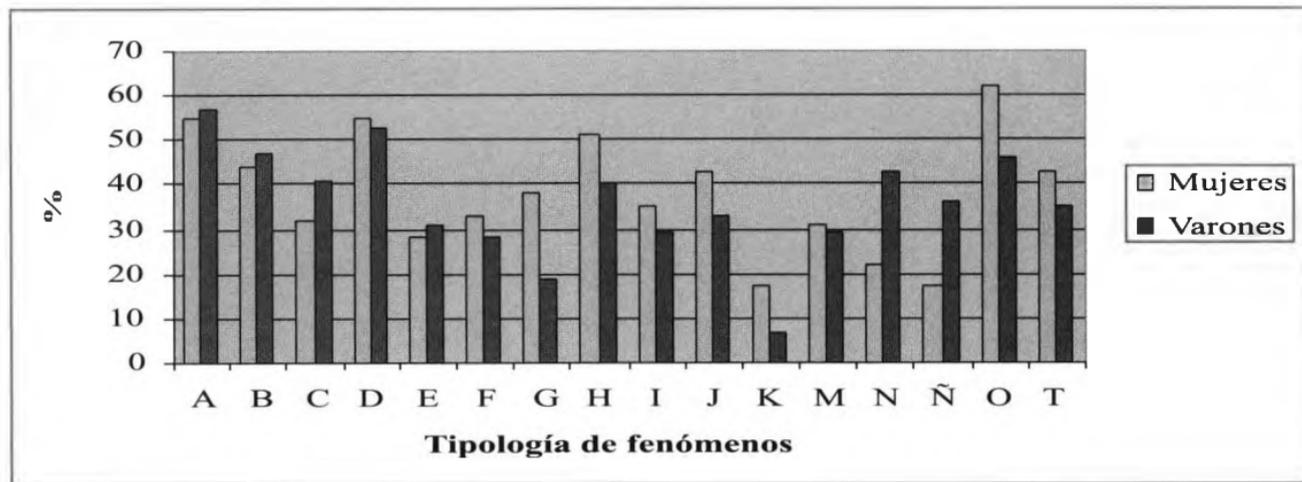
U - Mi menda no piensa respetar el acuerdo.

V - ¡Pero, leche, si te lo dije ayer!

W - Te lo aseguro, aquí hay gato encerrado.

Gráfico 14

Muestra del absoluto acuerdo con los rasgos del *masculinolecto* según el sexo y el tipo de fenómeno



A = tema de conversación  
 B = superficialidad  
 C = objeto de la conversación  
 D = despreocupación por hablar bien  
 E = no pedir disculpas  
 F = no alabar

G = orden directa  
 H = discurso competitivo  
 I = interrupciones  
 J = intervenciones  
 K = locuacidad  
 M = tuteo masculino

N = no tuteo a los varones  
 Ñ = no contacto visual  
 O = proxemia  
 T = brusquedad





**UCA**

Universidad  
de Cádiz

Servicio de Publicaciones

ISBN 978-84-9828-143-9



9 788498 281439